
HARLEQUIN
Jazmín
BARBARA HANNAY
¿LÓGICA O AMOR?



¿LÓGICA O AMOR?

BARBARA HANNAY



Una familia inesperada.

Cuando el millonario Zac Corrigan se enteró de la muerte de su hermana, supo que había llegado el momento de dejar a un lado la vida entre fiestas para dedicarse al cuidado de su sobrina recién nacida. Obligado a viajar a Londres, tenía claro que la única persona que deseaba a su lado en un momento como ese era a su asistente personal, Chloe, su preciosa y amable secretaria, eficiente y distante.

Chloe conocía muy bien el dolor que podía acarrear el amor, y la idea de hacer ese viaje con su apuesto jefe la amedrentaba un poco… pero verle con la pequeña Lucy en brazos le iba a derretir el corazón.

Capítulo 1

LA LLAMADA telefónica que le cambió la vida a Chloe Meadows la sorprendió de puntillas, subida a una silla que había colocado encima de un escritorio para colgar unas luces de Navidad del techo del despacho.

Era miércoles por la noche. Ya casi eran las nueve de la noche y el repentino sonido del timbre del teléfono, en aquellas oficinas vacías, fue tan inesperado que estuvo a punto de caerse. Resbalando, logró bajarse a duras penas, limitada en el movimiento por esa sobria falda gris que llevaba.

Ligeramente sin aliento, agarró el teléfono justo a tiempo.

—¿Sí? ZedCee Management Consultants —se preguntaba quién podría ser a esa hora, un miércoles por la noche.

Transcurrió una fracción de segundo y entonces oyó la voz de un hombre con un notable acento inglés.

—¿Hola? Llamo desde Londres. ¿Podría hablar con el señor Zachary Corrigan, por favor?

La voz sonaba muy profesional y seria, como la de un profesor mandón.

—Lo siento. El señor Corrigan no está —dijo Chloe, mordiéndose la lengua para no recordarle que en Australia ya casi eran las nueve de la noche y que su jefe debía de estar en algún evento social a esas horas.

Aunque faltaran días para el fin de semana, Zac Corrigan casi siempre se encontraba socializándose a esas horas del día. Además, solo faltaba una semana para Navidad, así que ese día no había ninguna duda al respecto. Todo el mundo tenía alguna fiesta o reunión social a la que asistir, todo el mundo excepto Chloe. Su agenda social permanecía tranquila incluso en esa época del año.

Tristemente el único acontecimiento social que Chloe tenía que marcar en rojo en su calendario era la cena de Navidad de la empresa. Ya era el tercer año que se presentaba voluntaria para organizar el evento. Había encargado champán, vinos, y cerveza, y también una exquisita selección de canapés de François's. Y no había tenido problema en quedarse hasta tarde ese día para decorar las oficinas con cadenas de luces, globos y brillantes guirnaldas de acebo y espumillón.

Aunque nunca lo dijera en alto, en el fondo le encantaba hacerlo. Poco después de conseguir el trabajo en ZedCee había vuelto a casa

para cuidar de sus padres mayores, y a ellos no les hacía mucha gracia el exceso de adornos, así que esa era su única oportunidad para tener un poco de diversión en Navidad.

—¿Con quién hablo? —preguntó el hombre de Londres.

—Soy la asistente personal del señor Corrigan.

Chloe estaba acostumbrada a lidiar con tipos mandones, y tanta seriedad nunca la hacía perder la calma.

—Soy Chloe Meadows.

—Señorita Meadows, le habla el sargento Davies, de la policía metropolitana, y la llamo desde The Royal London Hospital. Me temo que el asunto es urgente. Tengo que hablar con el señor Corrigan.

—Por supuesto —alarmada, Chloe perdonó el tono autoritario del agente al momento y tomó un bolígrafo y un papel—. Llamaré al señor Corrigan inmediatamente y le diré que se ponga en contacto con usted.

El sargento Davies le dio su número. Con el estómago en un puño, Chloe le dio las gracias y llamó a su jefe al móvil sin perder tiempo.

La cremallera del vestido negro de seda de la joven se deslizó con facilidad y el tejido se abrió, desvelando una espalda de marfil. Zac Corrigan sonrió. Era una belleza. Estaba algo mareada después de haberse tomado algunas copas de champán, sin haber comido casi nada, pero al menos se habían escapado de la fiesta pronto... Y era tan hermosa...

Con manos expertas, acarició la suave curva de su hombro y ella dejó escapar una risita. ¿Por qué hacía reír tanto el champán a las chicas?

Su piel era aterciopelada, cálida, y su figura era exquisita. Zac le perdonaba las risitas con tal de repetir la noche que habían compartido el fin de semana anterior.

Agarrándola del hombro con firmeza, se acercó a ella para darle un beso en la nuca. Le rozó la piel con los labios. Ella volvió a reírse, pero olía tan bien que Zac no pudo resistirse a dejar un rastro de besos a lo largo de su hombro.

El dulce momento, sin embargo, se vio interrumpido por el estridente timbre de su teléfono móvil. Zac masculló un juramento y miró en dirección al butacón donde había dejado el teléfono, junto a su chaqueta y la corbata.

—¡Yo contesto! —exclamó la joven.

—No, no te molestes. Déjalo.

Demasiado tarde. Ella ya se había soltado y se dirigía hacia el butacón, riéndose sin control, como si contestar a su teléfono fuera el juego más interesante del mundo.

Chloe apretó los labios al oír esa voz femenina ligeramente atropellada.

—¡Hola! —dijo la chica con entusiasmo—. Restaurante chino Kung Fu. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Hola, Jasmine.

Desafortunadamente Chloe conocía bien a casi todas las amigas de su jefe. Solían tener el don de la belleza, pero no el de la inteligencia, y por tanto no dejaban de llamarlo al trabajo una y otra vez. Chloe pasaba muchísimo tiempo intentando mantenerlas a raya, tomando nota de sus mensajes, tranquilizándolas a base de promesas, diciéndoles que el señor Corrigan les devolvería la llamada en cuanto estuviera libre y haciendo de mediadora en general.

—Déjate de bromas. Por favor, pásame a Zac.

—¿Jasmine? —la voz al otro lado de la línea sonó a desconcierto, a un ligero enojo—. ¿Quién es Jasmine? —los decibelios aumentaron —. Zac, ¿quién es Jasmine?

En otras circunstancias, Chloe se habría disculpado y tal vez hubiera intentado tranquilizar a la chica, pero esa noche se limitó a hablar alto y claro.

—Soy la asistente personal del señor Corrigan y se trata de un asunto urgente. Tengo que hablar con él de inmediato.

—Muy bien. Muy bien —la chica ya estaba molesta—. No hay que ponerse así.

Se oyó un sonido brusco.

—Señor Corr-i-gan —dijo a continuación, pronunciando las sílabas una a una, y con una melodía sarcástica—. Su asistente personal necesita hablar con usted y dice que es mejor que se dé prisa —dijo y entonces se echó a reír de manera absurda.

—¡Dame eso! —exclamó Zac, perdiendo la paciencia—. Chloe, ¿qué sucede? ¿Qué ha pasado?

—Has recibido una llamada urgente de Londres, de la policía, en un hospital.

—¿Londres?

La conmoción que Chloe notó en su voz era inconfundible.

—Sí. Me temo que es algo urgente, Zac. El policía quería hablar contigo de inmediato.

Se oyó un suspiro de tensión al otro lado de la línea y entonces Chloe creyó oír algo que parecía... No. No podía ser alguien llorando. Chloe sabía que los oídos la estaban engañando. Llevaba tres años trabajando en la empresa y nunca había detectado ni la más mínima fisura en ese hombre de acero que Zac Corrigan parecía ser.

—Muy bien.

Su voz seguía sonando distinta, rota, nada que ver con el Zac de siempre.

—¿Puedes darme el número?

Chloe se lo dio y comprobó que lo hubiera anotado correctamente. Parecía tan afectado que casi estuvo a punto de sentir algo cercano a la empatía por Zac Corrigan. Normalmente no se permitía esa clase de sentimientos cuando se trataba de la vida privada de su jefe, que era un desastre permanente.

Sin embargo, esa vez la situación parecía muy distinta... No recordaba haberle oído hablar de Londres en ninguna ocasión y siempre había pensado que lo sabía todo de él.

—Te llamaré si te necesito —le dijo él.

Tan tenso como un reo frente a un pelotón de fusilamiento, Zac marcó el número de Londres. Ese asunto tan urgente sin duda tendría algo que ver con Liv. Estaba seguro de ello. Había hecho todo lo posible por convencerse de que su hermana pequeña había crecido por fin, de que era capaz de dirigir su propia vida. Ignorando todas sus objeciones, se había marchado a Inglaterra con ese perdedor que tenía por novio, y no había tenido más remedio que resignarse y esperar que madurara, pero...

Liv.

Su hermana pequeña...

Ella era toda la familia que le quedaba. Era su responsabilidad.

—¿Sí? —dijo una voz con acento inglés, en un tono muy profesional—. Habla el sargento Davies.

—Soy Zac Corrigan —la voz se le quebró, así que tuvo que tragar en seco—. Creo que han intentado ponerse en contacto conmigo.

—Ah, sí, señor Corrigan —la voz del agente se suavizó de inmediato, pero eso no aplacó los temores de Zac—. ¿Podría confirmarme que es Zachary James Corrigan, por favor?

—Sí.

¿Qué podría haber hecho su hermana? No podía ser otra sobredosis de drogas. Cuando la había llamado, dos semanas antes, le había prometido que seguía limpia, de todo. Llevaba más de un año sin consumir nada.

—¿Y es el hermano de Olivia Rose Corrigan?

—Sí. Lo soy. Me han dicho que está llamando desde un hospital. ¿Qué sucede?

—Lo siento, señor Corrigan. Su hermana falleció hace un rato, a causa de un accidente de tráfico.

Zac sintió que algo explotaba dentro de su cabeza. Un calor insoportable se propagó por su cabeza y de repente perdió el

equilibrio. Liv no podía estar muerta. Simplemente no podía ser.

—Lo siento —dijo el sargento Davies de nuevo.

—Yo... yo... entiendo.

Era lo más absurdo que podía decir en ese momento, pero tenía la mente entumecida.

—¿Tiene algún pariente que viva en el Reino Unido?

—No —dijo Zac, el sudor corría por su cuerpo, sin control.

De repente fue consciente de la joven que estaba a su lado. Era Daisy, y el vestido aún le colgaba de los hombros. Estaba cerca, frunciendo el ceño.

Le dio la espalda.

—Entonces entiendo que es usted la persona con la que debemos contactar en todo momento para hacer cualquier trámite necesario.

—Sí —dijo Zac con rigidez—. Pero... dígame qué ha pasado.

—Le pondré en contacto con alguien del hospital. El médico podrá responder a todas sus preguntas.

Mareado y con un nudo en el estómago, Zac esperó hasta oír una voz femenina.

—¿Señor Corrigan?

—Sí.

—Le habla la doctora Jameson, de maternidad.

Zac parpadeó. Sin duda tenía que ser un error.

—Lo siento mucho, señor Corrigan. Su hermana llegó al hospital tras sufrir un accidente de tráfico. Tenía heridas graves en el pecho y en la cabeza.

Zac hizo una mueca.

—Olivia entró en quirófano de inmediato e hicimos todo lo posible, pero las heridas eran demasiado severas —hubo una pausa—. Me temo que no pudimos salvarla.

Zac sintió un frío gélido por todo el cuerpo. Aquello que siempre había sido su mayor temor se había convertido en una realidad de repente. Dos personas se lo habían confirmado. Había pasado muchos años intentando salvarla, pero había fracasado. Le había fallado sin remedio. Y ya era demasiado tarde para volver a intentarlo.

No podía respirar. No podía pensar. El horror le golpeó con violencia y trató de ahuyentar todas esas imágenes de un accidente que le venían a la cabeza. Quería aferrarse al recuerdo más dulce de su hermana hermosa, rebelde, la joven llena de vida que había sido años antes, cuando no tenía más que dieciséis años de edad. La vio en la playa, durante unas vacaciones en Stradbroke Island, con los brazos extendidos frente al mar. Su cabello negro ondeaba con la brisa y ella reía con esa alegría infantil que se pierde con los años.

Lo recordaba todo tan bien. Llevaba aquel pareo de colores brillantes, encima de un diminuto bikini amarillo. Su piel bronceada

resplandecía a la luz del sol. Parecía tan inocente entonces, siempre con tantas ganas de divertirse.

Eso era lo que pensaba de ella entonces. La veía llena de vida, de ganas de pasarlo bien.

—Pero pudimos salvar al bebé —dijo la doctora inglesa.

Estupefacto, Zac se dejó caer sobre el borde de la cama.

—¿Está usted ahí, señor Corrigan?

—Sí.

—Usted consta como el familiar más cercano de su hermana, así que imagino que sabía que su hermana estaba embarazada.

—Sí —Zac mintió.

La había llamado dos semanas antes, pero ella no le había dicho que estuviera embarazada. De repente se sentía como si todo el mundo se hubiera vuelto loco.

—Su hermana ya estaba de parto. Creemos que iba de camino al hospital cuando tuvo el accidente.

—Entiendo —Zac se echó hacia adelante y apoyó los codos sobre las rodillas—. Entonces… —comenzó a decir, pero tuvo que detenerse. Tomó el aliento—. Entonces… el be —
bé… ¿Está bien?

—Sí. Es una niña preciosa. Nació sin ningún problema por cesárea, solo dos semanas antes de la fecha estimada.

Zac se tocó la frente con una mano temblorosa. El estómago le daba vueltas y no dejaba de sudar. La mujer trataba de decirle que un cruel giro del destino le había arrebatado a su hermana y que en su lugar le había dejado a un bebé recién nacido. ¿Cómo se habían vuelto tan extrañas las cosas? Quería soltar el teléfono, acabar con aquella conversación absurda.

—Imagino que se habrán puesto en contacto con el padre del bebé —dijo, recordando al hombre que había convencido a su hermana para que se fuera con él.

Era un tipo de un grupo de rock, una banda de la que nadie había oído hablar, un hombre mayor con rastas encanecidas y unos ojos inquietos que siempre le rehuían la mirada.

—Su hermana no fue capaz de darnos el nombre del padre. Había un hombre en el coche con ella, pero nos dijo que era un vecino, que no era el padre. Hemos realizado pruebas de paternidad y lo hemos confirmado.

—Pero podría decirles…

—Me temo que no sabía nada respecto a la identidad del padre.

—Muy bien —Zac respiró profundamente y apretó la mandíbula —. Entonces, este bebé es… a todos los efectos, responsabilidad mía, ¿no?

Mientras pronunciaba las palabras, se dio cuenta de que la forma

que había escogido para expresarse no había sido la más adecuada, pero ya era demasiado tarde.

—Yo… haré todos los preparativos necesarios para ir a Londres cuanto antes.

Chloe acababa de poner el último adorno cuando el teléfono sonó de nuevo.

—Chloe, sé que es muy tarde, pero necesito que me reserves un billete para Londres, que salga cuanto antes, a primera hora de la mañana, si puedes.

—Claro. ¿Quieres que te reserve un hotel también?

—Sí, por favor, en algún sitio céntrico.

—No hay problema —dijo ella, encendiendo el ordenador.

—Y necesito que te ocupes de las cuentas de Garlands.

Chloe sonrió.

—Todo está hecho ya.

—¿Ya?

Parecía sorprendido.

—Eso es estupendo. Buen trabajo.

—¿Algo más?

—¿Podrías llamar a Foster y decirle que Jim Keogh estará en mi lugar en la reunión de mañana?

—No hay problema —Chloe hizo una pausa—. ¿Eso es todo?

—En realidad, Chloe…

—¿Sí?

—Será mejor que reserves dos billetes a Londres, solo de ida de momento. No sé cuánto tiempo voy a tener que estar allí.

Aunque fuera absurdo, Chloe sintió que el corazón se le caía a los pies.

—¿A qué nombre pongo el otro billete? —le preguntó justo cuando se cargaba la página de la compañía aérea favorita de la empresa.

—Ah… buena pregunta. En realidad…

Hubo otra pausa.

Chloe comenzó a llenar las casillas de los parámetros de búsqueda del vuelo.

—¿Estás muy ocupada ahora mismo, Chloe?

—¿Cómo?

—¿Podrías tomarte unos días libres?

—¿Para viajar a Londres?

—Sí. Es una emergencia. Necesito a alguien… capaz.

Chloe se llevó una sorpresa tan grande que el teléfono estuvo a punto de caérsele de las manos.

—Sé que no te lo he dicho con tiempo y que ya casi es Navidad.

Chloe sintió que la cabeza le daba vueltas sin control. Una emoción intensa la recorrió por dentro, pero entonces pensó en sus padres mayores. La necesitaban para hacer la compra, para hacer la comida de Navidad, para que les llevara a la iglesia. Nunca podrían arreglárselas sin ella.

—Lo siento, Zac. No creo que pueda marcharme tan repentinamente.

Justo cuando decía las palabras, la puerta que estaba a sus espaldas se abrió. Chloe se sobresaltó. Al volverse vio que su jefe acababa de entrar en el despacho. Estaba más pálido que nunca y sus ojos grises dejaban ver ese asombro que no había sido capaz de aplacar.

—Si puedes venir conmigo, te daré una paga extra de Navidad más que generosa —dijo, dirigiéndose hacia el escritorio de Chloe.

Pero él ya le había dado una paga extra de Navidad más que generosa.

—¿Me puedes explicar qué es lo que está ocurriendo? ¿Qué ha pasado?

¿Qué había pasado?

Zac se frotó la frente. Ese dolor de cabeza pulsante que se había apoderado de él cuando había atendido la llamada del hospital ya estaba en pleno apogeo.

—¿Te encuentras bien, Zac? Pareces...

Chloe arrastró una silla desde el escritorio más próximo y se la puso delante.

—Toma, siéntate.

Él levantó una mano.

—No. Me encuentro bien. Gracias.

—Disculpa, pero creo que no estás bien.

Para sorpresa de Zac, ella lo agarró del codo con firmeza.

—Creo que deberías sentarte antes de que te caigas al suelo.

Zac obedeció.

—¿Quieres una taza de té?

Si no se hubiera sentido tan mal en ese momento, casi habría podido sonreír al oír ese ofrecimiento tan anticuado y tan propio de su secretaria, siempre tan responsable y conservadora. Llevaba uno de esos trajes de chaqueta de oficio. Su blusa blanca estaba impecablemente abotonada y metida por dentro de la falda. No se le había despeinado ni un solo pelo.

La Chloe de siempre, fiable y sobria...

Se alegraba tanto de verla esa noche.

—No quiero tomar té. Solo quisiera resolver lo del vuelo cuanto antes, y me vendría muy bien tu ayuda en Londres.

—Entiendo que todo esto es por esa llamada... del hospital.

—Sí —Zac tragó con dificultad.

Trató de aplacar ese dolor que tenía en la garganta y que cada vez se hacía más intenso.

—Me temo que no han sido buenas noticias. Han sido malas, muy malas, las peores.

—Oh, no... Lo siento muchísimo.

Zac rehuyó esos dulces ojos marrones y fijó la vista en un punto indefinido antes de contarle toda la historia.

Cuanto terminó, ella tardó unos segundos en decir algo.

—Yo... yo realmente no sé qué decir. Es algo terrible. Yo... no sabía que tenías una hermana.

—Sí... bueno...

—Entiendo que vas a necesitar ayuda... con la pequeña... si no pueden encontrar al padre.

—Sí. Yo voy a ser... su tutor.

Eso lo sabía con seguridad porque después de la sobredosis que había sufrido su hermana lo único en lo que había insistido había sido en que hiciera un testamento. Por aquel entonces esperaba que un golpe de realidad la hiciera entrar en razón.

—No podría hacerlo yo solo.

—Seguro que podemos encontrar a alguien —Chloe estaba ocupada frente al ordenador, revisando las páginas de un documento.

—¿Alguien? —le preguntó Zac, frunciendo el ceño—. ¿Qué quieres decir? ¿Qué clase de persona?

Ella se volvió hacia él con una sonrisa.

—Esta es una lista de tus contactos femeninos.

—¿Los tienes en una hoja de cálculo?

—Sí, bueno... ¿Cómo crees si no que logro...?

—De acuerdo. De acuerdo.

Zac hizo un gesto de impaciencia. Sabía que Chloe era una maravilla cuando se trataba de gestionar sus contactos femeninos, pero jamás se le había ocurrido pensar en cómo se las arreglaba para seguirles la pista.

—¿Qué te parece Marissa Johnson? Siempre me pareció muy sensata.

—No —dijo Zac con rapidez, recordando lo incómodo que había sido todo la última vez que se habían visto.

Se puso en pie de un salto.

—Mira, no tiene sentido revisar esa lista, ni quiero a ninguna de ellas. Quiero que seas tú, Chloe. Llevamos tres años trabajando juntos y sé que eres perfecta para esto.

Para sorpresa de Zac, las mejillas de Chloe se tiñeron de rojo.

—No sé nada de bebés.

—¿En serio? Pero sabes lo suficiente, ¿no? Sabes cambiar un pañal. Y cuando se trata de potitos y esas cosas, sabes seguir las instrucciones, ¿no? Solo van a ser unos días, Chloe. Existe una posibilidad remota de que tenga que traerme a esta niña a casa. Necesitaré ayuda, hasta que lo tenga todo arreglado.

—Lo siento —dijo Chloe rápidamente—. Me gustaría ayudar, pero no puedo viajar al otro lado del océano así, de repente, no en esta época del año. Tengo que tener en cuenta a mis padres...

—¿Tus padres? —Zac frunció el ceño de nuevo, extrañado.

Chloe tenía casi treinta años. ¿Por qué estaba tan preocupada por sus padres?

Él nunca había estado muy al tanto de las cosas de familia. Sus padres habían muerto cuando él tenía dieciocho años y llevaba casi diecisiete años arreglándoselas sin ellos.

—Es Navidad —dijo Chloe de repente, como si eso lo explicara todo. Levantó la mirada hacia los adornos que había colgado por todo el despacho—. ¿Quieres que busque a una niñera?

Zac dejó escapar un suspiro de cansancio.

—Lo último que necesito en este momento es ponerme a entrevistar a niñeras.

—No me importa hacer las entrevistas.

—No. No tenemos tiempo.

La situación era muy delicada y necesitaba a alguien a quien conociera muy bien, una mujer leal y de confianza, sensata y eficiente, alguien que no fuera capaz de distraerle con el sexo.

Chloe Meadows cumplía todas las condiciones.

Capítulo 2

CHLOE todavía no se creía lo que acababa de suceder. Estaba, en la sala VIP del aeropuerto internacional de Brisbane, tomando un café y unos cruasanes con su jefe, con una tarjeta de embarque con destino a Londres en el bolso.

Aún no sabía muy bien cómo la había convencido Zac, pero su insistencia se había convertido en presión en cuanto se había enterado de que tenía el pasaporte actualizado. Le había dicho que de todos modos la empresa ya estaba reduciendo el volumen de trabajo de cara a las navidades y que la cena de empresa sería todo un éxito sin ella, gracias a su gran eficiencia con los preparativos.

Pero eso no había sido todo. Para su sorpresa, la noche anterior le había pedido permiso para hacerles una visita a sus padres. Ella había intentado poner alguna objeción.

—Lo siento, pero, no. Mis padres se acuestan muy pronto —le había dicho.

—¿Por qué no los llamas antes?

Tanto su madre como su padre habían resultado estar despiertos, viendo la televisión, y se habían mostrado encantados ante la visita.

—Chloe, hay sherry en la alacena y podemos abrir esa cajita de mantecadas que compraste la semana pasada —había sugerido su madre con gran entusiasmo.

Zac había derrochado encanto ante ellos y él siempre era el mejor cuando se trataba de eso. Les había ofrecido una estancia con todos los gastos pagados en Riverslea Hotel, incluyendo la comida de Navidad. Chloe estaba segura de que sus padres iban a negarse, no obstante. Todo resultaba demasiado ostentoso y ellos no eran gente de ostentaciones.

Sin embargo, antes de que pudieran objetar algo, él les había dicho que pondría un chófer a su disposición para que pudieran ir a la iglesia el día de Navidad y también al médico cada vez que lo necesitaran. Y como si todo eso fuera poco, les había ofrecido el servicio de una enfermera que les visitara a diario para controlarles la medicación.

La madre de Chloe había dudado durante unos segundos, pero su esposo le había dado un pequeño codazo.

—Sería como unas vacaciones, cariño —le había dicho el anciano.

Aun así, Chloe esperaba que sus padres se negaran, pero entonces Zac les había explicado con gran sinceridad lo importante que era

para él contar con su ayuda en Londres.

De alguna forma había dado en el clavo y sus padres habían terminado encantados de saber que su hija iba a acompañarle en el viaje.

Y esa misma mañana, sus padres, con su ropa anticuada y sus maletas de grandes almacenes, habían entrado en la suite de ese lujoso hotel, con gruesas alfombras blancas, cortinas de lino y grifería dorada en el cuarto de baño, por no hablar de las flamantes vistas de Brisbane River... Sus sonrisas hablaban por sí solas.

—Chloe, ve y cuida del señor Corrigan —le habían dicho, casi empujándola por la puerta—. No te preocupes por nosotros.

Chloe no había podido hacer otra cosa que no fuera cerrar la boca.

«Te vas a Londres, Chloe», se dijo a sí misma, respirando profundamente. Lo único que podía esperar era no estar cometiendo un grave error. Después de todo sabía por qué su jefe había evitado tener que llamar a alguno de sus contactos femeninos. A él le gustaba mantener las cosas en un plano superficial, y esa visita a Londres no tendría nada de superficial.

Además, sabía que Zac Corrigan la consideraba una elección conveniente. Sin embargo, no podía dejar de sentir esa emoción que le corría por la piel en forma de cosquilleo.

Finalmente subieron a bordo del avión y despegaron rumbo a Londres. Horas después, el mapa de la pantalla marcaba algún punto indeterminado situado sobre el Océano Índico.

Las luces de la cabina habían sido atenuadas y sus asientos de *business* se habían transformado hasta convertirse en camas. Zac parecía dormido a su lado, con sus vaqueros y su camiseta negra, y ya sin los zapatos y el cinturón. Se había puesto los auriculares para escuchar música y se había tapado los ojos con el antifaz de la aerolínea. Estaba acostumbrado a viajar en avión y Chloe suponía que dormiría durante horas. Seguramente no habría dormido nada la noche anterior.

Pero ella no era capaz de cerrar los ojos. Las veinticuatro horas anteriores habían sido una vorágine de acontecimientos y preparativos y la idea de viajar a Londres simplemente era demasiado emocionante. Se había sacado el pasaporte en una época más feliz, cuando pensaba que sabía exactamente adónde se dirigía su vida...

Pero nunca había llegado a usarlo, así que jamás había tomado un vuelo internacional en toda su vida, y nunca había viajado en primera clase. Sabía que necesitaba calmarse un poco, así que sacó del bolso las revistas que había comprado en el aeropuerto. Todas eran sobre la maternidad y los bebés, así que esperaba encontrar algún artículo que

otro sobre el cuidado de un recién nacido.

Afortunadamente había mucha información al respecto, así que no tardó mucho en saber qué era lo que había que hacer si un bebé tenía un cólico, ictericia, una hernia umbilical…

Lo leyó todo a conciencia, tratando de asimilar todos los datos, preguntándose si en algún momento tendría que poner en práctica alguno de los conocimientos adquiridos. Su experiencia real con niños se reducía al contacto que tenía con los hijos de sus amigos. Era divertido jugar con ellos, pero siempre se alegraba de poder devolvérselos a sus padres al final.

Tras el gran descalabro que había sufrido su vida siete años antes, había abandonado definitivamente toda expectativa de ser madre, así que nunca le había prestado mucha atención a la letra pequeña de la maternidad.

—¿No tienes sueño? —murmuró una voz profunda de repente.

Sorprendida, Chloe se volvió y vio que Zac se había levantado el antifaz. También se había quitado uno de los auriculares y la observaba con curiosidad.

Chloe sintió un cosquilleo en el estómago. Era la reacción a tenerle tan cerca.

—Yo… eh… Pensé que me vendría bien leer un ratito.

Zac se acercó más, frunciendo el ceño.

—¿Pero qué es lo que estás leyendo?

Desafortunadamente, la revista que tenía sobre el regazo estaba abierta en una página que mostraba a un bebé mamando de un enorme pecho.

Chloe sintió un calor repentino en las mejillas.

—Yo… eh… Pensé… Ya sabes… El bebé… Es bueno tener alguna idea.

—Claro —dijo Zac. Sus ojos, sin embargo, se habían oscurecido de nuevo con el recuerdo de todo lo sucedido—. Bien pensado, señorita Meadows.

Chloe tragó con dificultad. Le resultaba raro encontrarse tan cerca de esos ojos grises y tristes.

—Seguro que pronto me dará sueño —le dijo.

—Dime qué has aprendido —le dijo él, hablando en voz baja para no despertar a los otros pasajeros—. Estoy intrigado.

—¿Cosas de bebés?

Él volvió a mirar la foto de la revista.

—O de pechos, si lo prefieres —le dijo él, ofreciéndole una sonrisa juguetona.

A pesar del creciente rubor que teñía sus mejillas, Chloe le dedicó una de sus miradas más sobrias y cerró la revista de golpe.

—Bebés, entonces —dijo Zac. La sonrisa no se le había borrado de

los labios—. Dime qué has aprendido de los bebés.

En realidad se había enterado de un montón de cosas que hubiera preferido no aprender. Había leído sobre las fluctuaciones hormonales de una mujer que acababa de dar a luz, sobre los puntos que podían darle en sitios delicados, sobre pérdidas de orina y pechos hinchados y doloridos.

—Muy bien —le dijo, recordando algo de información práctica que sí podía compartir con él—. ¿Sabías que hay que lavar la ropa del bebé con detergente hipo-alergénico y sin aroma?

—Fascinante —Zac bostezó.

Chloe no pudo evitar alegrarse. A lo mejor así la dejaba en paz.

Esperó a que se pusiera su antifaz, pero él señaló otra de las revistas que tenía sobre el regazo.

—¿Te importa?

Esa vez no hizo nada por disimular la sorpresa.

—¿Quieres leer una de estas revistas? ¿Una revista sobre bebés y maternidad?

—Sí, por favor —dijo él, extendiendo una mano y sonriendo—. Me gustaría formarme un poco.

Chloe apretó los labios para no replicar y le dio la revista que trataba sobre los seis primeros meses del bebé. Seguramente se estaba burlando de ella, pero a lo mejor también estaba tratando de distraerse un poco para no pensar en lo de su hermana.

Durante un rato ambos se dedicaron a leer en silencio, pero Chloe no era capaz de relajarse.

—¿Sabías que los bebés te pueden mirar mientras duermen? —le preguntó él de repente.

—¿Qué?

Él sonrió.

—Aquí dice que pueden dormir con los ojos medio abiertos. Da un poco de miedo.

Aunque su sonrisa resultara casi peligrosa para el corazón de Chloe teniéndole así de cerca, no pudo evitar devolvérsela.

—Bueno, el artículo que estoy leyendo dice que los bebés a veces no duermen nada.

—No —Zac fingió estar totalmente sorprendido—. Eso no puede ser.

—Bueno, supongo que al final sí que duermen, pero muchos permanecen despiertos demasiado tiempo.

—Igual que nosotros —dijo Zac, mirando a su alrededor.

Todos los demás pasajeros parecían estar dormidos, todos excepto ellos.

Chloe suspiró.

—Creo que deberíamos apagar la luz y dormir.

—Sí, deberíamos —Zac cerró la revista y se la devolvió—. Gracias. Ha sido muy reveladora la lectura.

Cuando Chloe guardó la revista, Zac ya había apagado la luz de su asiento. Se había puesto el antifaz de nuevo y había cruzado los brazos sobre el pecho.

—Buenas noches, señorita Meadows.

Normalmente solo la llamaba así cuando se mostraba juguetón, lo cual no ocurría muy a menudo.

—Buenas noches, señor —le dijo ella.

—Y trata de dormir —añadió él sin quitarse el antifaz. Parecía un padre que perdía la paciencia—. Tenemos un largo camino por delante.

Chloe no contestó y sintió un gran alivio al ver que no tendría que volver a hablar con él hasta la mañana siguiente. Se tapó los ojos con su propia máscara y trató de acomodarse. Esperaba que la suave vibración del avión y el murmullo de los motores la ayudaran a conciliar el sueño, pero sus expectativas no se hicieron realidad.

No era capaz de relajarse. Estaba demasiado inquieta por la cercanía de Zac Corrigan.

Su intento de dormir solo duró unos diez o quince minutos. Finalmente tuvo que moverse para buscar una postura más confortable. Oyó un suspiro de cansancio a su lado.

—Lo siento —susurró, tratando de disculparse.

Zac se levantó el antifaz y se pellizcó el puente de la nariz.

—Lo siento —dijo Chloe de nuevo—. Te he molestado, ¿no?

Él sacudió la cabeza.

—No —bostezó—. Estoy muerto de cansancio, pero tengo la sensación de que no voy a dormir esta noche.

—¿Normalmente duermes durante vuelos tan largos?

—Al final, sí.

Chloe se preguntó si acaso no era capaz de dejar de pensar en su hermana. ¿Estaba tan nervioso que no podía cerrar los ojos? Quería ayudarlo.

—Yo no tengo hermanos —dijo de manera tentativa.

Zac frunció el ceño.

—Lo siento —se apresuró a decir Chloe. Era la tercera vez que se disculpaba en unos pocos minutos—. Pensé que igual querrías hablar, pero no debería…

—No, no. No hay problema —volvió a suspirar y se quedó pensativo.

Chloe esperó. No sabía muy bien qué decir.

—Liv era ocho años más joven que yo. Cuando murieron nuestros padres solo tenía diez años, así que yo me sentí muchas veces como un padre. Ella era mi responsabilidad.

Chloe lo miró a los ojos y trató de asimilar lo que acababa de decirle. ¿Acaso se culpaba de lo que le había pasado a su hermana?

—Pero tú también debías de ser muy joven.

—Yo tenía dieciocho años. Ya era un adulto.

—Qué pena que hayas perdido a tus padres siendo tan joven.

—Sí —dijo él, suspirando de nuevo.

A Chloe no le gustaba hacer demasiadas preguntas, pero la curiosidad le estaba ganando la batalla.

—¿Cómo sucedió, Zac? ¿Hubo un accidente?

Él se encogió de hombros.

—Nunca lo sabremos con certeza. Mis padres salieron a navegar en un sitio cerca de Indonesia y su barco desapareció sin más. Mi padre era geólogo y mi madre era bióloga marina. Eran personas de ciencia, exploradoras. Siempre iban a la caza del próximo descubrimiento. Supongo que se podría decir que eran un tanto excéntricos.

—¿No podrían seguir vivos, tal vez en alguna isla, en medio de la jungla?

Zac esbozó una media sonrisa.

—Yo también me he permitido jugar con esa fantasía, pero ya han pasado diecisiete años. Desde el principio me preocupé mucho por Liv. No podía dejar que se la llevaran a un hogar de acogida, así que pedí su custodia. Dejé la universidad y busqué un trabajo para que pudiéramos vivir juntos y poder cuidar de ella.

—Vaya —dijo Chloe, intentando disimular el asombro que sentía.

Zac hizo una mueca.

—Creo que esa fue la decisión más estúpida que tomé.

—No digas eso. Creo que fuiste increíblemente valiente.

—No fui capaz de mantenerla en el camino —dijo él con un hilo de voz apenas audible—. Liv nunca me vio como a un padre. No me aceptó nunca de esa forma, así que apenas logré tener influencia sobre ella, me temo. Creo que estaba muy enfadada con nuestros padres por haber desaparecido así y me veía como un sustituto que no daba la talla. De adolescente ya empezó a beber y a coquetear con las drogas. Y después terminó como una nómada, incapaz de echar raíces en ningún sitio. No quería estudiar y los trabajos no le duraban lo bastante como para hacer un oficio de ellos. Era como una mariposa que siempre buscaba la flor más brillante.

—¿Crees que pudo heredar esa inquietud de tus padres?

—Creo que sí.

Zac fijó la vista en el techo. Chloe hubiera deseado poder ofrecerle alguna palabra de consuelo, pero realmente no sabía qué decirle.

Hizo todo lo que pudo, no obstante.

—Sinceramente no creo que debas echarte la culpa de lo que ha

pasado, Zac.

Él sacudió la cabeza sin más y cerró los ojos.

Chloe tardó mucho tiempo en quedarse dormida y cuando por fin abrió los ojos una tenue luz de color gris azul llenaba la cabina del avión. Las azafatas estaban repartiendo toallitas calientes para el rostro y las manos y también zumos de naranja.

—Buenos días, dormilona.

El asiento de Zac había vuelto a su posición original. Parecía que había ido al baño y que se había aseado y afeitado.

Chloe bostezó y rezó para no tener el pelo como una leona.

—¿Qué hora es?

—Las siete y cuarenta y cinco. Hora del Meridiano de Greenwich. Claro. Si todavía estuviéramos en casa, serían las cinco y cuarenta y cinco de la tarde.

Para entonces sus padres ya habrían completado casi toda su primera jornada en un hotel de cinco estrellas. Si hubiera estado en Brisbane en ese momento, sin duda habría estado en el despacho, poniendo los últimos adornos y haciendo los últimos preparativos para la cena.

—Espero que no estés preocupada por tus padres.

—No. Estaba pensando en la cena de la empresa de hoy.

—¿En serio, Chloe?

Zac frunció el ceño, pero sus ojos parecían llenos de chispa.

—Yo estaba deseando que llegara la fiesta de Navidad de la empresa —admitió. Ya no le importaba desvelar lo patética que era su vida social.

—¿Estabas deseando que llegara ese momento cuando media oficina termina borracha y después todo el mundo se queda a limpiar el desastre?

Chloe abrió la boca para protestar.

La sonrisa de Zac fue juguetona.

—Vas a ver Londres en Navidad. Te prometo que eso va a ser mucho más bonito que la oficina en la cena de Navidad.

—Supongo que sí. ¿Cuándo vamos a ver Inglaterra por primera vez?

Capítulo 3

ESTABA lloviendo cuando aterrizaron en Heathrow, pero el chaparrón no consiguió arruinarle el entusiasmo a Chloe. Como habían viajado en primera, no tuvieron que hacer cola para salir y muy pronto se encontraron envueltos en sus confortables anoraks y bufandas.

Mientras esperaban a que llegara un taxi, Chloe hizo una llamada rápida para ver cómo estaban sus padres.

—Estamos a punto de bajar al restaurante —le dijo su madre con emoción—. Ya hemos mirado el menú y vamos a tomar chuletas de cordero y budín de ruibarbo. Saluda a Zac de nuestra parte.

En cuestión de segundos, Chloe se encontró subiendo a un reluciente taxi negro de Londres y recorriendo calles empapadas, llenas de coches y de brillantes autobuses rojos de dos pisos. Los transeúntes se refugiaban bajo sus paraguas, resplandecientes bajo la lluvia.

Zac le pidió al taxista que parara frente al hotel. Mientras sacaban el equipaje, Chloe reparó en las enormes puertas de cristal, las macetas llenas de vegetación y los gigantes espejos con marco dorado que adornaban un vestíbulo de mármol blanco.

—Bueno, será mejor que vayamos a ver a la policía metropolitana directamente —dijo Zac cuando regresó.

—Sí —Chloe sacó el teléfono y comprobó la agenda que había elaborado para que Zac pudiera encontrarse con el sargento Davies.

Le dio la dirección al conductor y se pusieron en camino de nuevo.

Tres manzanas más adelante, se detuvieron en un semáforo y fue entonces cuando Chloe vio al trío de militares. Los hombres, altos y de espaldas anchas, estaban en la acera, charlando tranquilamente mientras esperaban para cruzar, pero con solo ver los uniformes de camuflaje y las boinas de reglamento, Chloe no pudo evitar verse asediada por recuerdos de Sam.

Las cosas podían volver a pasar de esa manera, aunque hubiera tenido tres años y medio para recuperarse. El desencadenante más sutil podía llevar consigo la amenaza de la desesperación y la pena más negra.

«Ahora no… No puedo pensar en él ahora».

Pero en ese momento, al otro lado del mundo y acompañada de su apuesto jefe, Chloe fue consciente una vez más del doloroso y perenne recuerdo que acarreaba enamorarse.

Una vez en la comisaria, el sargento Davies se mostró muy atento al hacerles pasar a su despacho. Les dijo que la muerte de Liv había sido claramente accidental y que no había motivos para realizar un análisis forense.

—El joven que llevaba a su hermana al hospital no tiene ninguna responsabilidad. Es un buen samaritano, un vecino preocupado. Sufrió heridas, pero se recuperará. Creo que tiene una pierna con una rotura muy grave.

Zac parecía una estatua de granito mientras escuchaba. Su rostro era una máscara sombría.

—Vamos a presentar cargos muy serios contra el conductor del otro vehículo —les dijo el sargento.

—¿Conducía borracho? —preguntó Zac.

El sargento asintió con la cabeza.

Zac suspiró y cerró los ojos.

Una vez abandonaron el despacho del agente, Chloe sugirió que fueran a tomar un café. En cuanto salieron a la acera, él paró un taxi y se dirigieron hacia la fría realidad del Royal London Hospital.

Zac insistió en ver a su hermana, pero cuando Chloe le vio alejarse por el pasillo, acompañado de un médico muy serio con una bata blanca, sintió que aquello iba a ser un gran error. Al verle regresar, su temor no resultó infundado. Tenía la cara blanca, como si hubiera visto un fantasma. Era como si le hubieran caído diez años encima en unos minutos.

Chloe no sabía qué decir. No había ninguna máquina de café a la vista, así que le consiguió un vasito de plástico con un poco de agua. Él lo tomó rápidamente y se lo bebió a sorbos, sin darle las gracias, manteniendo la vista fija en el suelo. Sus ojos revelaban la gran conmoción que sin duda le sacudía por dentro. Finalmente, Chloe ya no pudo soportarlo más. Le rodeó el cuello con el brazo y lo abrazó.

Él la miró de reojo. Su expresión contenía tanta emoción que Chloe sintió que el corazón le iba a explotar de lo mucho que le dolía verle así. Él asintió con la cabeza ligeramente, como si quisiera darle las gracias con un simple gesto, pero no dijo ni una sola palabra. Chloe sabía que no era capaz de articular sonido alguno.

Permanecieron sentados y en silencio durante un rato. De pronto una empleada del hospital se les acercó. Era una joven pelirroja.

—¿Señor Corrigan?

—¿Sí?

—Soy Ruby Jones —le dijo, esbozando una de esas sonrisas que cualquier mujer lucía al conocer a Zac Corrigan—. Soy la trabajadora social que se encarga de su caso.

—Ya. Entiendo —Zac ya se había puesto en pie—. Supongo que quiere hablarme de la... de la niña, ¿no?

—Sí. Claro —Ruby Jones le dedicó otra sonrisa rutilante que a Chloe le pareció totalmente fuera de lugar, dadas las circunstancias—. ¿Quiere conocer a su sobrina?

—¿Conocerla? —Zac parecía sorprendido.

—Sí. Está en la siguiente planta, en la sala de maternidad.

—Oh, sí. Claro —se volvió hacia Chloe—. Vienes también, ¿no?

—Sí, si tú quieres.

—Me temo que, en estos casos, solo pueden entrar miembros allegados de la familia...

—Chloe es familia —dijo Zac en su tono autoritario de siempre.

Chloe mantuvo la vista fija en el suelo. Solo esperaba no haberse sonrojado.

—Lo siento —Ruby parecía tan incómoda como Chloe—. Me pareció oírle mencionar a su asistente personal.

Zac hizo un gesto impaciente.

—De todos modos, no hacen falta ni dos dedos de la ma —
no para contar a los familiares allegados de este bebé— agarró a Chloe del codo con firmeza. —Vamos.

Chloe evitó todo contacto visual con Zac hasta que la asistente social les condujo hasta el ascensor. Subieron en silencio hasta la siguiente planta.

—Por aquí —Ruby salió y les llevó a lo largo de un pasillo que olía a antiséptico.

A ambos lados había habitaciones ocupadas por jóvenes mujeres. Junto a ellas estaban las cunas y decenas de bebés lloraban sin parar a su alrededor. Más adelante se oía el suave murmullo de una pulidora de suelo.

Zac parecía más serio que nunca, como si apenas pudiera soportar todo aquello.

—¿Alguna vez has estado en una sala de maternidad? —le preguntó Chloe en voz baja.

—No. Claro que no. ¿Y tú?

—Una vez, para visitar a una amiga —añadió, al ver su cara de sorpresa.

Unos metros más adelante la trabajadora social se detuvo frente a una puerta de cristal. Estaba charlando con una enfermera.

—Por favor, esperen aquí un momento. Vamos a traer al bebé.

Zac asintió sin mucho entusiasmo.

—Gracias —dijo Chloe.

Cuando las dos mujeres se marcharon, Zac soltó el aliento con exasperación. Metió las manos en los bolsillos. Chloe se sintió tentada de extender la mano para ofrecerle algo de consuelo, pero en ese

momento se abrió la puerta y un pequeño carrito con ruedas apareció ante ellos.

Había un bebé muy pequeño debajo de una manta de color rosa y también se veía algo de pelo negro.

—Oh, Dios mío —exclamó Zac.

El carrito se acercó.

—Aquí está.

La enfermera era una mujer de unos cuarenta y tantos años y hablaba con mucho entusiasmo. Le ofreció su mejor sonrisa a Zac.

—Es una preciosidad esta chiquitina.

Chloe dio un paso adelante. La sanitaria tenía razón. La niña era muy bonita y estaba dormida. De repente se estiró un poco y saco una manita de debajo de la manta. Era como si les estuviera saludando. Llevaba una pulsera del hospital y en ella estaba escrito el apellido Corrigan.

Zac contemplaba al bebé con un rostro que reflejaba auténtico terror.

—Bueno, ¿qué le parece su sobrina, señor Corrigan? —le preguntó Ruby, la asistente social.

Zac movió la cabeza.

—Es muy pequeña.

—Su peso al nacer fue normal —dijo la enfermera—. Pesó más de tres kilos.

—¿Quiere tomarla en brazos? —le preguntó la trabajadora social.

Zac parecía horrorizado.

—Pero está dormida —dijo. No sacaba las manos de los bolsillos y se balanceaba sobre los talones como si estuviera deseando escapar de allí.

Chloe reparó en la mirada que intercambiaban la enfermera y la trabajadora social. Aquello parecía una especie de prueba a la que le estaban sometiendo antes de dejar a la pequeña en sus manos.

—Vamos —le dijo a Zac, alentándole—. Deberías tomarla en brazos un momento. No la vas a molestar. Seguramente ni siquiera se despierte.

Zac se sintió como si todo el aire se le hubiera escapado de los pulmones. No recordaba ni una sola situación en toda su vida en la que se hubiera sentido tan fuera de lugar. La enfermera estaba retirando la mantita rosa. La niña estaba envuelta en otra manta más fina.

—Los recién nacidos se sienten mejor cuando están envueltos de esta forma. Y además, así es más fácil sujetarles —dijo la enfermera al tiempo que tomaba a la pequeña en brazos.

No sin reticencia, Zac sacó las manos de los bolsillos e hizo todo lo posible para que no le temblaran.

—Solo relájese —le dijo la enfermera al tiempo que le colocaba al bebé en los brazos.

¿Cómo iba a relajarse? Tenía que ser una broma. Ella lo hacía todos los días. Formaba parte de su trabajo.

Además, tenía tanto miedo de que se le cayera...

De repente, ya estaba en sus brazos. Era el bebé de Liv, y sentía su calor a través de la fina manta. Podía sentir cómo movía esas extremidades diminutas. Era tan real. Estaba viva, respiraba... Se obligó a mirar su carita sonrosada.

—Oh, Liv...

El nombre de su hermana se le escapó de entre los labios y las lágrimas brotaron sin control. La visión se le nubló.

Chloe sintió que se le rompía el corazón al ver las lágrimas en sus ojos. Incluso en esa situación tan difícil, la impresionaba verle llorar. Temblaba sin cesar y las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Toma —dijo de repente, entregándole a la niña—. Por favor, sujétala.

Chloe soltó los abrigos a toda prisa y tomó a la niña en los brazos. Zac les dio la espalda y se alejó por el corredor. Mantenía la cabeza alta y respiraba profundamente una y otra vez, intentando recuperar la compostura.

Observándole, Chloe sostuvo al bebé con todas sus fuerzas, aspirando su olor a limpio y a leche.

—Es una situación muy compleja —dijo Ruby de pronto.

Chloe guardó silencio.

—Siento mucho su pérdida —dijo la enfermera.

Zac levantó una mano y asintió con la cabeza, haciendo un gesto sobrio.

—Gracias... Necesito que me informen de todo lo más rápido posible —dijo, recuperando su tono profesional de siempre, y miró a la asistente social—. ¿Cuál es la situación ahora mismo? ¿Han podido localizar al padre?

Ruby sacudió la cabeza.

—Me temo que no hemos tenido suerte.

—¿Definitivamente han descartado al hombre que estaba en el coche con Ruby?

—Sí.

Al oír su respuesta, el rostro de Zac se volvió más sombrío.

—También hemos hablado con la gente que compartía piso con su hermana, pero no han podido ayudarnos. Nos dijeron que Olivia no

quería decirle a nadie cuál era el nombre del padre de su hija. Simplemente les decía que no estaría interesado en la niña y que no quería saber nada más de él.

Zac la miró durante unos segundos. Sus ojos grises reflejaban un tumulto de emociones. Finalmente asintió con la cabeza.

—Eso es muy de mi hermana, me temo. Pero tenía un novio. Estoy seguro de que aún estaba con él las pasadas navidades. Era un australiano, un cantante de una banda.

—¿Bo Stanley?

Zac asintió.

—Sí. Ese es su nombre.

Una vez más, la trabajadora social sacudió la cabeza.

—Un compañero de piso nos habló de él y sigue en el Reino Unido, así que nos pusimos en contacto y se hizo una prueba. Fue fácil descartarle. Tiene otro grupo sanguíneo.

Zac la miró como si estuviera seguro de que se trataba de un error, pero entonces sacudió la cabeza con resignación.

—Entonces me imagino que se va a ir de rositas.

Todavía en los brazos de Chloe, la niña hizo un sonido parecido a un estornudo. Chloe se dio cuenta de que había abierto los ojos. Parpadeaba una y otra vez y la miraba fijamente a los ojos.

De repente Chloe notó que Zac la estaba observando. Había sorpresa en su mirada, y también algo más. Contuvo el aliento y, durante una fracción de segundo, su cabeza se llenó de posibilidades absurdas...

—Muy bien —dijo él de pronto, interrumpiendo sus divagaciones. Apartó la vista y recuperó su porte profesional habitual—. Supongo que mi próxima pregunta debe ser acerca de la niña.

—¿Qué necesita saber? —le preguntó la enfermera.

—¿Está bien de salud? ¿Tiene algún problema?

—Está perfectamente. Ya se lo habrían comunicado si hubiera habido algún problema con eso. ¿Hay algo que le preocupe en particular?

Zac hizo una mueca.

—Mi hermana consumía drogas, o por lo menos antes sí —miró a Chloe de reojo y entonces apartó la vista, como si le diera vergüenza tener que admitir algo así delante de su asistente personal—. Hace tiempo ya, y Liv me aseguró que no estaba consumiendo nada la última vez que hablé con ella, pero imagino que ustedes han hecho las pruebas necesarias.

—Sí, señor Corrigan. Le puedo asegurar que la pequeña no muestra ningún síntoma de haberse visto afectada por el consumo de alcohol o de drogas.

—Bueno, eso es muy buena noticia —Zac tragó con dificultad—.

Entonces… —miró a la enfermera y después a la asistente social y entonces hizo un esfuerzo para esbozar una sonrisa—. ¿Cuál es el siguiente paso entonces?

Ruby, la asistente social, se mostró claramente sorprendida.

—Bueno… usted es el familiar más próximo y se le ha otorgado la custodia del bebé.

—Sí. He traído una copia del testamento de mi hermana, por si necesitan verlo.

—Y ha venido desde Australia —Ruby siguió adelante—. Quiero… quiero decir que entendemos que tiene intención de hacerse cargo del bebé.

Zac asintió y volvió a tragar en seco.

Chloe sabía que estaba desbordado. Había experimentado emociones muy intensas en menos de veinticuatro horas. De repente tuvo el deseo de intervenir.

—Acabamos de llegar a Heathrow y el señor Corrigan no ha tenido tiempo de acostumbrarse un poco, ni tampoco ha tenido tiempo de comprar todas las cosas que va a necesitar el bebé.

La enfermera asintió.

—Claro. Lo entiendo.

—Si puede quedarse aquí un poco más… —dijo Zac, dedicándole una mirada de agradecimiento a Chloe—. Yo asumiré todos los costes adicionales.

La sanitaria y la asistente social aceptaron y les facilitaron una lista de funerarias, además de la dirección del piso compartido en el que vivía su hermana para que pudiera recoger sus pertenencias.

Con esa información abandonaron el hospital.

Fuera el gélido frío de diciembre les golpeó en la cara.

Zac miró a Chloe, que tenía las mejillas rojas. El color la hacía inesperadamente hermosa.

—Yo voto porque volvamos al hotel ahora —le dijo—. Podemos registrarnos debidamente y resolver unas cuantas cosas.

Chloe asintió.

—Yo voy a ver esas funerarias, si quieres. A lo mejor es difícil encontrar un sitio, como estamos en Navidad.

Zac estaba a punto de asentir, pero entonces pensó en las duras decisiones que quizás se vería obligado a tomar.

—Será mejor que yo hable con ellos personalmente, Chloe. Además, debes de estar exhausta.

—Estoy bien —ella sonrió—. Este aire frío es un soplo de aire fresco en realidad —le dijo con una nota de humor.

«Tú sí que eres un soplo de aire fresco», estuvo a punto de decirle

Zac, pero entonces se lo pensó mejor.

—También voy a contactar con la gente del piso compartido.

—Sí. A lo mejor es buena idea ver lo que había comprado Liv antes de ponerse a comprar cosas.

Zac frunció el ceño.

—¿Comprar?

—Para la niña.

—Oh —Zac tragó, nervioso—. Sí. Claro.

De repente la imagen de un montón de pañales y carritos de bebé irrumpió entre sus pensamientos.

Abrumado, levantó una mano para parar un taxi.

En cuestión de unos segundos, partieron rumbo al centro de la ciudad. Chloe se recostó en el asiento y cerró los ojos. Sin duda debía de estar exhausta, aunque se lo hubiera negado. Zac nunca la había visto así, con los ojos cerrados. Sus largas pestañas descansaban sobre sus mejillas sonrosadas. Tenía los labios relajados y ligeramente entreabiertos.

Parecía tan vulnerable...

No era la primera vez que la idea de besarla se le había pasado por la cabeza, pero, tal y como había hecho todas las otras veces, cortó el pensamiento de raíz y pensó en esa gran responsabilidad que se le venía encima.

Un bebé diminuto...

Miró hacia la ventanilla y contempló el congestionado tráfico de Londres. A lo mejor la adopción era la opción más razonable para la pequeña. La idea ya se le había pasado por la cabeza varias veces desde el momento en que había recibido esa terrible llamada desde Londres.

Sin embargo...

Zac se frotó la cara al tiempo que sentía una extraña punzada de culpabilidad. ¿Sería capaz de dejar a la hija de su hermana en manos de unos completos extraños? Después de todo, ella misma le había nombrado tutor legal de la niña y sin duda no habría tomado una decisión así si no hubiera querido que se hiciera cargo de la pequeña.

Pero si el bebé no era adoptado solo le quedaban muy pocas opciones. No podía cuidar de ella solo y la idea de tener una interminable procesión de niñeras y cuidadoras le hacía estremecerse.

Tenía que encontrar una solución mejor. El destino le había dado una segunda oportunidad para cuidar a un miembro de su familia y tenía que hacerlo mejor esa vez.

La pequeña necesitaba seguridad, estabilidad... Necesitaba a una madre...

Soltando el aliento, Zac cerró los ojos. El recuerdo de Liv cuando era un bebé se presentó ante sus ojos.

Chloe, que le observaba con discreción, vio cómo su rostro se contraía de dolor. Estaba mirando por la ventanilla, ajeno a su atenta mirada. De repente hizo una mueca y se mordió el labio inferior como si intentara contener un sollozo. Quería tocarlo, apretarle la mano, hacerle sentir que no estaba solo… pero sabía que él odiaba verse sorprendido en un momento de debilidad.

Todavía mirando a través de la ventanilla, Zac pensó en Chloe, en lo bien que había manejado la situación en el hospital esa mañana. La niña se había acomodado en sus brazos perfectamente y recordaba muy bien el brillo que había visto en los ojos color chocolate de su asistente personal.

Todo había sido tan natural, tan fácil…

No le quedó ninguna duda. Lo que la niña necesitaba era una madre.

Y así, de repente, Zac tuvo una idea que llegó como un relámpago. Era la solución perfecta.

—Sabes lo que esto significa, ¿no? —le dijo en un tono repentinamente triunfal.

Chloe se sobresaltó y parpadeó varias veces, como si acabara de despertarse.

—¿Qué? ¿Qué dices?

—Este bebé —dijo Zac con impaciencia—. La hija de Liv… Solo hay una forma de cuidar bien de ella.

Chloe frunció el ceño, desconcertada, pero curiosa.

—¿Qué?

—Tengo que tirarme a la piscina.

—¿Qué piscina?

—La piscina del altar —hizo un esfuerzo por hablar con entusiasmo—. Tengo que casarme.

Capítulo 4

¿CASARSE?

¿Zac Corrigan quería casarse?

Chloe miró a su jefe como si acabara de ver un OVNI. Él la observaba con una sonrisa que no le llegaba a los ojos.

—No te sorprendas tanto —le dijo él.

Ella sacudió la cabeza y se incorporó un poco.

—Lo siento. Creo que debo de haberme quedado dormida y no te escuché bien. ¿Qué es lo que has dicho?

—He encontrado la solución perfecta para el bebé.

—¿Y cuál es?

Zac levantó las manos e hizo un gesto de triunfo, como si estuviera anunciando el último incremento en los beneficios de la empresa ante una junta de accionistas felices.

—Es evidente que tengo que casarme.

Chloe no daba crédito a lo que acababa de oír. Tenía que ser una broma. Si no hubiera estado tan cansada, se habría dado cuenta al momento.

—¿Casarte? —Chloe se rio—. Sí, claro.

—Hablo muy en serio, Chloe.

—Sí, claro que sí.

—Lo digo de verdad. Es la solución perfecta.

Chloe guardó silencio. ¿Zac Corrigan, casándose ante el altar? Eso era imposible, a no ser que... Cabía la posibilidad de que se hubiera enamorado recientemente, sin que ella lo supiera.

—Debería habértelo preguntado —le dijo rápidamente—. ¿Ya tienes a una señorita afortunada en mente?

En ese momento el taxi se detuvo frente al hotel. Zac no contestó a sus preguntas y aquella conversación absurda se vio interrumpida. Zac firmó el ticket y añadió una generosa propina.

Un joven, impecable con un uniforme adornado con borlas, le abrió la puerta a Chloe. Sintiéndose casi como una estrella de cine, ella subió los peldaños de piedra que conducían a las flamantes puertas de cristal. Otro empleado del hotel las abrió en el momento justo.

Nada más poner un pie dentro del hotel, Chloe se quedó anonadada. El techo de la recepción parecía inalcanzable y en el mismo centro había un inmenso árbol de Navidad decorado de la manera más exquisita.

Chloe jamás se había alojado en un sitio como ese y la experiencia era abrumadora para los sentidos. Zac la había interrumpido el miércoles por la noche, justo cuando estaba a punto de hacer la reserva.

—Espera... —le había dicho, mientras buscaba sobre el escritorio hasta encontrar una tarjeta—. Prueba con este sitio. Me hospedé aquí una vez. Está en el centro y es muy buen lugar.

Era mucho más caro que los hoteles donde solía quedarse con frecuencia, pero Chloe no había querido decir nada en un momento como ese, y ahí estaban, de pie sobre el maravilloso suelo reluciente de un ascensor, rodeados de espejos. Unos segundos más tarde llegaron al pasillo enmoquetado que daba acceso a las habitaciones, contiguas.

—Tómate tu tiempo para acomodarte —le dijo Zac—. Seguramente querrás descansar un rato.

Chloe se sintió tentada, pero sabía que no era buena idea.

—Si me quedo dormida ahora, seguramente terminaré despierta y caminando por la habitación a las doce de la noche.

Para su sorpresa, Zac le respondió con una sonrisa ladeada. Los ojos le brillaban.

Chloe frunció el entrecejo.

—¿He dicho algo gracioso?

—No. Como siempre, te has mostrado de lo más sensata, Chloe, pero yo tengo una imaginación muy curiosa. No pude evitar jugar con la idea de la señorita Meadows, deambulando por la habitación a medianoche.

—No digas tonterías —le dijo rápidamente, sonrojándose sin remedio.

La sonrisa de Zac se borró, pero el gesto burlón permaneció acechante en sus ojos grises.

—En serio, es mejor quedarse despierto hasta por la noche. ¿Qué tal si nos vemos dentro de media hora y vamos a comer?

—Suena bien —le dijo ella—. ¿Quiere que le prepare una taza de té, señor? —añadió en un tono burlón.

Zac esbozó una sonrisa inquietante y durante una fracción de segundo Chloe creyó que estaba a punto de hacer otro de esos comentarios juguetones e inapropiados. Finalmente, no obstante, sacudió la cabeza y la luz de sus ojos se apagó.

—No, gracias. No es necesario.

Algo nerviosa todavía por lo que acababa de pasar, Chloe introdujo la tarjeta en la cerradura de la puerta de la habitación y entró. En cuanto vio lo que tenía a su alrededor, no obstante, la inquietud desapareció. La cama era enorme y descansaba sobre una exquisita alfombra en un tono crudo. También había unos butacones

muy confortables y un jarrón con rosas. Todo estaba decorado con mucho gusto, en tonos pálidos de color rosado y crema. Dejó el bolso, se quitó el abrigo y la bufanda y los colocó con cuidado al pie de la cama. Se deshizo de los zapatos y cuando sus pies tocaron la suave textura de la alfombra, no pudo evitar mover los dedos y dar un pequeño salto de alegría. Se acordó de sus padres. En esos momentos estarían disfrutando de una experiencia similar en aquel lujoso hotel de Brisbane, cortesía de Zac Corrigan. A pesar de todo, no obstante, resultaba extraño y triste que todos ellos se encontraran disfrutando de una experiencia tan maravillosa gracias a una terrible fatalidad.

Chloe ahuyentó los pensamientos y buscó los utensilios para preparar un té. No tardó nada en hervir agua. Tomó una delicada taza de porcelana y le añadió un poco de leche y azúcar al brebaje. Sintiendo el delicioso calor de su *Lady Grey*, fue a sentarse en uno de los cómodos butacones. Por primera vez en muchos días, sentía que tenía algo de tiempo para sí misma, para relajarse, pero no podía dejar de pensar en Zac y en las llamadas tan difíciles que debía de estar haciendo en ese momento desde la habitación contigua.

Ella era hija única y no sabía lo que era perder a un hermano, pero sí sabía lo que era perder a alguien... y no tardó mucho en verse asediada por esos recuerdos tan tristes.

Una vez más sintió el peso aplastante de la pena causada por la muerte de Sam. Eso la había hecho refugiarse en la casa de sus padres, y una vez allí y con el paso del tiempo, su avanzada edad y sus problemas de salud se habían convertido en la excusa perfecta que necesitaba para retraerse y huir del dolor de su antigua vida.

En ese momento, acurrucada en ese confortable butacón, Chloe lloró por Sam, por su prometido, por sus sueños perdidos y, de alguna forma no del todo comprensible... también por su jefe.

—¿Seguro que estás bien, Chloe? Te veo un poco pálida —comentó Zac cuando se encontraron de nuevo treinta minutos más tarde.

Ella parecía sorprendida.

—Estoy perfectamente bien. Gracias.

—La casa que compartía Liv está en Islington. Será mejor tomar el metro e ir a primera hora de la mañana.

Chloe asintió.

—Yo esperaba que me acompañaras.

—Sí. Claro.

Se dirigieron hacia Oxford Street para buscar un sitio donde comer. Ese era el plan de Zac, pero Chloe no parecía hacer nada más que pararse delante de los extravagantes diseños navideños de los

escaparates. Haciendo acopio de paciencia, la dejó admirarlos durante unos segundos.

Estaba ligeramente molesto con ella porque se había reído de la posible solución que había encontrado para su problema. No le había tomado en serio ni por un segundo siquiera. Además, se había mostrado tan directa y tajante… Normalmente, si su asistente personal estaba en desacuerdo con él, se guardaba su opinión, a menos que él le pidiera específicamente que la compartiera con él.

—No sé qué hacer con lo de la niña, ¿sabes? —le dijo—. No puedo cuidar de ella solo.

A lo mejor había alzado demasiado la voz. Una mujer que pasaba en ese momento, cargada con bolsas de compras de Navidad, le dedicó una mirada bastante reprobadora a Chloe.

Afortunadamente, ella la ignoró y se acercó más a Zac.

—Puedes tener toda la ayuda que quieras con un niño, ¿sabes? —le dijo, bajando la voz—. Hay niñeras y…

Zac la interrumpió con impaciencia.

—Las niñeras vienen y van —miró una vez más hacia el río constante de transeúntes, con sus bolsas de compras, y entonces sacudió la cabeza.

No podían hablar de eso allí y las cafeterías de Selfridges debían de estar repletas de gente en esa época del año.

—Vamos —le dijo, tirándole de la manga del abrigo—. Me he acordado de un pub que está a la vuelta de la esquina.

Chloe casi tuvo que correr para seguirle el ritmo, pero no tardó en perdonarle en cuanto llegaron al pub. Era un sitio que tenía ese sabor característico de la vieja Inglaterra. En el interior, las paredes recubiertas de madera hacían del lugar un rincón acogedor y cálido que no defraudaba.

—¿Entonces vamos a seguir discutiendo sobre ese plan de matrimonio, Zac? —se atrevió a preguntarle Chloe una vez les tomaron nota del pedido.

Él arrugó los párpados.

—Si te muestras razonable.

—Claro que seré razonable, pero no me dijiste si ya tenías a alguien en mente.

—Bueno… no —admitió él, esbozando una sonrisa triste—. Creo que ese es el problema.

Por muy absurdo que fuera, Chloe no pudo evitar sentir una extraña ola de alivio.

—Pero estoy bastante seguro de que el matrimonio es la solución perfecta.

—¿Por...?

—El bebé va a necesitar una madre.

—Encontrar una madre para ella sería la solución ideal, pero muchos niños han sido criados por sus niñeras.

Chloe apartó la mirada rápidamente. Unas lágrimas absurdas se agolpaban en sus ojos. El recuerdo de la pequeña de Liv la hacía sentir ese nudo en la garganta una y otra vez.

—¿El imperio británico no fue construido prácticamente por niñeras en su época dorada? —preguntó rápidamente, fijándose en la enorme repisa de una chimenea situada en la pared más alejada del local. La pieza le daba un agradable aire victoriano a todo el restaurante.

Zac apretó la mandíbula. Era evidente que el comentario no le había caído bien.

—Ciñámonos al s. XXI.

Chloe lo intentó de nuevo.

—Yo creo que las niñeras modernas están muy bien preparadas.

—Pero hoy en día ninguna niñera se va a quedar con un niño hasta que sea un adulto.

—Bueno, no tiene por qué ser necesariamente así. Además, los matrimonios modernos ya no duran tanto como antes.

La expresión de Zac se volvió testaruda.

—Yo sigo pensando que el matrimonio es la opción más sensata. Quiero que esta niña tenga algo de estabilidad, unos padres que estén ahí siempre, un hermano pequeño quizás, o una hermana... Quiero que tenga una vida lo más normal posible.

Chloe respiró profundamente.

—Tienes que hacer lo que tú creas más correcto, Zac. Además, no es asunto mío.

—En realidad... eso no es del todo cierto.

Chloe sintió que su corazón comenzaba a palpitar más rápido. ¿Qué era lo que quería decir?

—He pensado que a lo mejor podrías ayudarme.

—¿En serio? ¿Cómo?

—Tienes esa lista de contactos. Podríamos revisarla juntos, mirar posibilidades de nuevo.

La lista de contactos... Chloe casi la había olvidado.

—Por favor, dime que es una broma.

—No. Hablo muy en serio.

—Pero buscar una esposa en una base de datos es... tan poco romántico —Chloe se vio obligada a apartar la mirada de nuevo para no delatarse.

Estaba recordando aquel día, cuando Sam se le había declarado. Iban caminando baja la lluvia, bordeando un acantilado. Las olas del

mar rompían furiosas contra las rocas más abajo. De repente él había sacado un anillo y se había puesto de rodillas.

—Quiero decir que... —le estaba diciendo Zac—. Todos estos matrimonios modernos a lo mejor fracasan precisamente porque están basados en todas esas ideas románticas, en lugar de basarse en la lógica y en el sentido común.

—¿Entonces qué es lo que me estás diciendo, Zac? ¿Me estás diciendo que no crees en el romance?

En ese momento apareció el camarero con las bebidas.

—Los platos no tardarán en salir —les dijo con entusiasmo el joven.

Zac le dio las gracias y esperó a que se marchara. Levantó su copa entonces y sonrió.

—Bueno, en cualquier caso... un brindis por ti, Chloe Meadows, por la mejor asistente del mundo.

Las cosas acababan de dar un giro tan inesperado que Chloe no pudo evitar ruborizarse, de nuevo.

—Te agradezco mucho que hayas accedido a venir, así, de repente, y en una época del año tan complicada.

Mientras chocaban las copas, su sonrisa parecía tan sincera que Chloe no pudo hacer más que dejar escapar una pequeña risita nerviosa para disimular su reacción.

—¿Cómo iba a rechazar un viaje a Londres con todos los gastos pagados?

Se preguntaba cómo era posible que Zac Corrigan pudiera pasar de ser un ser exasperante a convertirse en el hombre más encantador en una fracción de segundo.

Después de beber un pequeño sorbo de vino, Chloe volvió a la conversación anterior.

—Entonces asumo que no crees en el romanticismo, ¿no?

Él se encogió de hombros.

—Creo que el romanticismo es problemático. No entiendo cómo dos personas pueden tomar decisiones para el resto de la vida basándose en sentimientos. Es muy posible que los matrimonios fueran más duraderos y fructíferos si todo el mundo adoptara una perspectiva más práctica.

—¿Matrimonios de conveniencia?

—¿Por qué no? En muchas culturas parecen funcionar muy bien.

Chloe bebió otro sorbo de vino mientras lo meditaba.

—¿Sabes? Casi me convences... Pero...

—¿Sí?

El camarero apareció de nuevo con los platos.

Chloe agradeció la interrupción, no obstante.

—Entonces parece que quieres acometer este asunto del

matrimonio como si fuera una estrategia de negocio, ¿no? —le preguntó mientras echaba unos cuantos picatostes sobre su sopa.

Zac asintió mientras tomaba un trozo del crujiente pastel de carne que había pedido.

—Para empezar, al menos.

—¿Y cómo vas a escoger? ¿Vas a hacer una lista de atributos imprescindibles en una esposa, y entonces vas a intentar localizar a aquella que cumpla todos los requisitos en la lista de las chicas con las que has salido?

—Exacto —dijo él con una sonrisa—. Sabía que lo ibas a entender a la primera.

Una hora más tarde aún seguían en el pub, tomándose la segunda taza de café para mantener a raya el jet lag. Y Chloe, aún sin creérselo del todo, había terminado ayudando a Zac con la lista de requisitos de buena esposa.

—Muy bien. Veamos lo que tienes hasta ahora —leyó las notas que había estado tomando en el teléfono—. Queremos... Quieres a alguien que sea sensata... —se había llevado una sorpresa al ver que esa cualidad encabezaba el ranking—. Lista, simpática, de confianza, con sentido del humor, que le gusten los niños, que no sea demasiado ruidosa...

Zac asintió.

—Eso suena bien.

¿Qué había pasado con lo de la talla treinta y ocho y el pelo rubio? Así eran la mayoría de las chicas con las que salía. Chloe tuvo ganas de preguntarle al respecto, pero finalmente se lo pensó mejor y adoptó un enfoque más suave.

—Creo que no necesitas una base de datos, Zac. Ya debes de saber cuáles son las que cumplen los requisitos de entre todas tus novias.

Una línea de expresión apareció en el entrecejo de Zac.

—Es difícil encontrarlos todos en una sola persona, ¿no?

Cuando levantó la vista, parecía verdaderamente perplejo.

—Angie Davis tiene un gran sentido del humor y seguramente tiene buena mano con los niños, pero no sé si es del todo de confianza. Y Sasha Franks sería muy buena ama de casa, pero es un tanto... fría.

—¿Y qué te parece Marissa Johnson?

De entre todas las novias de Zac, esa era la que más le gustaba a Chloe. Era una joven muy amigable que trabajaba en una tienda de deportes en Gold Coast. Tenía el cabello oscuro y un semblante muy afable y natural, lo cual la hacía un tanto distinta al resto de sus conquistas.

Zac, sin embargo, volvió a sacudir la cabeza.

—¿Pero por qué no dejas de mencionar a Marissa una y otra vez? Ya me dijiste que la invitara a Londres y te dije que no entonces.

Chloe se encogió de hombros.

—Es que me parece muy agradable, la clase de chica de la que podría hacerme amiga —sonrió haciendo un gesto de culpabilidad—. Pero supongo que eso no te ayuda mucho.

—En realidad, seguramente tengas razón sobre Marissa —Zac suspiró de manera pesada—. Pero, de entre todas las chicas que conozco, probablemente sea la que menos interesada esté en casarse conmigo.

—¿Seguro?

Zac asintió.

—Me temo que lo estropeé todo con ella. Yo... eh... olvidé decirle que aún estaba viendo a otra persona.

Chloe dejó escapar un pequeño gruñido.

—Por Dios, Zac.

Él se encogió de hombros.

—La otra chica estaba en Melbourne y era una cosa ocasional, pero Marissa se enfadó mucho.

«Bien por ella», pensó Chloe.

—Nunca se sabe... A lo mejor te perdona si se lo pides de muy buena manera, poniéndole un anillo en el dedo. Eso puede marcar la diferencia.

Chloe hubiera querido sentirse un poco mejor al ofrecerle ese consejo, pero de alguna forma le resultaba imposible. Además, la respuesta de Zac fue una repentina sonrisa pensativa que la hizo preguntarse qué tenía en la cabeza.

¿Acaso estaba enamorado de verdad de Marissa?

«¿Pero por qué tendría que importarme? No es que lo quiera para mí», se dijo Chloe, casi enojada consigo misma. Ella era demasiado sensata como para cometer un error tan absurdo.

—Creo que no te he pedido tu currículum en este caso —le dijo él de repente.

—¿El mío? —una descarga eléctrica atravesó a Chloe de pies a cabeza—. ¿Qué... qué quieres decir?

—Bueno, aquí estoy, pidiéndote consejo, y ni siquiera sé si tú misma reunirías los requisitos. No sé nada de tu vida social, Chloe. Eres tan reservada. Nunca te he oído hablar de citas ni de nada de eso —la miraba como si fuera una adivinanza muy divertida que estuviera deseando resolver—. Por ejemplo, ¿hay algún novio al que debería haberle pedido disculpas por haberte llevado conmigo en Navidad?

Chloe tragó en seco.

—No. No hay... nadie ahora mismo.

—Eres una chica encantadora, así que tiene que haber una

explicación para todo esto.

Conteniendo la absurda alegría que había sentido al oírle utilizar la palabra «encantadora», Chloe decidió que era mejor no decirle nada de Sam. ¿Cómo iba a entender su dolor un hombre que no creía en el romance?

Zac continuaba sonriendo, pero la expresión de sus ojos grises era intensa.

—No me vas a explicar nada, ¿no?

—No. Preferiría no hacerlo.

Él frunció el ceño y durante unos segundos la observó con unos ojos que parecían querer solidarizarse con ella. Para alivio de Chloe, no obstante, no insistió más con el tema.

Volvieron al hotel caminando a través de la sombría bruma de una fría tarde de invierno londinense. Ya habían encendido el alumbrado público y los escaparates eran todo un despliegue de color y luz.

Zac ya empezaba a sentirse un poco mejor después de la reconfortante comida en compañía de Chloe. Era como si hubiera permanecido mucho tiempo atrapado en una horrible pesadilla y por fin lograra salir de ella. Sin duda debía pensarse mejor el asunto de Marissa.

—Creo que vas a tener que pensar en un nombre para el bebé —le dijo Chloe de repente cuando estaban a una manzana del hotel.

—¿Un nombre? —Zac echó atrás la cabeza y contempló con impotencia las oscuras nubes—. No sabría ni por dónde empezar.

—Oh, seguro que te lo pasarás bien en cuanto te pongas con ello, Zac. Hay muchos nombres bonitos de chica.

—Sí, supongo —intentó pensar en ello, pero lo único que le venía a la cabeza eran nombres de antiguas novias y no quería ninguno de ellos—. ¿Tienes alguna sugerencia?

Chloe se rio.

—¿Por dónde quieres que empiece? Te advierto que no soy ninguna experta, pero creo que los nombres de siempre siguen siendo muy populares, nombres como Emma, Sophie, Rose... O, déjame ver... Isabella, o sencillamente Bella.

—Me gusta Bella —admitió Zac.

—Supongo que también querrás pensar en un nombre que vaya bien con Corrigan.

—¿Ah, sí? Sí, bueno...

—Por ejemplo, Chloe Corrigan sonaría un tanto raro.

—¿Ah, sí?

—Definitivamente. Hay demasiadas letras «C» y «O», aunque creo que Kate o Katy podrían ir bien. Katy Corrigan suena muy pegadizo.

Pero también podrías buscar algo bonito que empiece con «M», como Mia, Megan, Molly… O si quieres algo más moderno, puedes decantarte por algo como Mackenzie.

—Molly —dijo Zac rápidamente—. Ese me gusta. No sé por qué, pero la niña tiene cara de Molly, ¿no crees?

Chloe se volvió hacia él. Sonreía, pero sus ojos color chocolate parecían llenos de una tierna emoción que hacía que se le encogiera el pecho.

—Molly es muy bonito, pero si quieres algún tipo de alusión a la Navidad, podrías llamarla Holly.

—No. Me gusta Molly. Molly Corrigan suena muy bien, ¿no? ¿O acaso hay demasiadas letras «O»?

—Molly está muy bien.

—O Lucy. ¿Qué te parece Lucy? Eso suena mejor, ¿no?

—Sí. Lucy es un nombre encantador —dijo Chloe.

—Lucy Francesca Corrigan —dijo de repente, orgulloso de ese momento repentino de inspiración.

—Oh, Francesca es un nombre maravilloso. ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Así se llamaba mi madre, pero casi todo el mundo la llamaba Fran o Frannie.

—Estaría muy bien ponerle el nombre de su abuela. Lucy Francesca suena fenomenal. ¡Me encanta!

—Excelente. Podemos consultarlo con la almohada y ver si nos sigue gustando por la mañana.

Durante una fracción de segundo Zac creyó ver un brillo húmedo en la mirada de Chloe, pero ella apartó la vista rápidamente y se fijó en un escaparate.

¿Acaso había dicho algo inadecuado?

Capítulo 5

ZAC fue a la vivienda compartida a primera hora del día siguiente. Habiendo sucumbido finalmente al jet lag, tanto Chloe como él se habían saltado la cena para descansar y se habían levantado muy pronto, por tanto. Después de un suculento desayuno y un paseo en el metro, estaban frente a la casa que Liv había compartido durante un año.

Zac no sabía qué se iba a encontrar, pero no se llevó ninguna sorpresa cuando una chica con el pelo morado y un aro de piercing en la nariz le abrió la puerta.

—Buenos días —dijo en un tono formal—. Hablé con alguien que se llama Skye por teléfono.

—Sí —dijo la chica—. Soy yo.

Zac levantó la maleta vacía que había llevado para recoger las cosas de Liv.

—Soy Zac Corrigan.

Skye esbozó una inesperada sonrisa cálida.

—Encantada de conocerte, Zac —le ofreció una mano. Llevaba un esmalte de uñas completamente negro—. Liv nos ha hablado mucho de ti.

—¿En serio? —Zac no pudo evitar la sorpresa.

—Sí. Claro. Estaba muy orgullosa de ti, ¿sabes?

Mientras hablaba, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Entra, por favor —dijo la joven, abriendo la puerta.

—Pete y Shaz ya se han ido a trabajar.

—No te estamos entreteniendo, ¿no?

Ella sacudió la cabeza.

—No trabajo los sábados.

En el estrecho pasillo había un ligero olor a incienso. Zac le presentó a Chloe.

—Encantada de conocerte —Skye sonrió y miró a Chloe con interés—. ¿Eres la novia de Zac?

—Es mi asistente personal —dijeron Zac y Chloe a la vez.

La chica frunció el ceño, confundida. Se encogió de hombros y echó a andar por el pasillo, haciéndoles señas para que la siguieran.

—Echamos tanto de menos a Liv —les dijo por encima del hombro —. Pero eso ya debes de saberlo, Zac. Ya sabes cómo era. Era todo energía, siempre tan amable.

—Sí —dijo Zac en voz baja al tiempo que entraban en la sala de

estar.

No tenía tan mal aspecto como esperaba. Los muebles parecían estar muy usados y el sofá estaba cubierto por una especie de chal tejido a mano de color rojo y morado, pero todo parecía limpio y ordenado. Las paredes estaban decoradas con muchos cuadros amateur en tonos brillantes e intensos.

—Antes de enseñarte la habitación de Liv... —dijo Skye—. Debería decirte que el padre Tom se pasó anoche —abrió los ojos, dándole importancia a la noticia—. Dijo que podría organizar el funeral para el lunes por la mañana, aunque sea Nochebuena —la chica miró a Zac y después a Chloe—. Si queréis un funeral religioso.

Zac intentó no parecer tan sorprendido como se sentía en realidad.

—¿Liv... Liv iba a la iglesia? —preguntó, esquivando la mirada de Chloe.

—Oh, sí —la mirada que le dedicó Skye casi fue de pena—. Todos los domingos por la mañana y los miércoles por la noche. Vamos todos juntos. Está muy bien.

—Eh... ¿Qué clase de iglesia es? —se atrevió a preguntar Zac.

—Puedes verla tú mismo, Zac. Es la pequeña capilla que está a la vuelta de la esquina. El padre Tom es maravilloso. Deberías ver el trabajo que hace en este vecindario.

—Entiendo —Zac tragó con dificultad—. Me temo que no sabía nada de esto. Yo he... eh... he hecho preparativos con la funeraria para que se incinerada.

—¿Pero no quieres celebrar un servicio religioso con los amigos de Liv?

Zac se dio cuenta de que no había pensado en eso en ningún momento. Solo había vivido un año en Inglaterra y, de alguna forma, se la había imaginado yendo de un lado a otro, de la mano del tipo de la banda, sola y a la deriva.

Sorprendido, miró a Chloe y ella sonrió de inmediato, asintiendo con la cabeza.

—Un servicio religioso estaría... muy bien —dijo finalmente.

—Estupendo —dijo la joven del pelo morado—. Llamaré al padre Tom, ¿no?

—Gracias.

—Muy bien. La habitación de Liv está por aquí —dijo Skye, señalando con el dedo—. Puedes llevarte todo lo que quieras. Nosotros nos ocupamos de lo que quede —la voz se le quebraba y de repente volvía a haber lágrimas en sus ojos—. Podéis quedaros todo el tiempo que queráis.

—Gracias. Eres muy amable —aturdido, Zac se dirigió hacia la puerta en cuestión y entonces se detuvo de golpe.

Cuando era una adolescente, la habitación de su hermana siempre

había sido un desastre, con la cama sin hacer y la ropa tirada por todos lados. Este dormitorio, sin embargo, era todo lo contrario. La cama estaba cubierta por una manta de un color blanco impecable y había un jarrón con un bonito arreglo floral sobre la mesita de noche. Encima de una cómoda había un pequeño osito de peluche de color amarillo y algunas prendas de bebé perfectamente dobladas. También había talco, crema para bebés, y un tarro lleno de bolitas de algodón.

En un rincón había una preciosa cuna blanca, con sus sábanas limpias y una suave mantita de color rosa doblada a un lado, lista para acoger al bebé.

Anonadado, Zac se apoyó contra el marco de la puerta. La habitación hablaba por sí sola. Su hermana pequeña había cambiado. Liv había encontrado un verdadero hogar en Londres y era evidente que estaba deseando ser madre.

De repente sintió un dolor agudo y su pecho se llenó de tristeza. El corazón se le rompía de nuevo al ver todas esas cosas y era imposible contener las lágrimas.

—Zac —susurró Chloe unos segundos después.

Poniéndose erguido, Zac se frotó la cara con una mano.

—Lo siento. Me temo que me he venido abajo de nuevo.

—Oh, no te preocupes —dijo ella, secándose sus propias lágrimas —. Yo también me he puesto un poco triste.

—Es que ha sido una sorpresa tan grande —hizo un gesto—. No esperaba nada de esto. Todo está tan... ordenado —se rio con tristeza.

—Está todo estupendo, perfecto.

—Mi pequeña Liv... Nunca ordenaba nada en su habitación.

Ambos se rieron, mirando a su alrededor. Respirando profundamente, Zac apoyó la maleta vacía sobre una alfombrilla situada al pie de la cama.

—Si supiera por dónde empezar.

Chloe atravesó la estancia y se dirigió hacia la cómoda.

—Creo que deberías tomar todas las cosas de bebé primero —tomó la prenda que estaba encima del montón de ropa y se la ofreció.

Era una camisetita diminuta.

—Vaya. Es tan pequeña.

—Es minúscula —dijo Chloe.

—No puedo ni imaginarme cómo será tratar de meter a un bebé que llora y se retuerce dentro de eso.

Chloe sonrió, pero no dijo nada.

—Si quieres, empiezo yo, ¿te parece? —le dijo un momento después, volviéndose para abrir el cajón superior—. Imagino que solo querrás llevarte la ropa del bebé.

—Sí, creo que sí.

—Hay mucha. Parece que Liv se había preparado bien.

Zac asintió e hizo todo lo posible por concentrarse en lo que tenía que hacer.

—Si dejamos la ropa de Liv a un lado, Skye sabrá qué hacer con ella.

—Pero seguro que querrás quedarte con cosas como esta, Zac.

—¿Qué?

Chloe tenía un pequeño álbum azul en las manos.

—Échale un vistazo.

Era un álbum de fotos. Zac lo abrió y miró la primera página. En ella había una foto profesional de su familia, tomada en un estudio cuando él tenía unos diez años.

Su madre había usado la foto para hacer una tarjeta de Navidad personalizada. Y ahí estaba su madre... joven y preciosa con su pelo negro y corto y sus ojos verdes tan vivos. Llevaba su vestido favorito, hecho a medida y de lino verde.

A su lado estaba su padre, con una camisa blanca, pantalones oscuros y una corbata marrón. Ya le empezaban a salir canas en las sienes por aquel entonces, pero tenía la piel bronceada por todo el tiempo que pasaba en el exterior, examinando plantas y animales que estaban en peligro por la minería intensiva.

Liv apenas tenía dos años en la foto y llevaba un vestido blanco combinado con un cinturón de cuadros escoceses de color verde y rojo. Zac sonrió, recordando lo difícil que había sido que se quedara quieta para hacer la foto.

Todos ellos se habían ido ya...

De repente mirar la imagen le resultó insoportable. Cerró el álbum de golpe y fue hacia la maleta sin decir ni una palabra. Chloe la miró y entonces le miró a él, pero no dijo nada.

—¿Sabes si Liv había escogido algún nombre para el bebé? —le preguntó Zac a Skye cuando se marchaban.

Skye se rio.

—Tenía cientos de nombres en mente. Deberías haber visto las listas que había hecho. Sabía que iba a ser niña. Claro.

—¿Había alguno que fuera su favorito?

—No, que yo recuerde. Cambiaba el nombre casi todos los días. La única cosa que tenía clara era que quería que la niña llevara el nombre de su madre, Francesca, como segundo nombre.

—Ah... —Zac miró a Chloe y entonces compartieron una sonrisa.

—¿Vas a ir a ver la iglesia? —le preguntó Chloe una vez salieron de la casa.

—Sí, buena idea. También me gustaría conocer al padre Ted, si está disponible.

—Tom —le dijo Chloe, corrigiéndole—. El padre Tom.

Zac sonrió.

—Gracias, señorita Meadows. Supongo que la posibilidad de localizarle un sábado por la mañana es remota.

Vieron la pequeña capilla en cuanto dieron la vuelta en la esquina. Rodeada por una estrecha parcela de césped, parecía una reliquia de otro tiempo en medio de una fila de tiendas modernas. La puerta principal estaba abierta y dentro se veía un Belén, con el establo, la decoración de paja y un burro de escayola incluido. Chloe y Zac se encontraron con dos mujeres en el interior. Estaban arreglando unos gladiolos y unos ramos de acebo, colocándolos en unas urnas de cobre.

—Querría hablar con el padre Tom —le dijo Zac a la más próxima.

Ella asintió y señaló una puerta pequeña de madera con un arco superior.

—Está en la sacristía.

—Gracias.

—Está muy ocupado con todos los preparativos de Navidad y se va a celebrar una boda dentro de una hora.

—No le robaré mucho tiempo.

Cuando se volvió, Chloe le tendió una mano para sujetarle la maleta.

—Yo me ocupo de esto.

—Gracias.

Al dejar a Chloe sentada en uno de los bancos de la iglesia, Zac se dio cuenta de lo acostumbrado que estaba ya a tenerla a su lado. Era casi como si…

Rápidamente cortó el pensamiento, antes de que pudiera distraerle.

Ya en la sacristía, llamó dos veces a la puerta. El joven que la abrió tenía el cabello rubio y llevaba unos vaqueros y un suéter negro.

—Hola —dijo—. ¿Puedo ayudarlo?

—Quería hablar con el padre Tom.

El joven sonrió.

—Aquí lo tiene.

Zac tragó en eco, perplejo. ¿Ese era el padre Tom?

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Soy Zac Corrigan. Yo…

—Zac. Claro. Encantado de conocerte. Entra, por favor.

El joven sacerdote abrió la puerta y dio un paso atrás.

—Siéntate, por favor —dijo, al tiempo que retiraba un montón de libros religiosos de una silla.

—Por favor, acepta mi pésame —agarró la mano de Zac con firmeza—. Liv era una chica increíble, estupenda. Todos estamos consternados.

—Te agradezco mucho que te hayas ofrecido a preparar un funeral para ella en tan poco tiempo.

—Estoy encantado de poder ayudar.

Tom se había sentado tras su escritorio y había apartado unos cuantos papeles.

—¿Puedo hacer algo más mientras estás aquí? —le preguntó, echándose hacia delante sobre la mesa, con las manos entrelazadas.

Zac trató de relajarse, con el tobillo apoyado sobre una rodilla.

—Sé que no se debe romper el secreto de confesión —di—
jo con cuidado. —Pero me preguntaba si alguna vez Liv habló contigo respecto al padre del bebé.

—¿Sobre su identidad?

—Sí.

El padre Tom negó con la cabeza.

—No tuve mucha suerte con ello, me temo. Sí se lo pregunté. Le pregunté si el padre iba a ayudarla, o a apoyarla. Ella se puso firme y me dijo que era su bebé solamente y que ella sería la única que se responsabilizaría. Me dijo que el padre estaba fuera de todo esto.

Zac se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento hasta ese momento. Lo soltó lentamente.

—Sí que hablé con Liv respecto al enorme desafío que supone ser madre soltera, estando tan lejos de casa —dijo el sacerdote—. Yo estaba preocupado por todo ese secretismo que tenía e indagué un poco para asegurarme de que no quería la ayuda del padre. Ella me aseguró que el padre del niño no había abusado de ella de ninguna forma. De hecho, me hizo ver que no era una mala persona, pero me dijo que había pensado mucho en su futuro y que sabía muy bien lo que estaba haciendo.

El sacerdote miró a Zac fijamente.

—Le gustaba hablar de su familia y una vez me habló mucho de ti.

—Su hermano mayor pesado.

El padre Tom se encogió de hombros, sonriente.

—Nunca me dijo que estaba embarazada.

—Ah, sí. Liv me lo dijo. Ella sentía que ya te había dado demasiadas preocupaciones a lo largo de los años. Sabía que hubieras venido inmediatamente de haberlo sabido y...

—Y que hubiera interferido.

El sacerdote sonrió de nuevo.

—A lo mejor quería manejar las cosas a su manera, ella sola.

Zac asintió.

—Pero sin duda tenía pensado decírtelo en cuanto naciera la niña. Me dijo que quería demostrarle a su hermano que podía ser una madre estupenda y que quería que estuvieras orgullosa de ella.

Zac se encogió por dentro. De repente un calor repentino se

propagaba por su nuca.

—Yo ya estaba orgulloso de ella. Puede que fuera algo mandón, pero... la quería mucho.

—Lo sé. Y sé que ella lo sabía. Estaba deseando enseñarte a su bebé. Me dijo que estaba deseando verte llegar a Heathrow y soñaba con el momento de ver a su hija en tus brazos.

Cada vez más afectado, Zac hizo un esfuerzo por mantener la compostura. Se puso en pie y le dio las gracias al padre por su tiempo. Hablaron brevemente sobre el servicio religioso que se celebraría el lunes siguiente.

—Gracias por venir, Zac. Te veo entonces.

Se despidieron y Zac regresó junto a Chloe.

—No hay ninguna pista sobre el padre de la niña —le dijo en un tono tenso.

Chloe no le presionó con más preguntas. Ella siempre sabía ser oportuna. Cuando salieron al exterior, un tenue rayo de sol asomaba entre las brumas del cielo londinense.

Chloe sabía que Zac se había puesto muy tenso después de su conversación con el clérigo. Mientras viajaban en metro, rumbo al centro de la ciudad, trató de hablar de cosas prácticas con él.

—No creo que necesitemos comprar más ropa para la niña, a menos que encontremos algo que realmente merezca la pena. He investigado un poco en Internet y creo que por ahora solo necesitamos potitos, biberones y un esterilizador, aunque podemos hablar con la compañía aérea para ver qué dan para bebés durante un viaje tan largo.

—Sí, y creo que será mejor llamar al hospital para fijar la hora en que vamos a recoger a Lucy.

Chloe le dedicó una sonrisa al verle pronunciar el nombre de la niña.

Desafortunadamente, sin embargo, la mirada que él le lanzó desmentía la sonrisa que dibujaban sus labios.

—¿Quieres recoger a la niña esta tarde?

—No creo —dijo él lentamente, como si estuviera pensando bien el asunto—. Espero que no suene egoísta, pero necesito un poco más de tiempo para acostumbrarme.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Una década?

Zac se rio al ver la cara que había puesto Chloe.

—Era una broma, señorita Meadows. No te preocupes. Hablaré con el hospital para recogerla mañana. Mientras tanto... —los ojos le brillaron de repente—. Creo que nos merecemos un paseo esta noche.

Chloe sintió un cosquilleo inesperado que le corría por las venas.

—No… no sé.

Zac frunció el ceño.

—No querrás malgastar la oportunidad de pasar una noche de sábado paseando por Londres, ¿no?

Chloe titubeó.

—Claro que no —dijo él, contestando por ella—. La vamos a pasar muy bien. Es mi última noche de libertad y es tu deber como empleada ayudarme a disfrutarla.

Antes de que Chloe pudiera decir nada, el tren se detuvo en Oxford Circus y Zac se puso en pie. La conversación quedó interrumpida hasta que salieron al exterior nuevamente.

Para entonces, sin embargo, él ya parecía tenerlo todo planeado, y aunque no tuvieran mucho tiempo, parecía estar seguro de que conseguiría una mesa para dos en un buen restaurante.

—¿Y qué tal si vamos al teatro? —le preguntó a Chloe con expectación—. ¿Qué te apetece ver? Admito que no me vendría mal una comedia.

—Definitivamente comedia —le dijo ella.

Era evidente que no tenía sentido oponerse.

—Ya hemos tenido suficiente tristeza en la vida real.

—Estupendo —dijo él. Su entusiasmo parecía casi infantil—. Iremos de compras esta tarde para comprar algo de ropa, para nosotros, no para el bebé. No tenemos que preocuparnos por el equipaje de mano para el viaje de vuelta. Tendremos la maleta con las cosas de Lucy, así que… ¿Por qué no nos damos un gusto? Yo te compro un vestido.

—No —dijo Chloe con firmeza.

Zac se detuvo abruptamente. Un transeúnte que caminaba justo detrás estuvo a punto de tropezar contra ellos.

—No seas tonta, Chloe —intentó agarrarle la mano, pero ella la metió en el bolsillo del abrigo—. Ahora eres tú la que está siendo muy testaruda. Lo de esta noche ha sido idea mía —dijo Zac, ignorando a los transeúntes que pasaban a su alrededor, intentando esquivarles—. Déjame comprarte un vestido. Piensa en ello como un regalo de agradecimiento por todo lo que has…

—No —dijo Chloe de nuevo—. Muchas gracias, Zac. Es un ofrecimiento muy amable por tu parte, pero no puedo dejar que compres ropa.

Esa era una línea que no debía cruzar.

—Solo es un vestido, Chloe.

La sonrisa de Zac era encantadora y Chloe sentía cómo se le calentaba la piel. Era tan fácil tirar la toalla y sucumbir.

—Chloe, vamos. Suéltate un poco. Estás en Londres, por Dios. No

puedes pasar por aquí sin comprarte al menos un vestido nuevo.

En eso tenía razón. Si no lo hacía, terminaría arrepintiéndose luego cuando llegara a casa sin ningún recuerdo. ¿Y qué era mejor que un vestido chic de la famosa Oxford Street?

—De todos modos estaba pensando en comprarme un vestido.

Sin dejar de sonreír, Zac aguzó la mirada.

—No. No es cierto.

—Claro que sí —Chloe levantó la barbilla para darle más énfasis a sus palabras—. Será mi autoregalo de Navidad..

Capítulo 6

CUANDO Chloe entró por fin en la habitación del hotel con todas las bolsas ya se sentía un poco mareada. ¿Cómo había podido gastarse tanto dinero?

Y en un solo vestido…

No debería habérselo probado, pero nada más entrar en la tienda se había dejado seducir y no había mirado la etiqueta hasta que ya era demasiado tarde. El vestido, hasta la rodilla y con manga raglán, parecía muy sencillo y discreto en la percha… Era de color rojo y Chloe jamás había llevado un tono tan llamativo antes, pero era Navidad, y se sentía con ganas de mostrarse un poco más atrevida. Nada más entrar en el probador y ponerse el vestido, sus sentidos habían sucumbido al hechizo.

«¿Realmente soy yo?», se había preguntado.

¿Cómo podía suponer una transformación tan grande un simple vestido? Le había parecido imposible salir de la tienda sin llevárselo.

Y entonces, una vez tomada la decisión, había mirado la etiqueta. Al principio había creído que había cometido un error, que la había leído al revés o algo así, pero no se había equivocado. Sentada en el banco del probador, casi había tenido ganas de llorar. Se había enamorado de ese vestido. Normalmente podía comprarse seis o siete vestidos por el precio de ese, pero… ¿Qué diría Zac cuando la viera con él?

Finalmente, sin pensárselo mucho más, había vuelto a ponerse la ropa y se había dirigido al mostrador para entregar la tarjeta de crédito.

En ese momento, mientras colgaba la prenda en el armario del hotel, trató de ignorar el nudo que se le estaba formando en el estómago. El único consuelo que podía ofrecerse a sí misma era que había conseguido un buen descuento con las plataformas negras que había comprado para completar el conjunto. Y ya solo quedaba disfrutar de la velada, algo que no tenía por qué ser difícil.

¿O acaso sí?

De hecho, resultó imposible no pasarlo bien. Zac llevaba un traje nuevo de color gris oscuro que había combinado con un suéter de cuello alto, el cual le daba un extra de refinamiento europeo. Chloe no podía evitar mirarle una y otra vez.

Pero no era la única. Él tampoco era capaz de dejar de mirarla, sobre todo cuando llegaron al romántico restaurante iluminado con velas y la vio quitarse el abrigo.

Una vez se recuperó del shock inicial, la miró con una sonrisa de estupefacción en la cara.

—Señorita Meadows, se ha superado a sí misma —murmuró y no le quitó la vista de encima hasta que el camarero se aclaró la garganta.

—¿Señor? Si me acompañan, le mostraré su mesa.

—Sí, Gracias —Zac le guiñó un ojo a Chloe y la agarró del codo con suavidad para indicarle que fuera delante de él.

Más incómoda que nunca, Chloe notó chispas por todo el cuerpo al sentir el contacto. Era un alivio poder sentarse por fin, pero a lo largo de la cena los ojos de Zac fueron revelando un abanico de emociones que comenzó con la sorpresa, para luego dar paso a una satisfacción burlona y terminar convirtiéndose finalmente en un gesto curioso y ardiente que le quitaba el aliento.

Más tarde, apenas era capaz de recordar lo que había comido, aunque todo hubiera estado delicioso. Sus pensamientos habían sido absorbidos por la experiencia de estar con Zac de esa manera. Todo era tan distinto.

—Es extraño que no te hayas hecho científico también —le comentó mientras le escuchaba hablar de sus padres.

Le había contado que cuando Liv tenía tres años habían vivido en una isla de la Gran Barrera de Coral durante dos años para que su madre pudiera llevar a cabo sus estudios sobre los hábitos de anidación de las tortugas marinas.

Zac se encogió de hombros.

—Comencé estudiando Ciencias del Mar, pero cuando desapareció el barco de mis padres… —hizo una mueca nerviosa—. Sentí que necesitaba probar algo totalmente distinto.

—Y en esto también eres brillante.

Él le sonrió.

—Gracias, señorita Meadows —le dijo con exagerada modestia.

Chloe, no obstante, sabía que hablar de su familia no podía ser fácil, así que prefirió cambiar de tema mientras tomaban un exquisito postre de mousse de chocolate.

—¿Quieres que Lucy también tenga una infancia aventurera como la tuya?

—Ya sabes… Casi quiero que su vida sea aburrida.

—Pero eso sería una pena.

—Pero algo aburrido también es seguro.

—Puede que sí, pero no es divertido.

Zac la miró fijamente unos segundos y entonces se sirvió un poco

más de mousse.

—Parece que hablaras por experiencia.

—Me temo que sí.

Como era de esperar, él esperaba que le explicara algo más, y así terminó hablándole de sus padres, de la ferretería en la que trabajaba su padre y del trabajo de su madre como ayudante de profesor. Le contó que se habían casado tarde y que su llegada había sido una completa sorpresa, ya que nunca habían esperado tener familia.

—Mis padres ya estaban muy asentados, así que llevaban una vida apacible. Mi madre dejó de trabajar para quedarse en casa conmigo, y no teníamos mucho dinero, así que no salíamos mucho, e íbamos de vacaciones cada dos años solamente, y siempre al mismo sitio, Maroochydore. Me encanta la playa, pero era un poco tímida para hacer amigos, así que no hacía más que sentarme bajo la sombrilla con mis padres, viendo cómo lo pasaban bien los otros niños.

Chloe puso los ojos en blanco.

—Lo sé. Lo sé. Es un poco patético.

—No. Simplemente eras un poco solitaria, pero no patética.

—No es eso lo que quieres para Lucy, ¿no?

Él sonrió.

—Creo que intentaré buscar algún tipo de término medio.

De repente una imagen irrumpió entre los pensamientos de Chloe. En ella aparecía Marissa Johnson junto a Zac y a Lucy, compartiendo ese término medio juntos.

—Bueno, será mejor que nos pongamos en marcha. Nuestra sesión empieza dentro de nada.

Tomó a Chloe de la mano y juntos salieron del restaurante. Ella sabía que solo era una cuestión práctica que le sostuviera la mano mientras se abrían paso entre las multitudes que abarrotaban Piccadilly Circus, pero no podía evitar sentir algo especial.

Unos minutos después ya estaban en el cálido entorno del teatro, quitándose los abrigos y acomodándose en unos butacones de terciopelo.

—Me duelen los músculos del abdomen de tanto reírme —dijo Chloe tras la función.

Estaban junto a la acera, esperando a que se acercara algún taxi.

—Y a mí. No recuerdo la última vez que me reí tanto.

—Me alegro de que hayas escogido una comedia.

—Sí. La risa es la mejor medicina.

Se estaban congelando, pero el aire estaba claro como el cristal. Encima tenían una red de luces con forma de estrellas, copos de nieve y ángeles.

Cuando llegaron al hotel, Chloe aún se sentía contenta y relajada, y seguramente fue por eso que no puso objeción alguna cuando Zac sugirió que tomaran una última copa en el bar del hotel.

—Espera. Déjame —le dijo él, sujetándole las manos mientras intentaba desabrocharse el abrigo.

Al sentir el tacto de sus manos cálidas, Chloe se quedó quieta y su corazón comenzó a latir más fuerte. El mundo pareció detenerse a su alrededor y se vio atrapada por esos ojos sonrientes de color gris plata.

—Llevo toda la noche queriendo hacer esto —le dijo él.

Sin poder respirar, Chloe bajó la vista y contempló sus manos. Sus dedos, largos y hábiles, comenzaron a desabrochar cada uno de los botones lentamente. Le retiró el abrigo de los hombros con sumo cuidado y recorrió su cuerpo con la vista.

—Este vestido es... magnífico.

Chloe podía sentir cómo subía el calor por su cuello, rumbo a sus mejillas.

—Me alegro mucho de que no me hayas dejado pagarlo.

—¿Por qué?

—Si hubiera sido yo el que pagaba, entonces habrías escogido algo sensato y barato, y no tan bonito como este.

Chloe no pudo evitar sonreír. Al parecer su jefe la conocía demasiado bien.

—En realidad tengo una idea mejor —Zac miró a su alrededor. El bar estaba lleno de gente—. No tomemos nada aquí. Subamos y que nos lleven las bebidas a la habitación.

De repente todas las alarmas comenzaron a sonar en la cabeza de Chloe, pero no tuvo tiempo de reaccionar. Zac echó a andar hacia el ascensor, con su abrigo en las manos todavía. Corrió tras él, pensando en hacerle volver, pero las puertas del ascensor ya se estaban abriendo y había otros huéspedes dentro. No quería hacer una escena delante de la gente, así que apretó los labios hasta que llegaron al corredor que daba acceso a las habitaciones.

—Zac, no tengo ganas de tomarme una copa —le dijo sin más cuando llegaron a la puerta de su habitación.

Él ladeó la cabeza y la miró como mira un padre a un niño travieso.

—No seas aguafiestas.

Chloe suspiró.

—Mira. Ha sido una noche estupenda. Lo he pasado muy bien, pero ambos debemos tener presente que esto no es una cita.

—Pero podría serlo muy fácilmente.

En eso tenía razón. En el estrecho espacio del pasillo, podía oler el aroma de su colonia, almizclada, cara y muy masculina. Cuando levantó la vista, se dio cuenta de que una fina barba de unas horas

había aparecido en su mandíbula.

El momento olía a peligro. Bastaba con una mínima señal de aceptación para que Zac Corrigan la besara. Sus labios estaban tan cerca...

—Zac, no podemos...

—Shh —él la tocó en el brazo—. Olvídate de la oficina por una noche.

—¿Pero cómo voy a hacerlo? ¿Cómo puedes hacerlo tú?

—Es muy fácil —le dijo, deslizando la yema del pulgar a lo largo de su brazo—. Esta noche no eres mi asistente y yo no soy tu jefe.

—Pero nosotros...

—Chloe, eres una mujer increíblemente sexy y llevas un glorioso vestido rojo. Yo soy un pobre diablo indefenso que se ha quedado prendado de ti, simplemente.

Chloe sintió un escalofrío de emoción al oír sus palabras, pero no podía ser como todas esas chicas que caían rendidas a sus pies. Aunque llevara mucho tiempo medio enamorada de su jefe, no se iba a convertir en una más en una larga lista de conquistas. El amor dolía, hacía daño, y ya había tardado mucho en recuperarse del sufrimiento que le había causado la muerte de Sam.

—Chloe, ¿alguna vez te han dicho que tienes los...? —le decía Zac, acercándose cada vez más.

Presa del pánico, Chloe le puso una mano sobre la boca para hacerle callar.

—Tengo una única palabra para usted, señor Corrigan.

Zac sonrió.

—Por favor, dime que es un «sí».

Ella lo miró fijamente.

—Marissa.

La sonrisa de Zac se borró de golpe.

—O, si no es Marissa... busca tú a cualquier otra sustituta para casarte. Es en eso en lo que deberías centrarte.

De repente Chloe se sintió muy mal, sobre todo al oírle tomar el aliento con impotencia.

—Buen intento, señorita Meadows —dio un paso atrás y entonces la contempló con una sonrisa triste—. Debería haber tenido presente que siempre puedo confiar en su sensatez superior.

—Para eso me pagas —dijo Chloe en un tono seco y entonces se giró para abrir la puerta—. Como te he dicho, lo he pasado muy bien, así que gracias de nuevo, Zac, y... buenas noches.

Sin mirar atrás, Chloe entró y cerró la puerta suavemente antes de tener tiempo de arrepentirse. Una vez dentro, se apoyó contra la puerta.

«¡No pienses!», se dijo a sí misma.

Al otro lado de la puerta, Zac seguía con su abrigo en las manos. Ya lo recogería por la mañana, pero no podía verle de nuevo en ese momento, no con todas esas lágrimas que corrían sin control por sus mejillas.

«Has estado muy cerca».

Frunciendo el ceño, Zac contempló la puerta cerrada de Chloe durante unos segundos. Había estado a punto de perder la cabeza y de romper su regla de oro.

¿Cómo había podido llegar tan lejos?

Afortunadamente ella le había devuelto a la realidad, a su nueva vida y responsabilidad. En realidad, incluso debía darle las gracias por ello, pero...

Con un suspiro de frustración, Zac abrió la puerta de su propio dormitorio y entró. Dejó los abrigos sobre un butacón y dejó escapar otro suspiro, de pie en medio de la estancia. Los abrigos estaban enredados el uno con el otro. La manga del de Chloe rodeaba el hombro del suyo propio, como si se estuvieran dando un abrazo.

A la mañana siguiente todo volvió a la normalidad a la hora del desayuno. Las sonrisas coquetas y la cálida complicidad ya formaban parte del pasado. Chloe sintió un gran alivio al ver que Zac había recuperado su porte serio y profesional de siempre. Al parecer, incluso se había levantado pronto y había hecho algunas llamadas, tanto al hospital como a la aerolínea.

—He decidido que no necesitamos comprar una sillita para bebé mientras estemos aquí —le dijo, yendo al grano—. Los requisitos para transportar bebés varían de un país a otro y, al parecer, no es difícil encontrar un taxi que esté preparado para bebés. En cuanto a la compañía aérea, tienen cunas y se pueden calentar biberones o lo que haga falta.

Chloe asintió.

—Esperemos que Lucy no llore mucho durante el vuelo.

—Sí.

La idea de viajar al otro lado del mundo en un avión con un bebé recién nacido asustaba un poco.

Zac frunció el ceño.

—¿Crees que será suficiente con tres días para acostumbrarnos a ella aquí antes de viajar?

—¿Tres días? ¿Eso quiere decir que tienes pensado volver el día después de Navidad?

—Siempre y cuando el pasaporte llegue a tiempo. Por suerte tú

tuviste la brillante idea de contactar con esa agencia antes de que nos marcháramos de Brisbane. Han roto todos los récords tramitando el pasaporte de Lucy, gracias a estas circunstancias tan especiales. ¿Crees que es conveniente volver el día después de Navidad?

—Sí. Creo que sí.

Chloe no quería que el regreso a casa se retrasara más de lo estrictamente necesario, y también sabía que Zac debía de estar deseando regresar.

—Como Lucy es tan pequeña, a lo mejor duerme mucho —le dijo con entusiasmo.

—Sí. Crucemos los dedos —dijo él, entregándole una hoja de un cuaderno de notas—. Hablé con el hospital respecto a lo de los biberones, la leche para bebés y todo eso. Por lo visto, deberíamos haber recogido una lista, pero he anotado todas las cosas que vamos a necesitar.

Chloe examinó la lista mientras se bebía su café. Afortunadamente, estaba acostumbrada a leer los garabatos enrevesados de Zac.

—Hay una farmacia cerca, así que iré a buscar todas estas cosas en cuanto desayunemos.

—Muy bien —Zac levantó la cafetera—. ¿Quieres más?

—Media taza solamente. Gracias.

—Hay otro inconveniente del que no hemos hablado —le dijo mientras le servía más café.

—¿Qué?

—Tenemos que decidir dónde va a dormir la niña.

—Oh, claro.

Chloe ya había reparado en eso antes, pero había preferido posponer el problema porque le resultaba un tanto incómodo sacarlo a colación.

Evidentemente, mientras permanecieran en el hotel la niña tendría que dormir con uno de los dos.

—Creo que los niños se despiertan a cualquier hora de la noche —dijo él—. Lo leí en una de esas revistas tuyas. A veces hay que alimentarles cada dos o tres horas, incluso de madrugada.

Chloe asintió. Claramente sabía adónde se dirigía la conversación.

—No me importaría cuidar a Lucy durante la noche.

—No, no —dijo él, sorprendiéndola—. No era eso lo que quería decir. Es pedirte demasiado.

—¿Entonces crees que podrás cuidar de ella tú solo?

Zac hizo una mueca.

—Francamente, no. Creo que me voy a sentir bastante inútil.

—Entonces, a menos que contrates a una niñera, no tenemos otra alternativa.

Zac la observó durante unos segundos. Una tímida sonrisa asomó en la comisura de sus labios.

—En realidad, sí tenemos otra alternativa, Chloe, pero me temo que no te va a gustar.

Chloe se puso erguida de inmediato.

—No me vas a decir que compartamos habitación, ¿no?

—Pero tiene sentido, ¿no crees?

La sonrisa había desaparecido ya de sus labios y Chloe empezaba a creer que realmente hablaba en serio.

—Ninguno de los dos sabe mucho de bebés. Nos necesitamos.

Chloe dejó escapar un gruñido de exasperación.

—Sinceramente, Zac, ¿es que nunca te rindes?

—Cálmate. No hay por qué ponerse así, de solterona amargada.

—Yo no soy una solterona amargada —murmuró Chloe, repentinamente furiosa.

De hecho, se lo hubiera dicho a gritos de no haberse encontrado en el restaurante de un hotel, rodeada de distinguidos huéspedes.

—Me ha quedado claro —con el rostro más serio que nunca, Zac apartó el plato y apoyó los codos en la mesa, acercándose a ella—. No te iba a sugerir que compartiéramos la misma cama —dijo, bajando la voz—. He mirado la posibilidad de cambiarnos a una suite con dos habitaciones y un baño, pero el hotel está lleno en estas fechas, así que no hay nada disponible. Y no querrás que empecemos a buscar otro sitio a estas alturas.

Chloe no podía negar que tenía razón.

—¿Entonces qué tienes en mente?

—Bueno, dividir una enorme cama de matrimonio en dos camas individuales no supone ningún inconveniente. Problema resuelto.

—¿Resuelto? ¿Pero qué clase de solución es esa?

—Solo trato de pensar en lo que es mejor para el bebé —le dijo él en un tono que parecía sincero—. Le prometo que no habrá cosas raras, señorita Meadows. Seré todo un ejemplo de comportamiento y educación.

—Estoy segura de que tienes buenas intenciones, Zac, pero preferiría...

Chloe se detuvo. Había estado a punto de decirle que prefería cuidar de la pequeña ella sola, pero entonces se dio cuenta de lo egoísta que sonaba eso.

Tal vez sí se estaba comportando como una mojigata. Después de todo, si él hubiera tenido intención de seducirla realmente, no se habría rendido con tanta facilidad la noche anterior.

Y si era capaz de resistirse a ella con ese vestido rojo despampanante, no era probable que se lanzara a conquistarla mientras deambulaba por la habitación de madrugada con un bebé en

los brazos.

—Mira. De acuerdo —dijo finalmente, no sin reticencia—. Supongo que ese plan loco tiene sentido de alguna forma. Vamos... vamos a intentarlo.

Su jefe le regaló una de esas sonrisas espectaculares.

—Sabía que podía contar contigo y con tu sensatez. Lo prepararé todo para que cambien las camas y para que manden una cuna a mi habitación. Y no voy a prescindir de tu habitación. Claro. La vas a necesitar de vez en cuando para escaparte y darte un buen baño caliente.

Sus ojos grises brillaban y Chloe no sabía si se estaba burlando de ella.

Capítulo 7

—ES UN angelito, ¿no?

Zac estaba junto a la cuna, situada en una esquina de la habitación, consciente de la sonrisa que no se le borraba de los labios mientras veía dormir a la niña.

Lucy Corrigan era perfecta. Cuando Chloe y él la habían recogido en el hospital ya estaba profundamente dormida, y ni siquiera se había despertado durante el viaje en taxi.

En ese momento ya estaban los tres solos en la habitación. Chloe estaba sentada en una butaca, próxima a la ventana, leyendo otra de esas revistas de maternidad, y él caminaba de un lado a otro, ansioso, esperando a que la niña despertara para darle el siguiente biberón.

En la nevera del minibar Chloe había metido los biberones que había preparado y los iba a calentar con un aparato especial que había comprado en una farmacia.

Zac no estaba del todo contento con el arreglo, no obstante. Había pensado en pedir a la cocina del hotel que preparara los biberones, y la idea de que se los hicieran llegar a través del servicio de habitaciones le había parecido bien, pero Chloe, tan sensata como siempre, había querido asegurarse ella misma de la higiene y la temperatura de los biberones. Su cuarto de baño, por tanto, se había convertido en una unidad especial de cuidados de maternidad. Había un dispositivo de esterilización, el equipo para calentar los biberones y una enorme colección de geles y cremas para bebé, además de toallitas.

—¿No se va a despertar para tomar el biberón? —le preguntó a Chloe mientras miraba a la niña de nuevo.

Según la cuenta que había sacado, la niña ya llevaba veinte minutos de retraso en la toma de su biberón.

Chloe levantó la vista de la hoja que estaba leyendo.

—Supongo que se despertará cuando esté lista.

—¿No crees que eso es demasiado aproximado? Yo pensaba que había unos horarios que cumplir. ¿No es bueno acostumbrar al bebé a una rutina?

—Zac, dale tiempo. No tiene más que unos pocos días de vida. Seguro que se despierta pronto.

Contrariado, Zac agarró el mando a distancia de la televisión y apretó el botón de encendido. De repente comenzó a sonar una música estridente y la niña se movió, levantando una manita.

—Lo siento —murmuró al ver la mirada de Chloe, buscando el botón para silenciar el aparato.

Aunque fuera absurdo, el corazón se le salía del pecho de repente. Sin duda había asustado mucho a la niña. Contuvo el aliento, esperando que se pusiera a llorar en cualquier momento, pero, para su sorpresa, la pequeña ya se había dormido de nuevo.

Se sentó en otro butacón y comenzó a cambiar de un canal a otro, con el audio silenciado, pero no había nada que le interesara en realidad, así que su mente terminó desviándose hacia los recuerdos de lo ocurrido la noche anterior.

Ese día Chloe ya no llevaba aquel fascinante vestido rojo, pero no podía evitar fijarse en la suave curva de sus pechos, en su cintura y en la tentadora silueta de su trasero.

Suspirando, apagó la televisión, echó atrás el butacón y comenzó a deambular de nuevo. Si Lucy continuaba durmiendo por mucho más tiempo entonces no tendría más remedio que salir a dar un paseo para que el gélido invierno londinense le enfriara los pensamientos.

—¿Seguro que no debemos despertarla? —le preguntó a Chloe después de otro paseo por el dormitorio.

Chloe se levantó y fue hacia la cuna. Zac no pudo evitar fijarse en el escote en «V» del suéter que llevaba. La prenda revelaba una piel aterciopelada y exquisita.

—No sé... Toda la información que he leído se refiere a bebés que son alimentados con leche materna.

Zac deseó que ese tema no hubiera salido a relucir. No podía evitar pensar en la fuente de la que provenía esa leche materna de la que hablaba. Trató de concentrarse en la pequeña una vez más, deteniéndose junto a Chloe, frente a la cuna. Lucy estaba tumbada de lado, mostrándoles esa naricita diminuta y el puchero de sus labios. Estaba tan quieta, tan tranquila, y era tan pequeña.

Un escalofrío de miedo recorrió a Zac por dentro.

—Sigue respirando, ¿no?

Vio el miedo reflejado en la mirada de Chloe.

—Claro que sí. Bueno... eso creo.

Zac sintió pánico de repente.

—¿Lo comprobamos?

—Sí.

Una de las manitas de la niña asomaba por el borde de la mantita. Zac la tocó con el dedo.

—Está un poco fría.

—¿Ah, sí? —Chloe pareció asustada de repente.

Le dio dos golpecitos con el dedo. La niña se movió y suspiró.

—Oh, gracias a Dios —exclamó Zac, aliviado. Estuvo a punto de abrazar a Chloe.

Ambos se rieron, sacudiendo la cabeza ante ese miedo absurdo que se había apoderado de ellos. Y entonces, cuando sus miradas se encontraron, el corazón de Zac comenzó a latir más rápido, por un motivo muy distinto.

De repente sintió una gran gratitud por ella. En los días anteriores había vivido algunos de los momentos más oscuros de toda su vida y la presencia de Chloe había sido como una llama que no se apagaba, una haz de luz que le iluminaba cuando más lo necesitaba.

Una confusión repentina se reflejó en los ojos de ella. Bajó la mirada rápidamente.

—Oye... Zac, mira.

Dos ojitos brillantes les observaban desde la cuna.

Zac sonrió de oreja a oreja.

—Bueno, bueno... Hola, Lucy Francesca Corrigan. Mira que eres bonita.

—Creo que podemos tomarla en brazos ahora —dijo Chloe—. Seguro que necesita que le cambien el pañal. ¿Quieres hacer los honores?

Zac tragó con dificultad. La enfermera le había entregado la niña a Chloe cuando habían abandonado el hospital, pero él no era de los que se acobardaban ante un desafío.

—Muy bien —retiró la mantita—. No hay problema —añadió, tratando de tranquilizarse a sí mismo.

Conteniendo la respiración, levantó a Lucy en sus brazos lentamente.

—Puedes cambiarla en la cama —le dijo Chloe.

—¿Yo?

—¿Y por qué no? Te he puesto toallas.

—Muy bien. De acuerdo.

Cualquiera hubiera pensado que estaba a punto de desactivar una bomba. Colocó al bebé con cuidado sobre la cama y comenzó a desatar la mantita en la que estaba envuelta. Debajo llevaba una especie de mono, como un traje espacial, así que tenía que soltar todos los botones de clip.

Chloe estaba a su lado con un paquete de toallitas en la mano y un pañal limpio.

—A lo mejor deberías retomarlo aquí —le sugirió él—. Debes de ser una experta. Lo has hecho antes.

Ella sacudió la cabeza.

—En realidad, no, pero he visto cómo cambiaban a sus hijos algunos amigos, y yo diría que lo estás haciendo muy bien.

Haciendo acopio de valentía, Zac logró retirarle el pañal a Lucy. La pequeña no dejaba de dar pataditas en el aire con sus pequeñas piernas rojizas.

—Es como una rana pequeña —dijo Zac de pronto.

—Es preciosa —le dijo Chloe en un tono de reproche.

—Sí, bueno. Una preciosa ranita.

Chloe le entregó una toallita.

—Puedes ponerle otro pañal y volver a vestirla. Yo voy a calentarle el biberón.

—Muy bien —Zac sintió que se encendía una alarma en su cabeza cuando Chloe se marchó.

Respiró profundamente y siguió adelante con la tarea. Fue complicado meter esas extremidades diminutas dentro del mono que llevaba, pero cuando logró terminar se sintió especialmente orgulloso del trabajo hecho. Chloe regresó con el biberón.

—No ha llorado nada —comentó.

—No. Ha fruncido el ceño y me ha mirado con cara de pocos amigos un par de veces —dijo Zac—. Pero no ha hecho ningún sonido.

—Es muy buena.

—Sí. Puedes darle de comer si quieres. Yo me quedo aquí para aprender.

Zac se dispuso a hacer lo que acababa de decir, pero muy pronto se dio cuenta de que no era tan buena idea. La imagen de Chloe, sentada en el butacón con el bebé en los brazos, le hizo sentir de nuevo ese nudo en la garganta. De repente se sorprendió pensando en Liv, en todo lo que ya jamás podría experimentar junto a su hija...

—Voy a poner agua a hervir para prepararte una taza de té —le dijo a Chloe.

—Gracias —le dijo ella, dedicándole su sonrisa más radiante.

Mientras preparaba el agua para el té, Zac se dio cuenta de que no recordaba la última vez que le había preparado un té a alguien. Su vida había dado un giro muy doméstico, pero lo cierto era que no le disgustaba del todo.

Chloe se sentía muy contenta de que el primer día con Lucy hubiera ido tan bien. Después de tomar el biberón, la niña volvió a dormirse y continuó así mientras Zac y ella veían una película de DVD.

La poca luz de invierno que quedaba había desaparecido del todo y las oscuras calles estaban iluminadas por innumerables faros de los coches, por no mencionar los anuncios de neón y los adornos de Navidad.

—Esto de criar a un bebé es pan comido —dijo Zac mientras servía dos copas de vino italiano.

Le dio una a Chloe.

—¿Cuánto se le paga a una niñera por esto?

—No lo sé, pero estoy segura de que se lo ganan.

—No veo cómo —dijo Zac, sonriendo mientras levantaba la tapa del plato de quesos que había pedido para acompañar el vino.

Chloe pensó que no podía estar hablando en serio. Además, resultaba duro argumentar que la responsabilidad de Lucy era un gran peso mientras chocaban sus copas para brindar por la pequeña.

La tarde había resultado muy agradable. Zac y ella habían fijado reglas básicas y él se había comportado muy bien. La noche, por tanto, prometía ser una continuación de lo vivido hasta ese momento.

Tenían intención de cenar en la habitación de Zac y después verían otra película juntos. Sorprendentemente habían descubierto que compartían una gran afición por las películas de ciencia ficción. Además, Zac parecía sentirse más cómodo cuidando de Lucy y Chloe se alegraba por él, sobre todo teniendo en cuenta que al día siguiente tendría que enfrentarse a la dura prueba del funeral de su hermana.

Una noche relajante y tranquila era justo lo que necesitaba, así que tenían pensado cenar a las siete y media. Así tendrían tiempo suficiente para cambiar a la niña, darle de comer y ponerla a dormir de nuevo.

Chloe siempre se sentía mejor cuando tenía un plan bien trazado de antemano.

—¿No están llamando a la puerta? —Zac miró hacia la puerta con el entrecejo fruncido.

No oía nada con un bebé gritando junto a su oído.

—¿Qué hora es?

—Las siete y media —dijo Chloe, que había estado caminando ansiosamente a su lado.

—Entonces será la cena —Zac, que se estaba convirtiendo en un experto, cambió de brazo a Lucy con habilidad y se colocó la toallita en el otro hombro por si la pequeña regurgitaba la leche que se había tomado—. Deberíamos haber llamado para decirles que esperaran un poco antes de traer la cena, al menos hasta que se quedara dormida.

Chloe hizo una mueca. Normalmente habría sido ella la que hubiera tenido eso en cuenta.

—Será mejor que abra.

—Espera hasta que me lleve a Lucy al baño. No queremos que el camarero se quede sordo con su llanto.

Con el estómago contraído, Chloe le vio alejarse rumbo al baño con el bebé en brazos. La niña no dejaba de gritar y llorar y tenía la cara completamente roja. Llevaba más de una hora así y no sabían por qué estaba tan agitada.

Se había despertado de repente y la habían bañado juntos. Habían

tardado más de la cuenta en volver a vestirla y Lucy, hambrienta, había empezado a llorar. Cuando Zac le había ofrecido el biberón, se lo había bebido con ansia y la leche había desaparecido enseguida.

—Pan comido... esto de cuidar de un bebé —había vuelto a decir él, sonriendo mientras acostaba a la niña en la cuna.

Treinta segundos más tarde la pequeña había empezado a llorar. No hacía más que encoger las rodillas hacia el estómago, como si le doliera.

—A lo mejor necesita que la hagan eructar —dijo Chloe—. Hay un diagrama en una de esas revistas que te enseñan có —
mo hay que hacerlo.

Siguiendo las instrucciones al pie de la letra, había colocado a Lucy sobre su regazo y le había sujetado la barriguita con firmeza mientras le frotaba la espalda, pero no había funcionado, y pasear con ella en brazos por la habitación tampoco había tenido mucho éxito.

Aunque la puerta del cuarto de baño estuviera cerrada, el llanto de la niña se oía claramente. Chloe le dio una generosa propina al camarero.

—Muchas gracias —el hombre tenía los ojos muy abiertos, llenos de curiosidad, y lanzó más de una mirada de preocupación en dirección al cuarto de baño.

—Tiene gases —le dijo Chloe en el tono de experta que bien debía de tener una matrona—. Pronto se calmará.

El hombre asintió con la cabeza y se marchó. Chloe cruzó los dedos para que no les llamaran la atención por hacer tanto ruido.

Cuando abrió la puerta del cuarto de baño, Zac parecía algo preocupado. El llanto de Lucy, por suerte, había remitido hasta convertirse en un constante gemido.

—¿Crees que va se va a calmar?

Zac se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. A partir de este momento admito mi absoluta ignorancia y retiro todo lo que dije sobre las niñeras. Sea lo que sea lo que les paguen, no es suficiente.

Chloe no pudo evitar sonreír.

—La cena huele muy bien —dijo él, mirando hacia el carrito que había dejado el servicio de habitaciones.

—Lo sé. Me suenan las tripas.

Zac había pedido cordero griego para los dos y Chloe no creía haber olido nada tan exquisito jamás.

—Me pregunto cuándo podremos ponernos a comer.

En ese momento Lucy levantó una rodilla de nuevo y dejó escapar otro sollozo desgarrador.

—Definitivamente le duele algo —dijo Zac—. Deberíamos llamar a alguien. ¿Crees que haya una línea de asistencia?

—Estoy segura de que solo son cólicos —Chloe habló con más calma de la que sentía en realidad—. Se supone que el final de la tarde es el peor momento para eso.

—¿Será culpa mía? A lo mejor sujeté mal el biberón.

—No. A ver... Déjame sujetarla. Tú come. Se está enfriando.

—No. No. Come tú primero.

Chloe sacudió la cabeza. No era capaz de comer viendo a la niña tan agitada.

—A lo mejor deberíamos probar a cambiarla de nuevo.

Al final fueron comiendo uno a uno, turnándose para pasear por la habitación con el bebé en brazos. La niña dejó de llorar varias veces y finalmente pareció que se estaba quedando dormida. Incluso llegaron a ponerla en la cuna, pero la pequeña volvió a despertarse de nuevo y comenzó a llorar más fuerte que nunca.

Continuó llorando a ratos hasta que llegó la hora de alimentarla de nuevo. Esa vez, cuando la cambiaron, se encontraron con el primer pañal sucio, pero Zac Corrigan no hizo ni la más mínima mueca de rechazo, sino que se puso manos a la obra con las toallitas de inmediato. Esa vez insistió en que fuera ella quien le diera el biberón y Chloe se aseguró de que la niña no engullera el líquido a toda prisa, parando de vez en cuando para dejarla eructar.

Cuando por fin se alejaron de puntillas de la cuna, Lucy estaba profundamente dormida. Al ver que el silencio se mantenía, ambos dejaron escapar un suspiro de alivio.

Era la felicidad.

Zac y Chloe intercambiaron sonrisas de cansancio.

—Estoy destrozado —admitió él—. Esperaba poder reponerme un poco tomándome otra copa de ese vino y un poco de queso, pero ni siquiera tengo fuerzas.

—Ni yo —dijo Chloe—. No si Lucy va a despertarse de nuevo dentro de tres horas más o menos.

Chloe regresó a su dormitorio para darse una ducha y para ponerse el pijama. Cuando volvió Zac ya estaba en la cama y parecía profundamente dormido.

Un ligero ruido hizo despertarse a Chloe. Adormilada, rodó sobre sí misma sin abrir los ojos y entonces se acurrucó bajo las mantas. Todo volvía a estar en silencio. No tenía nada de qué preocuparse.

De repente se oyó otro ruido, esa vez más fuerte.

Chloe se incorporó de golpe, con el corazón en un puño. La habitación estaba a oscuras, pero una lámpara de una esquina

arrojaba suficiente luz como para ver que Zac estaba despierto y sentado en un lado de la cama.

—Me pareció oír algo. ¿Fue Lucy?

—No pasa nada —le dijo él en un susurro—. Duérmete.

—Pero hubo un ruido. ¿Cómo está?

—Está bien. Acabo de darle el biberón.

—¿Le has dado el biberón? —Chloe lo miró, sorprendida—. ¿Quieres decir que lo has hecho todo? ¿Las has cambiado, le has dado de comer y la has hecho eructar?

—Todo.

—¿Qué hace ahora entonces?

—Está durmiendo de nuevo, como un bebé.

Chloe sacudió la cabeza.

—¿Por qué no me despertaste?

—No quería molestarte —Zac bostezó—. Estabas totalmente dormida. Buenas noches. Te veo por la mañana.

Se tumbó de espaldas a ella y se tapó hasta la cabeza.

Chloe estaba demasiado perpleja como para quedarse dormida de nuevo. Casi se había acostumbrado a sentir que él la necesitaba... Con la mirada perdida en la oscuridad que la rodeaba, pensó nuevamente en lo mucho que se había quejado esa mañana cuando él le había propuesto que compartieran habitación. Creía que iba seducirla de nuevo. Se había imaginado a sí misma intentarlo frenarle aunque en realidad no quisiera...

Pero, tal y como él mismo le había dicho, se trataba de un arreglo práctico. Él no había mostrado ni el más mínimo indicio de interés sexual en ella y no podía evitar sentir un poco de vergüenza al recordar lo mucho que había protestado. Zac se había volcado en Lucy, como debía ser, y ella estaba encantada con eso, pero...

No era capaz de volver a dormirse.

Capítulo 8

UNA vez terminó todo, los recuerdos de Zac del funeral de Liv no fueron más que fragmentos. Recordaba el gran vacío que había sentido al entrar en la pequeña iglesia iluminada con velas y luces de Navidad, y llena de gente, sorprendentemente. Pero apenas era capaz de recordar nada de la corta elegía que le había dedicado.

Les dio las gracias a todas las personas que habían asistido y también al padre Tom. Esa misma tarde le había entregado un sobre con una importante donación para la iglesia, esperando poder expresar así la gran gratitud que sentía.

Salir al exterior de la iglesia, sin embargo, fue el peor momento de todos. Despedirse del féretro de su hermana antes de que se lo llevaran fue un instante doloroso que quedaría grabado en su memoria. Zac se sintió como si no pudiera respirar. La garganta le ardía como si se hubiera tragado un puñado de ascuas ardientes. Con una mano temblorosa se sacó del bolsillo un trozo de coral, una de dos piezas que había encontrado en una estantería en la habitación de su hermana. Eran como dos astas blancas en miniatura y Zac las había reconocido de inmediato. Su madre las había recogido en la playa en una ocasión, cuando vivían en la isla. Liv siempre las había llevado consigo.

Colocó una de ellas sobre el féretro.

—Adiós, Liv —dijo, y entonces, cegado por las lágrimas, cerró el puño alrededor de la otra pieza que aún guardaba en su bolsillo.

Al sentir un brazo alrededor del suyo, se volvió hacia Chloe.

—Has estado fenomenal —le dijo ella. Con los ojos llenos de lágrimas le ofreció una sonrisa temblorosa.

Recogió una punta de su bufanda y se la metió por dentro del abrigo antes de darle un cálido beso en la mejilla.

Zac cerró los ojos, conmovido profundamente por ese simple gesto. Otros instantes se borrarían con el tiempo, pero sospechaba que ese quedaría grabado como un tatuaje en su memoria.

Aunque fuera Nochebuena, Skye y el resto de compañeros de piso de Liv insistieron en invitar a todo el mundo a la casa. En cuestión de minutos la casa se llenó de gente joven, incluyendo al padre Tom.

Mientras pasaban tazas de un brebaje de vino caliente y bandejas con aperitivos, Chloe tuvo oportunidad de conocer a un interesante

grupo de británicos con acentos variados, y también a un hombre brasileño y a un pinche de cocina extremadamente apuesto, educado y agradable. Después le presentaron a dos fontaneros polacos con la cabeza totalmente afeitada. Su aspecto era un tanto intimidante, pero en realidad eran muy simpáticos.

Todos los amigos de Liv querían conocer a Lucy, e incluso habían llevado muchos regalos para ella. Eran tantos que Zac iba a necesitar otra maleta. La niña iba de unos brazos a otros y disfrutaba mucho siendo el centro de atención.

—Ha ido muy bien todo —le comentó Zac cuando tomaron el taxi que los llevaría de vuelta al hotel—. No sabía qué me iba a encontrar, pero no podría haber sido mejor.

Chloe guardó silencio. Aún parecía triste, muy triste… y el corazón le dolía por él.

En cuanto llegaron al hotel, Zac se disculpó.

—Tengo un par de asuntos que atender —le dijo en un tono enigmático antes de desaparecer.

Chloe sabía que tenía que recoger el pasaporte de la niña, pero también sabía que probablemente necesitaría un poco de tiempo para estar solo.

A solas con la pequeña, se acurrucó en un butacón y ahí debió de quedarse dormida. Zac la despertó de golpe al regresar.

—Lo siento —le dedicó una sonrisa mientras caminaba de puntillas en dirección a la cuna para ver a la pequeña—. No quería despertarte.

—No importa. ¿Lucy sigue dormida?

—Como una lucecita apagada.

Chloe estiró un poco las extremidades y se incorporó. Zac no solo sonreía, sino que parecía especialmente satisfecho consigo mismo.

Se lo había imaginado vagando por las calles de Londres, sumido en la más profunda tristeza. Sin embargo, su sonrisa parecía más que triunfal en ese momento.

—He recogido el pasaporte de Lucy y ya tengo todo lo de Navidad resuelto.

—¿Cómo? Pensaba que íbamos a tomar pavo y pudin de ciruelas aquí en la habitación.

—No, Chloe. Te mereces algo mejor que eso.

—¿Ah, sí?

—Sí, señorita Meadows.

Zac sonrió con dulzura.

—Has renunciado a tu propia Navidad sin quejarte ni una sola vez, y te mereces pasarlo bien.

Una incertidumbre repentina la hizo ponerse en pie. ¿Qué tenía planeado?

—Zac, no necesito nada especial para Navidad. Ya te he dicho muchas veces que estoy encantada de ayudarte con Lucy.

—No te preocupes por Lucy. Le he conseguido una niñera.

—Pero si a ti no te gustaban las niñeras.

Zac frunció el ceño.

—Creo que nunca me expresé bien en ese sentido —se levantó del butacón y se paró junto a ella—. No me gustan mucho las niñeras, sobre todo si se usan como madres sustitutas, pero esto es distinto. No es justo para ti que tengas que pasar todo el día de Navidad aquí encerrada cuidando del bebé de otra persona.

Los ojos le brillaban.

—Después de todo, te prometí que daríamos un paseo por Londres en Navidad para compensarte por lo de la cena de la empresa.

—Así es —Chloe no pudo evitar sonreír al recordar todo lo que había hecho para preparar el evento.

Solo habían pasado unos pocos días, pero habían cambiado tantas cosas desde entonces.

—En realidad, lo he pensado todo muy bien —dijo Zac—. He pensado en la vuelta a casa. Me he dado cuenta de que no puedo esperar que una mujer se responsabilice de la niña las veinticuatro horas del día. Va a necesitar ayuda.

«Una mujer…».

Se estaba refiriendo a su futura esposa. Chloe sintió un escalofrío repentino. Era como si él hubiera dejado caer una llave helada a lo largo de su espalda.

—Entonces… —dijo Chloe en un tono de tensión, haciendo un esfuerzo por ignorar esa absurda sensación de decepción que la había embargado de repente—. ¿Qué tienes planeado para mañana?

—¿Te encuentras bien, Chloe?

—Sí. Claro.

Dándole la espalda, se detuvo frente a la ventana.

—Chloe, ¿qué pasa? ¿Qué sucede?

Zac estaba justo detrás de ella y no tardaría mucho en descubrir sus lágrimas.

—Yo… yo solo estaba pensando en la Navidad —le dijo ella rápidamente, aferrándose a cualquier excusa.

—Supongo que echas de menos a tus padres.

—Sí —al otro lado de la calle una joven corría por el parque. Llevaba un abrigo rojo y su cabello rubio ondeaba en el aire como un estandarte.

—Chloe…

Sintió la mano de Zac sobre el hombro, pero mantuvo la vista al

frente. La joven del parque corría para encontrarse con un chico, y él corría también. En cualquier momento se abrazarían.

—Estás llorando —Zac soltó el aliento—. Ven aquí —la hizo darse la vuelta hacia él—. Déjame verte.

Chloe sacudió la cabeza. Abrió los ojos en un intento desesperado por contener las lágrimas.

«Me estoy comportando como una idiota», pensaba.

Zac estaba justo delante de ella. Con las manos sobre sus hombros, buscaba su mirada.

—Chloe, ¿qué pasa?

¿Cómo iba a decírselo? Sacudió la cabeza. Quiso levantar la mano para hacerle apartarse, pero antes de que pudiera reaccionar él ya la rodeaba con sus brazos.

—Oh, Chloe.

Sin darse cuenta Chloe se vio aferrada a él, con el rostro apoyado contra su pecho fuerte y reconfortante. Podía oler el ligero aroma de su aftershave. Oía su respiración irregular y el latido de un corazón contra el suyo propio. De repente sintió el roce de sus labios sobre la frente… y bastó con ese pequeño contacto.

Un segundo más tarde ya había sucumbido a sus propios deseos y lo único que quería era que Zac la besara, en los labios, como debía ser. Y si lo hacía, ella le devolvería el beso. Le besaría con fervor, con pasión. Teniéndole tan cerca, sus emociones se convirtieron en un remolino. El deseo ardía en su interior y sabía que la única elección era dejarse llevar por la marea. Una desesperación desconocida se apoderaba de ella.

«Ahora o nunca», decía una voz en su cabeza.

Si Zac la besaba, se rendiría. Se entregaría a él completamente. Nada más importaba.

Y por suerte era como si él acabara de leerle la mente.

Sujetándole la barbilla con una mano, la hizo levantar el rostro y le rozó los labios con los suyos propios. Todo se volvió una locura a su alrededor. El beso se volvió explosivo en una fracción de segundo. Chloe le rodeó el cuello con ambos brazos. Se apretó contra él.

Ninguno de los dos decía nada. Era como si ambos temieran que las palabras pudieran romper el hechizo. La unión que se estaba produciendo entre ellos era pura emoción, ansia, fuego… Se comían a besos y sus manos buscaban y exploraban cada rincón de sus cuerpos. Entrelazados como dos bailarines de tango, cayeron sobre la cama.

Durante un efímero instante, justo cuando caían sobre el colchón, Chloe pensó en dar marcha atrás, pero Zac la miraba fijamente, y tenía esa mirada… una mezcla de sorpresa y deseo que la hacía derretirse.

Deslizó la mano sobre su piel y saltaron llamas allí donde la

tocaba. Puso los labios contra sus pechos y Chloe sintió algo salvaje en su interior que luchaba por liberarse. Toda esperanza de resistencia se desvaneció…

Después, mientras yacían el uno junto al otro, los latidos de sus corazones se volvieron más pausados y el silencio continuó…

Chloe no era capaz de encontrar las palabras adecuadas. ¿Qué iba a decirle a su jefe después de haber compartido una noche de pasión y desenfreno con él? No sin precaución, volvió el rostro hacia él. Él hizo lo mismo. Sus ojos reflejaban el shock que sin duda debía de sentir.

Ambos sabían que eso no debía haber pasado.

—¿Estás… estás bien? —le preguntó Zac tentativamente.

—Sí —le susurró ella.

Él soltó el aliento y emitió un sonido sutil a medio camino entre un suspiro y una risita disimulada.

—Al menos uno de los dos está bien.

¿Qué quería decir con eso? Sabía que debía preguntárselo. Debía decir algo al menos, pero no quería entrar en detalles. Le faltaban las palabras adecuadas. Afortunadamente, Lucy se despertó en ese momento.

Agradeciendo la interrupción, tanto Chloe como Zac se levantaron de la cama cada uno por su lado y comenzaron a ponerse la ropa a toda velocidad.

—Tú calienta el biberón —dijo Chloe mientras se ponía la camisa por la cabeza.

Por suerte ya se había hecho todo un experto en lo del biberón y sabía cómo comprobar la temperatura de la leche poniéndose un poco en la cara interna de la muñeca.

Cuando Chloe le cambió el pañal a la niña y volvió a vestirla, él ya tenía listo el biberón.

—¿Por qué no le das tú de comer? —sugirió Chloe, esquivando su mirada en todo momento—. Yo voy a preparar una taza de té. Y después me cuentas qué tienes pensado para Navidad.

—¿Navidad? —Zac dejó escapar una risita—. Se me había olvidado por completo.

—Y recuerda. No la ahogues —le advirtió Chloe, intentando mantener el tono más aséptico y distante posible.

A Zac le costó concentrarse en la tarea de darle de comer a la pequeña. Tenía demasiadas cosas en las que pensar. Siempre había creído que conocía muy bien a las mujeres y que era todo un experto en seducción. También pensaba que conocía bien a su asistente

personal. Pero se había equivocado en ambas cosas.

No había duda de que había complicado la excelente relación profesional que mantenía con Chloe. Había cometido una gran estupidez y no sabía qué hacer a partir de ese momento. Sí estaba seguro de algo, no obstante. Tendría que pensar la situación con sumo cuidado antes de dar el siguiente paso.

A lo mejor su plan navideño podía convertirse en el paréntesis que necesitaba. Había conseguido dos entradas para el glamuroso banquete de Navidad del hotel, compuesto por seis platos llenos de exquisiteces. Pero lo mejor era que había conseguido una niñera cualificada que se quedaría con la pequeña toda la tarde. Como era de esperar, había tenido que pagar una suma desorbitada para conseguir una cuidadora el día de Navidad, y con tan poco tiempo de antelación, pero gracias a la ayuda del conserje las cosas habían sido mucho más fáciles.

Estaba deseando compartir las buenas noticias con Chloe, pero en ese momento, después de lo ocurrido, todo había pasado a un segundo plano.

Mientras echaba agua caliente sobre las bolsitas de té, Chloe sintió que la cabeza le daba vueltas. ¿Por qué no había sido capaz de recordar que meterse en la cama con Zac no era una opción? Había caído en la trampa más vieja de todas. Había sucumbido a la lujuria y lo había confundido con el amor. ¿Cómo había sido tan tonta?

Zac Corrigan jamás iba a amarla, así que el único final posible era el dolor... La única elección posible en ese momento era aceptar que había cometido un error absurdo y tratar de perdonarse a sí misma por ello. Eso sería lo que Zac esperaría de ella.

Algo más tranquila, Chloe respiró profundamente. Se sentía mucho mejor tras haberlo meditado todo. Tenía que poner en hielo los sentimientos por Zac Corrigan hasta estar de vuelta en Australia, y entonces se sentiría más segura. La sensatez regresaría por sí sola.

La comida, compuesta por unos sándwiches de queso, jamón y tomate, y unos cafés, transcurrió en silencio. El aire estaba cargado de tensión.

—Creo que deberíamos hablar... Ya sabes —dijo Zac al terminarse el segundo sándwich.

Chloe respiró profundamente, buscando coraje.

—Si quieres... Pero no tenemos por qué hacerle la autopsia al muerto.

—¿Y qué te parece si te ofrezco una disculpa?

Ella sacudió la cabeza con timidez. Ambos sabían que había sido algo mutuo.

—Está bien —dijo él, porque no querría disculparme por algo…

Dejó la frase sin terminar, como si las palabras fueran inadecuadas, o demasiado reveladoras.

—A lo mejor era inevitable —dijo Chloe sin mirarlo—. Un chico y una chica en constante cercanía.

Cuando levantó la mirada vio su sonrisa confusa. Sin duda había esperado lágrimas y recriminaciones, pero no le iba a dar ese gusto. Eso ocurriría luego, una vez estuviera a solas.

—Chloe, para que lo sepas, me gustaría decirte que… —vaciló de nuevo—. Es muy difícil expresar esto de la manera adecuada, pero tienes que saber que esa clase de química es bastante rara.

Chloe sintió un calor abrasador en la cara.

—Quizás es mejor que no digamos demasiadas cosas ahora —le dijo.

Él asintió. Una sonrisa cauta le tiraba de la comisura de los labios. Tomó el último sándwich.

—Dejarlo enfriar…

—Sí —Chloe tenía demasiado miedo de delatarse, de echarse a llorar.

—Seguro que es la opción más sensata —dijo Zac. Parecía pensativo, sin embargo, como si estuviera intentando resolver un puzle en el que llevaba tiempo trabajando—. De hecho, para cambiar de tema, me preguntaba si será buena idea desafiar a los elementos y sacar a Lucy a dar un paseo.

La idea era muy buena y Chloe asintió con entusiasmo.

—Creo que todos necesitamos algo de aire fresco. Si le ponemos un gorrito y unos guantes y la envolvemos en otra manta más, no habrá problema.

La idea del paseo les hizo ilusionarse de repente. Las compras navideñas y los adornos podían ser la distracción que necesitaban en ese momento.

—Estoy deseando comprarle algo a Lucy para su primera Navidad —dijo Zac mientras caminaban por Oxford Street—. ¿Tienes alguna idea?

—Esta mañana estuve pensando… Cuando vi que Skye no dejaba de hacer fotos, pensé que sería buena idea empezar a hacerle un álbum e incluir algunas de Londres.

—Bien pensado —dijo Zac.

Esa vez no añadió «señorita Meadows», pero su expresión sí era risueña.

—El álbum de Lucy tiene que empezar aquí mismo, con su primera Navidad.

—Yo les hice fotos a Skye y a sus amigos con mi móvil. Te las mando por correo electrónico, si quieres.

—Estupendo. Sin duda hay que incluirlas.

Definitivamente parecía encantado.

—Entonces lo primero es el álbum, ¿no? ¿Qué más? Liv ya le compró su primer osito de peluche.

—A lo mejor podrías comprarle un calcetín de Navidad aquí, algo que se convierta en una tradición para ella todos los años.

—Suena bien —Zac le sonrió—. No me equivoco al pensar que eres una chica a la que le gustan las tradiciones, ¿no?

—Puede que sí. Sí —repitió.

De repente se quedaron quietos, mirándose y sonriendo en mitad de la tienda, sin darse cuenta de que estaban obstruyendo el paso.

—Creo que quiero comprarle una pequeña pulsera de oro a Lucy —dijo Zac, apartándose—. Recuerdo que Liv tenía una cuando era pequeña.

—¿Con un relicario?

—Sí.

Chloe sonrió.

—Yo también tenía una. Me encantaba, pero la perdí un día que mis vecinos me llevaron a hacer esquí acuático.

Los ojos de Zac brillaron y Chloe tragó en seco. ¿Cómo era tan sensible a esa sonrisa?

—¿Qué pasa? ¿Tengo algo en la cara?

—Intento imaginarte cuando eras pequeña.

El corazón de Chloe dio un vuelco.

—No digas esas cosas. Concéntrate en las compras.

Capítulo 9

EN LA mañana de Navidad, cuando Chloe dijo que quería ir a la iglesia, Zac la sorprendió diciéndole que deseaba acompañarla.

—¿A la iglesia dos días seguidos?

—He estado leyendo mucho sobre la catedral de St Paul's.

Al parecer estaba fascinado por la historia del monumento, reconstruido después del Gran Incendio de Londres de 1666. La catedral también había sobrevivido a la Segunda Guerra Mundial, a pesar de que todos los edificios cercanos hubieran resultado derruidos a causa de las bombas.

—Se ha convertido en un símbolo de resurrección y renacimiento —dijo Zac—. Quiero llevar allí a Lucy en su primera Navidad.

Teniendo en cuenta el milagro de la supervivencia de Lucy, Chloe no pudo ponerle objeciones.

—No le vendrá mal otro paseo, ¿no? —le preguntó él.

—No. De hecho, anoche, después de las compras, estaba mucho mejor.

Cuando Zac miró los horarios de las misas, Chloe llamó a sus padres, que casi habían llegado al fin de su día de Navidad en Australia.

—Ha sido increíble —le dijeron ambos—. Han sido las mejores Navidades, Chloe. El chófer nos llevó a la iglesia y después nos trajo de vuelta para comer y... Dios mío. Deberías haber visto el banquete. Jamás hemos comido tan bien. Por favor, saluda a Zac de nuestra parte.

—Mis padres son tus fans incondicionales ahora —le dijo a Zac al colgar el teléfono.

De repente la idea de salir a dar un paseo con Lucy y con él el día de Navidad la hacía inmensamente feliz.

«Es como si fuerais una familia, pero no te imagines cosas que no son, chica», pensó.

—Tenemos tiempo para los regalos —dijo Zac mientras terminaban de desayunar.

Con una sonrisa inocente fue hacia el armario y sacó un paquete pequeño.

—Espera —Chloe buscó debajo de la cama—. Yo también tengo algo para ti.

También era un pequeño regalo, pero la dependienta había hecho magia envolviendo el obsequio con un papel de rayas verdes y blancas

y un lazo rojo. Lo puso sobre la mesa, delante de Zac, en lugar de dárselo en la mano.

Él, en cambio, no tuvo reparo alguno y le dio un beso en la mejilla al entregarle el regalo.

—Feliz Navidad, Chloe.

—Gracias —Chloe sabía que no podía negarse a devolverle el beso, pero lo hizo tan rápidamente que apenas le rozó la mejilla—. Y feliz Navidad para ti también —miró el regalo que le había puesto sobre la mesa.

—¡Gracias! —Zac se sentía tan contento.

No recordaba unas Navidades tan felices en mucho tiempo. Como no tenía familia cercana, normalmente solía pasar esa época del año solo.

De repente sintió una punzada de dolor en el pecho.

—¿No vas a abrirlo? —Zac ya había soltado el lazo rojo y estaba rompiendo el papel.

—Sí. Claro —su regalo estaba envuelto en papel rosado y plateado —. Pero está tan bonito que me da pena romperlo.

Zac sonrió de oreja a oreja.

—Adelante. A por ello. Te reto.

Chloe se rio. Estaba mucho más contenta de lo que debería haber estado en realidad, pero un regalo personal de Zac era toda una novedad.

Había una cajita dentro del papel y parecía una caja de joyería. El corazón de Chloe revoloteó como una mariposa. Miró a Zac un instante para ver si ya había abierto su regalo.

Él la observaba con una sonrisa.

—Tú primero.

—Muy bien —con las mejillas rojas, Chloe levantó la ta—
pa.

Dentro había una pulsera de oro con un relicario en forma de corazón.

—Oh, Zac, es precioso. Es como el de Lucy.

—Una versión para mujer, espero.

—Sí. Es muy de mujer.

A diferencia de la pulsera de la pequeña, la suya era maciza y debía de haberle costado una pequeña fortuna.

—Estuve a punto de comprarte un collar, pero sabía que habías perdido tu pulsera cuando eras una niña —dejó escapar una risita y se encogió de hombros—. Pensé que te gustaría reemplazarla.

Chloe sintió que le ardían las mejillas.

—Me encantará llevarla puesta. Gracias.

En la muñeca le quedaba perfecta. Realzaba su tono de piel y la hacía sentir muy glamurosa.

Miró la cajita que Zac tenía en las manos.

—Ahora te toca.

—Ah, sí...

Chloe contuvo el aliento mientras abría la caja que contenía los gemelos de plata que le había comprado. Sus ojos emitieron un destello al ver la forma que tenían. Su sonrisa se hizo radiante.

—¡Tortugas marinas! Te acordaste.

—Me encantó todo lo que me contaste sobre vivir en una isla y me gustó mucho este diseño. Me pareció elegante, pero gracioso al mismo tiempo. Además, pensé que te traería buenos recuerdos.

—Sí. Claro. Por supuesto. Son preciosos.

De repente pareció que tenía intención de abrazarla, pero finalmente prefirió optar por el camino más cauto.

—Muchas gracias, Chloe —dijo sin más.

Sus ojos, sin embargo, volvían a tener esa mirada, la que le demostraba que recordaba cada detalle de la pasión que habían compartido.

—Me siento con la energía renovada después de cantar todos esos villancicos. Me han puesto muy alegre —Zac estaba de muy buen humor cuando regresaron a la habitación del hotel—. Estoy listo para comer, beber y pasarlo bien.

Chloe sabía lo que quería decir con eso. La maravillosa música de la catedral le había alimentado el alma y una cena de Navidad en un lujoso hotel era el broche de oro para un día redondo. Su comentario, no obstante, había desatado pensamientos que no quería tener en ese momento, y por eso prefirió mantenerse lo más ocupada posible escribiendo notas de instrucciones para la niñera y preparando todo lo que Lucy pudiera necesitar durante su ausencia.

—Al menos vamos a estar muy cerca, así que la niñera puede llamarnos si tiene algún problema.

Zac hizo una mueca.

—Yo preferiría que no llamara.

—Tenemos que dejarle un número de teléfono, Zac.

—Oh, si insistes —la sonrisa de Zac se volvió juguetona de nuevo y entonces fue hacia la cuna—. Ve y arréglate. Yo voy a tener una charla con esta pequeña. Ya es hora de que le dé su primer sermón. Tiene que entender que tiene que portarse bien.

Para Chloe entrar en esa sala de banquetes fue como entrar en el salón comedor de un palacio real. Había tantas cosas maravillosas... El techo, inalcanzablemente alto, descansaba sobre flamantes paredes

rojas con enormes espejos que reflejaban todo el esplendor del lugar. Había un gigantesco árbol de Navidad cubierto de luces en un rincón y las velas estaban por todas partes, colocadas en soportes de cristal. Las arañas que colgaban del techo eran todo un derroche de opulencia. En el medio de la estancia había largas mesas cubiertas por manteles de cuadros escoceses de color rojo. La cubertería de plata y la cristalería centelleaban bajo las luces.

Con una copa de ponche navideño en la mano y la pulsera de Zac en la muñeca, Chloe jamás se había sentido tan glamurosa y segura de sí misma. Lo había pasado tan bien. Habían conocido a un grupo de neozelandeses, a una encantadora pareja canadiense que había viajado a Inglaterra para localizar a sus familiares, y también a dos ancianos hermanos escoceses que al parecer pasaban todas las Navidades en el hotel.

Incluso habían conocido a una famosa autora americana llamada Gloria Hart que iba acompañada por un hombre mucho más joven al que había presentado como su compañero sentimental. Chloe había leído algunos libros suyos, así que conocerla había sido toda una experiencia.

La escritora no hacía más que mirar a Zac, y aunque mantuviera a su novio bien atado, no dejaba de hacerle ojitos.

—Me encanta su novio, joven —le dijo a Chloe en un momento dado—. Casi estoy celosa.

—Ah, pero yo no estoy disponible —dijo Zac en un tono galante al tiempo que rodeaba a Chloe con el brazo y le da—
ba un beso en la mejilla.

Chloe solo pudo esperar que la sonrisa no le fallara. Zac no tenía ni idea de la reacción que ese simple gesto desencadenaba en ella.

Cuando abrieron el champán todos tomaron asiento frente a la mesa y se acomodaron para disfrutar de un festín verdaderamente sensacional. Afortunadamente los platos no llegaban uno tras otro y había tiempo de sobra para conversar, contar historias y socializarse. Como siempre, Zac reclamó la mayor cuota de atención femenina, pero también charló con los hombres. Además, estuvo pendiente de Chloe durante toda la tarde.

Al igual que había hecho Gloria Hart, todos daban por sentado que eran una pareja. Chloe había estado a punto de aclarar el error, pero entonces había visto la mirada de Zac, esa sonrisa sutil que parecía una advertencia...

«¿Qué tiene de malo ese pequeño malentendido?», casi podía oírle decir.

Ojalá hubiera disfrutado más de esa pequeña obra de teatro. Ojalá le hubiera importado menos que no fuera real.

Como era de esperar, cuando explicó por qué enviaba mensajes de

texto continuamente a la niñera, todo el mundo pensó que ellos eran los padres de Lucy.

—Es increíble que hayas recuperado la figura tan rápido —comentó una mujer.

Chloe sonrió a modo de agradecimiento y evitó la mirada de Zac a toda costa.

Mientras esperaban uno de los platos, la gente se puso en pie y comenzó a moverse. Zac regresó a la habitación del hotel en dos ocasiones, para ver cómo estaba Lucy. Chloe se alegraba de verle tan volcado con la pequeña.

La segunda vez que fue a la habitación fue justo antes de que sirvieran el café. Cuando regresó, se acercó a ella para decirle algo al oído.

—Quiero enseñarte algo.

—¿Qué?

La sonrisa que tenía en el rostro era de esas que la hacían sentir un nudo en el estómago.

—Ven a verlo por ti misma.

La agarró de la mano y la llevó hasta el otro extremo de la sala.

—Mira.

Chloe miró y contuvo el aliento.

Fuera todo estaba oscuro, pero las luces de la calle y de los edificios captaban la lenta caída de blancos copos de nieve. Era nieve, nieve de verdad, posándose delicadamente sobre las cornisas, los alféizares de las ventanas, las ramas de los árboles…

—¡Vaya! —exclamó, asiendo la mano de Zac con más fuerza—. Nunca antes había visto la nieve. Es precioso.

—Pensé que te gustaría verlo.

—Oh, Zac. Es increíble. Es el broche perfecto para un día perfecto.

—No sé cuánto va a durar. Yo voto porque nos saltemos el café y salgamos para bailar bajo la nieve.

—Sí. Me encantaría, pero tenemos que recoger los abrigos y los guantes.

—Todo está solucionado. Los recogí cuando subí a ver a Lucy.

—Lucy —se me olvidó preguntarte—. ¿Está bien?

—Está muy bien, Chloe. El sermón hizo efecto. Aprende rápido —Zac la agarró del brazo y tiró de ella—. Vamos.

Se despidieron de los invitados.

—Está nevando —explicó Chloe—. Me temo que nunca antes había visto la nieve, así que vamos a salir. Quiero disfrutar de la experiencia.

—Oh, adelante, joven —dijo uno de los ancianos escoceses—. Aunque debería advertirle que en Londres no nieva de verdad.

—Zac, no dejes que se te enfríe Chloe —dijo Gloria Hart.

Entre risas se despidieron de todos.

—Adiós. Un placer conocerles. ¡Feliz Navidad! —les decían todos.

Chloe no pensaba que el día de Navidad pudiera mejorar todavía más, pero en ese momento flotaba de felicidad. Zac la rodeó con el brazo y caminaron juntos por el parque mientras la nieve caía suavemente a su alrededor.

—Sé que muy pronto voy a despertarme —le dijo ella, abriendo la mano para capturar los copos de nieve con el guante rojo que llevaba —. Esto es mágico. Es demasiado bueno para ser verdad.

—A lo mejor no dura mucho así de bonito, y por eso quería que lo vieras enseguida.

Chloe miró hacia el hotel. Desde donde estaban se divisaba el enorme ventanal del salón comedor. Las luces del árbol parpadeaban y la gente se movía sin cesar.

—Gracias por traerme aquí. No hubiera querido perderme esto.

—Yo tampoco —le dijo Zac en un tono misterioso y con una sonrisa tímida.

—Bueno, ya que no me has puesto en tu lista negra, Chloe, me gustaría hacerte una propuesta —le dijo Zac cuando llegaron al extremo más alejado del parque, justo antes de dar la vuelta.

Chloe frunció el ceño. Había algo en su tono de voz, cuidadoso y cauto, que le restaba brillo a esa felicidad que sentía. Pensando a toda velocidad, trató de anticipar de qué se trataba. Sin duda debía de ser algo relacionado con el trabajo, o con Lucy, o con Marissa Johnson. Solo esperaba que no se tratara de esa última posibilidad, no en ese momento, no ese día.

—¿De qué clase de propuesta se trata?

—Bueno, se trata de una proposición de matrimonio.

Chloe sintió que su corazón dejaba de latir un instante.

—¿La proposición para Marissa?

Él se detuvo de repente.

—No, Chloe. Esto no tiene nada que ver con Marissa.

Estaba frente a ella, cerrándole el paso. Blancos copos de nieve caían sobre su cabello negro y brillante.

—Quiero pedirte que te cases conmigo.

Chloe trató de respirar mientras lo miraba fijamente. Un ciclón de emociones giraba como un remolino en su interior, removiendo todas esas cosas que siempre había sentido por él a lo largo del tiempo. Se estremeció por dentro.

—No juegues, por favor. Hoy no, Zac. Por favor, no digas tonterías.

Él sacudió la cabeza.

—¿Por qué piensas siempre que estoy jugando? Hablo muy en serio. Piénsalo, Chloe. Tiene sentido.

—¿Sentido? —Chloe sintió que los ojos le escocían, y no era del frío.

—Yo pensaba que siempre te gustaba ser sensata.

«Oh, por favor, Zac. ¿A cuántas chicas conoces que sean capaces de ser sensatas cuando se trata de amor?», pensó para sí.

—¿Por qué es esto una opción sensata? ¿Porque yo cumplo con casi todos los requisitos de tu lista?

Zac pareció sorprendido.

—¿Casi todos los requisitos? Chloe, cumples con todos los requisitos. De hecho, he tenido que añadir algunos más en la lista por ti. Eres una chica increíble.

—Y soy tan buena con Lucy —añadió ella.

La sonrisa de Zac fluctuó.

—Bueno, sí —dijo, como si fuera una obviedad.

Chloe no pudo evitar un suspiro lento y pesado.

«Por favor, por favor, no quiero llorar», pensó.

Zac estaba muy quieto, observándola con ojos inquietos.

—Creo que he empeorado las cosas, ¿no?

Conteniendo las lágrimas, Chloe gesticuló con las manos.

—A lo mejor te dejaste llevar un poco después del banquete, cuando todo el mundo dio por sentado que estábamos casados.

Con las manos metidas en los bolsillos, Zac echó atrás la cabeza y miró hacia el cielo oscuro. Suspiró y soltó el aliento poco a poco, formando una blanca nube frente a su rostro.

—No seas dura conmigo, Chloe.

De repente la pulsera que le había regalado parecía más pesada que nunca. Le recordaba la felicidad que habían compartido esa mañana. Era una pena que las cosas se hubieran puesto tan tensas, que estuvieran a punto de un enfrentamiento.

—¿Puedo hacerte una pregunta difícil, Zac?

Él pareció titubear, pero finalmente asintió.

—¿De verdad estás enamorado de mí?

—¿De verdad? —repitió él. Parecía más preocupado que nunca.

—No tiene sentido mentir —dijo ella con valentía—. Sé que llevamos todo el día mintiéndole a todo el mundo, pero ahora necesito sinceridad.

Se produjo un largo silencio incómodo. Zac se quedó mirándola unos segundos. Sus ojos grises reflejaban una gran incertidumbre. Trató de esbozar una sonrisa, pero no pudo.

—Te dije que no creo en el «amor» —dibujó las comillas con los dedos—. Me temo que esa es la verdad. Creo que el amor es una ilusión peligrosa.

Levantando las manos con las palmas hacia arriba, como si intentara mostrarle su inocencia, sonrió.

—Pero me gustas de verdad, Chloe. Como te he dicho antes, creo que eres una persona extraordinaria. Y no puedes negar que hay una química increíble.

Chloe dejó escapar una risita nerviosa y triste.

Zac la observó con atención.

—Bueno... entiendo que eso es un «no».

Chloe se sintió como si el tiempo acabara de detenerse. Se sentía dividida. Sabía que esa era su gran oportunidad para ser valiente y atrevida, pero... ¿Qué podía esperar de él?

Zac Corrigan le daría una vida acomodada, divertida y emocionante... hasta que se cansara de ella. Sabía cómo era con las mujeres y ella necesitaba a alguien que fuera capaz de decir esas palabras tan odiadas por la mayoría de los hombres.

«Te quiero».

—Lo siento —le dijo, conteniendo las lágrimas—. Sigo siendo una idealista, una romántica, supongo.

—¿Entonces quieres una declaración de amor verdadero, aparte de sinceridad absoluta? ¿Y quieres que las dos cosas vengan del mismo hombre?

Zac sacudió la cabeza. Era evidente que creía que estaba pidiendo algo imposible.

Inevitablemente el día terminó con una nota triste. Chloe no sintió un brazo reconfortante alrededor de los hombros cuando regresaban al hotel. Tras sacudirse la nieve de los abrigos, tomaron el ascensor rumbo a las habitaciones. Lucy estaba profundamente dormida y la niñera estaba a punto de ver el mensaje navideño de la reina.

Vieron la retransmisión con ella y después la joven se marchó, no sin reticencia. Al parecer había pasado una tarde maravillosa cuidando a la niña.

Chloe fue la siguiente en marcharse. Se retiró a su dormitorio, se quitó el maquillaje y el vestido rojo. Volvió a meter la pulsera de oro en su cajita y la guardó en su ya atestada maleta. Después añadió el vestido, doblándolo con cuidado dentro de su papel de seda.

Aunque quisiera llorar, se obligó a sí misma a mantener la fuerza mientras se lavaba los dientes y se cepillaba el cabello.

De repente oyó un pequeño grito proveniente de la habitación contigua. Lucy se había despertado. No quería volver a ver a Zac hasta el día siguiente, pero decidió regresar para ayudarlo a darle la comida a la niña. Normalmente era a esa hora cuando más gases tenía la pequeña.

Ese día, sin embargo, se quedó tranquila rápidamente, pero Chloe no fue a sentarse junto a Zac para charlar un rato mientras tomaban la habitual taza de té.

—Voy a preparar la maleta de Lucy —dijo ella, consciente de que tendrían que salir hacia Heathrow nada más desayunar.

—¿Puedo ayudarte con algo?

—No. Yo me ocupo —murmuró Chloe, esquivando su mirada—. Tengo una lista.

Él esbozó una sonrisa irónica.

Chloe estaba tan ansiosa y triste que sintió un gran alivio al encontrar una excusa para mantenerse ocupada, recogiendo cosas como calcetines de bebé, un babero... Llenó una bolsa de mano con biberones, pañales, toallitas y varias mudas de ropa. Después comprobó los pasaportes y los documentos de viaje.

—Yo ya he mirado todo eso —le dijo Zac.

—Pero no tiene nada de malo comprobarlo todo de nuevo.

Habiendo rechazado su propuesta de matrimonio, Chloe sabía que la última noche en Londres se había estropeado del todo. Solo deseaba partir rumbo a casa cuanto antes. Quería llegar a su hogar, ver a sus padres, volver a la normalidad lo antes posible. En cuanto se sintiera en casa, sería capaz de dejar atrás la experiencia de Londres. Una vez más volvería a ser simplemente la secretaria de Zac Corrigan, la asistente eficiente e invisible que mantendría a raya a sus insistentes novias.

Capítulo 10

ZAC comenzaba a sospechar que Lucy se estaba percatando de lo que ocurría entre ellos. Esa noche tanto Chloe como él estaban tensos como cables eléctricos, y la pequeña estaba más intranquila que nunca después de la toma de leche.

No se durmió hasta poco antes de medianoche.

—Vamos a tener un viaje horrible si mañana por la noche está igual que hoy —dijo Chloe en un tono de cansancio.

—Ayudará un poco si los dos estamos relajados.

—¿Relajados?

La palabra salió de los labios de Chloe como una bala disparada por un rifle. Por el rabillo del ojo Zac vio encogerse a la pequeña.

—Mira... —le dijo a Chloe, suspirando—. Te pido disculpas si te he arruinado la Navidad. Sé que te he molestado.

—No me has molestado. Estoy bien —Chloe abrió los ojos mientras hablaba. Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

Ella se encogió de hombros con impaciencia.

—Seguramente sea mejor que duerma en mi propia habitación.

—¿De verdad crees que eso va a ayudar en algo?

—¿Ayudar en qué? —exclamó ella, frunciendo el ceño.

—Ayúdanos —le dijo Zac, intentando tener paciencia—. Esta tensión constante...

De repente pensó en ese viaje de veinticuatro horas. ¿Cómo iban a aguantarlo sin aclarar lo que la tenía tan inquieta?

Al menos Chloe asintió con la cabeza, como si reconociera que tenía razón. Se apoyó contra la puerta y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Entonces me estás diciendo que hablemos de nuestra relación, o más bien de nuestra «no relación»?

—Bueno, desde mi experiencia, hablar las cosas suele ser lo que quieren las chicas.

Ella sonrió y Zac tuvo que aguantar las ganas de salvar la distancia que le separaba de ella para estrecharla entre sus brazos.

—Pero, ¿de qué tenemos que hablar? —preguntó Chloe.

—Para serte sincero, no estoy del todo seguro, pero sí estoy seguro de que no va a ser posible si sigues al otro lado de ese muro.

Ella levantó las manos e hizo un claro gesto de rendición.

—Muy bien. De acuerdo. Me quedo aquí. En realidad estoy muy

cansada.

—La charla no es obligatoria —le dijo Zac, sintiéndose absurdamente victorioso.

Sin embargo, una vez se acostaron en sus respectivas camas, pudo ver que ella permanecía boca arriba, con las manos entrelazadas debajo de la cabeza, con la vista fija en el techo.

—Bueno, ¿de qué quieres hablar? —dijo de repente en la penumbra.

La desconfianza que teñía su tono de voz era inconfundible.

Zac no pudo evitar sonreír para sí mismo.

—Creía que debía ser yo quien hiciera esa pregunta.

—Pero ya te lo he dicho. Yo no tengo ningún problema. Estoy bien.

Era evidente que eso no era del todo cierto. No había hecho más que hacer cosas a toda velocidad desde que habían llegado del parque. Parecía un muñeco acelerado.

—Pero tengo que admitir que no te entiendo —añadió ella.

A Zac ya le habían hecho ese comentario. De hecho, las mujeres con las que salía lo decían con cierta regularidad.

—Quiero decir… que no entiendo por qué estás tan convencido de que enamorarse no es más que un cuento de hadas.

Estaba claro que no iba a dejar atrás ese tema. Sin duda era eso lo que generaba toda su tensión.

—Bueno, de acuerdo. Convénceme de lo contrario. Entiendo que tienes una amplia experiencia en cuanto a enamorarse se refiere.

—No sé si es amplia, pero sí que estaba enamorada de mi prometido.

Zac sintió la bofetada de la sorpresa más absoluta. ¿Cómo era posible que jamás hubiera sabido nada de ese prometido? ¿Y por qué ella no le había dicho nada de él al rechazar su propuesta tan rápidamente y con tanta decisión?

—No… no sabía que estabas comprometida —dijo, tartamudeando.

—Ya no. Mi prometido murió.

Zac se quedó sin palabras durante unos segundos.

—Dios. Lo siento mucho. No tenía ni idea.

—No tenías por qué saberlo. Todo ocurrió antes de que yo empezara a trabajar para ti.

—De acuerdo —Zac tragó en seco, tratando de asimilar la noticia —. ¿Puedo preguntarte qué pasó?

—Sam era soldado… de las Fuerzas Especiales. Lo mataron en Afganistán.

Zac masculló un juramento y entonces le ofreció una disculpa atropellada.

—No tenía ni idea —repitió, casi avergonzado.

—No me gusta hablar de ello.

—No. Supongo que debe de ser muy duro.

La oyó suspirar.

—Yo me quedé destrozada cuando ocurrió. Y es por eso que regresé a casa a vivir con mis padres. No quería salir como la gente joven. Solo quería esconderme y… llorar. Supongo que no fue una reacción muy sana.

—Pero es comprensible.

Oyó el roce de las sábanas cuando ella se volvió hacia él.

—Bueno, sea como sea, sí que quería a Sam. Para mí todo era muy real, una emoción de la que no podía escapar. Supongo que fue una atracción de opuestos, pero funcionó para nosotros. Fuimos muy felices y teníamos planes de formar una familia y todo eso.

—Eso es… muy bonito.

Zac no sabía qué decir, pero pensar en Chloe y en su soldado le hacía sentir unos extraños celos, una profunda tristeza…

En ese momento entendía por qué ella le había rechazado. Había pensado que solo quería una madre para Lucy. Debería haber expresado sus sentimientos con más sinceridad, pero, teniendo en cuenta todo lo que había vivido, cualquier cosa que pudiera ofrecerle palidecería en comparación con esa historia de amor con mayúsculas que había vivido junto a su héroe de guerra.

—¿Estás dormido, Zac? —la voz de Chloe le arrancó de sus pensamientos.

—Lo siento. ¿Me decías algo?

—Ahora que te he contado mi historia, te preguntaba por ti. ¿Vas a seguir diciéndome que nunca te has enamorado?

La mente de Zac se remontó a aquel momento del pasado, cuando había sido un joven enamorado, con la cabeza llena de sueños y el corazón lleno de esperanza hasta que…

Pero él nunca hablaba de esas cosas. Había luchado con mucha fuerza para dejarlo todo atrás y no quería volver a ese lugar de nuevo.

Chloe, sin embargo, parecía esperar una respuesta.

—Bueno, sí. Estuve enamorado —le dijo con un falso entusiasmo —. Cientos de veces.

Sus palabras fueron recibidas con un silencio profundo.

—Esa es justo la clase de respuesta que esperaba de ti —le dijo ella finalmente y entonces le dio la espalda—. Buenas noches, Zac.

El vuelo estaba programado para el mediodía y ambos estaban nerviosos por Lucy. No sabían cómo se comportaría durante tantas y tantas horas de vuelo.

Sus miedos resultaron infundados, no obstante. Mientras estuvo despierta, la niña recibió todas las atenciones de las azafatas con alegría y finalmente se quedó dormida con el ronroneo de los motores.

—Es preciosa y es una niña muy buena —le dijeron varias pasajeras a Chloe—. Qué suerte tienes.

A juzgar por lo mucho que sus miradas se desviaban hacia Zac, era evidente que le incluían en su lote de suerte.

Como no podía ser de otra manera, Chloe les dio las gracias una y otra vez y evitó tener que explicar que no era la madre de Lucy ni la esposa de Zac. Después, sin embargo, no pudo evitar sentir esa profunda sensación de vacío que la embargaba, y también ese molesto arrepentimiento y esas dudas que la habían atormentado desde el momento en que había rechazado la propuesta de Zac.

—Me muero por saber qué piensas.

Chloe se sonrojó.

—¿Disculpa?

Él se inclinó más hacia ella.

—Tienes esa cara de preocupación, señorita Meadows. Me preguntaba qué te tiene tan inquieta.

Chloe no sabía qué decir.

—Eh... No estaba pensando en nada en particular.

—Qué suerte —murmuró Zac, acercándose aún más.

—¿Por qué tengo suerte?

—No te estás atormentando como yo. No puedo dejar de pensar en las ganas que tengo de besarte.

—Zac, no digas tonterías. No puedes empezar a besar a alguien así en un avión.

Chloe se preguntó si ya no le importaba que hubiera rechazado su oferta.

—¿Y por qué no? —le preguntó él con una de esas sonrisas ganadoras suyas—. Han atenuado las luces y nadie nos mira.

La idea era muy tentadora...

—Tú también quieres, ¿no?

—No —susurró Chloe, sabiendo que no sonaba muy convincente.

Cuando Zac se acercó aún más y le rozó la mejilla con los labios, sintió que todo su cuerpo sonreía. De manera instintiva, cerró los ojos y se volvió hacia él de manera que sus labios casi lo tocaran, pero sin llegar a hacerlo del todo.

Zac no necesitó una invitación más clara. Sus labios rozaron los de Chloe con suavidad, dándole un beso tan sutil como un susurro que desató ondas de placer por todo su cuerpo. Chloe entreabrió la boca, dejando que entrara su lengua.

—Mmm... —emitiendo un sonido cercano a un gemido de deseo, Chloe se acercó a él todo lo que pudo y comenzó a besarla con más

fuerza… perdiéndose en su fuerza, su sabor, su olor…

—Te quiero —susurró él, desencadenando una marea de placer que la recorrería de pies a cabeza.

Todo estaba bien después de todo. Estaba bien amar a Zac. No tenía por qué contenerse. Le agarró del cuello para apoyarse mejor y entonces comenzó a rozarle el muslo con una pierna, sucumbiendo a ese anhelo ardiente que la consumía.

—¿Chloe?

La voz de Zac sonó demasiado alta en su oído.

Chloe parpadeó. Tenía la cabeza apoyada sobre el hombro de Zac y le rodeaba la nuca con el brazo. Había enroscado la pierna alrededor de su muslo. Cuando retrocedió para mirarlo a la cara, él la observaba con una sonrisa de confusión.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó ella.

—Creo que te has quedado dormida.

¿Acaso había sido un sueño? Con las mejillas encendidas de pura vergüenza, Chloe apartó la mano y volvió a sentarse bien.

—Yo… Yo lo siento mucho. No sé qué pasó —escondió el rostro entre las manos.

—Oye, no te preocupes. Ojalá no te hubiera despertado.

Chloe lo miró.

—¿Cuánto tiempo…?

—¿Cuánto tiempo has estado encima de mí?

Chloe se encogió por dentro.

—Sí.

—Unos diez minutos nada más. Yo diría que solo pasaron unas doce personas por aquí.

Ella lo miró a los ojos, horrorizada.

—¿Me han visto?

Zac sonreía de oreja a oreja y Chloe se dio cuenta de que estaba bromeando.

—Eres una rata mentirosa, Zac Corrigan —le dijo ella, golpeándolo en el brazo.

La vergüenza persistió, no obstante. Aunque nadie se hubiera dado cuenta de lo que había hecho, él sí lo sabía. Y había tenido suerte porque no le había pedido una explicación. ¿Qué podría estar pensando de ella en ese momento?

Ya estaban sobrevolando suelo australiano, pero aún faltaban algunas horas para que el avión llegara a Brisbane.

Chloe acababa de regresar de la salita donde podía cambiar al bebé y Zac la esperaba con el biberón que le había calentado la azafata.

—¿Quieres hacer los honores? —le preguntó ella.

—Claro.

Zac extendió los brazos para recibir al bebé. Sus labios dibujaron la sonrisa más enternecedora.

—Ya sabes —dijo, colocándola sobre su regazo y poniéndole el biberón entre los labios—. No quisiera tener que hacer esto solo cuando lleguemos a casa. No será lo mismo sin tu ayuda.

Chloe cerró los ojos para soportar la punzada de dolor que había generado su comentario. Ella también iba a echarle de menos, más de lo que hubiera imaginado jamás. En momentos como ese, la tentación de cambiar de idea respecto a su propuesta era demasiado grande.

Pensó en Sam, en todas las cosas que la había hecho sentir, en todas las formas en que le había demostrado que la amaba... No habían sido más que pequeñas cosas, detalles, invitaciones por sorpresa, la forma en que la abrazaba. Pero en realidad todos esos gestos no eran tan distintos del comportamiento de Zac, y lo que más la inquietaba era que había instantes en los que se sentía más cerca de Zac de lo que jamás lo había estado de Sam.

Pero Zac Corrigan creía que el amor no era más que una absurda ilusión, y esa era la cruda realidad.

—Ya encontrarás a alguien que te ayude.

—Pero no enseguida. Me llevará un tiempo.

—Bueno, sí. Ni siquiera tú podrás preparar una boda en menos de una semana. Vas a tener que contratar a una niñera mientras tanto.

—Y eso no va a ser fácil en la semana entre Navidad y fin de año.

Chloe lo miró de reojo.

—Te las arreglarás.

—¿Entonces no lo vas a pensar siquiera?

—¿Pensar qué?

—Ayudarme unos días más.

Chloe debería haberse preparado, pero después de la forma en que le había rechazado, jamás hubiera pensado que fuera a insistir de nuevo.

—¿Chloe?

—No lo sé. Estoy pensando.

—Tengo muchos dormitorios —dijo él, dedicándole una de sus sonrisas perfectas—. Podrías tener tu propia habitación y podríamos poner a Lucy en la habitación de al lado.

—¿Y dónde estarías tú?

—Un poco más adelante, en el mismo pasillo —añadió, poniendo su sonrisa de oro—. No me cruzaría en tu camino, pero estaría lo bastante cerca para ayudarte si lo necesitas.

—¿Cuál es tu plan, Zac? ¿Sigues pensando en...?

Chloe vio un destello enigmático en sus ojos. Su rostro, en cambio,

no revelaba nada.

—Sigo pensando que esa es la mejor opción.

—¿Y Marissa es la mejor candidata?

—Sí, supongo que sí —su tono de voz indicaba que aún tenía que pensarlo un poco más—. Pero sé que tendré que esforzarme bastante para convencerla. En este momento ni siquiera sé si estará disponible.

—Entonces podría llevar algo de tiempo...

Zac dejó el biberón del bebé sobre la bandeja y colocó a Lucy sobre su hombro para ayudarla a sacar los gases.

—No esperaría que te quedaras en mi casa por mucho tiempo, Chloe. Solo serían una noche o dos, hasta que me organice un poco.

—Mis padres...

—Tus padres pueden quedarse todo el tiempo que quieran en el hotel, siempre y cuando estén disfrutando la estancia.

—Oh, la están disfrutando mucho.

—Entonces, ¿vas a pensar en ello?

Lo último que Chloe necesitaba era pasar más tiempo en compañía de Zac. Lo que necesitaba era poner distancia, tiempo y espacio para aclarar las ideas y las emociones, pero entonces miró a Lucy. Zac la había colocado sobre su regazo y la niña se había hecho un ovillo alrededor de su enorme mano mientras él le frotaba la espalda con suavidad.

—Me pregunto si a Marissa le gustarán los bebés.

Zac arqueó una ceja.

—No tengo ni idea. Creo que esa es una de las muchas cosas que tendré que preguntarle.

Chloe nunca había estado en el ático de Zac, situado en un moderno bloque de apartamentos en el centro. Él había gestionado el proyecto de la construcción del inmueble y la edificación era una llamativa pieza de arquitectura que ofrecía las mejores vistas de Brisbane River.

Cuando habían salido de la aduana ya era demasiado tarde para ir a comprar cosas para la pequeña, así que se habían ido directamente al apartamento de Zac y le habían preparado una cuna improvisada uniendo dos mullidos butacones y forrando el espacio interior con una gruesa manta.

—Se ve diminuta, ¿no? —dijo Chloe mientras observaban a la niña.

—Sí —Zac le acarició la cabecita—. Bienvenida a casa, pequeña.

El amor que veía en sus ojos hizo que Chloe sintiera un nudo en la garganta.

Zac se incorporó y entonces le sonrió.

—Hay un restaurante abajo. Puedo pedir comida.

—No tengo mucha hambre.

Podía echarle la culpa al jet lag, pero había estado al borde de las lágrimas desde el momento en que había puesto un pie en suelo australiano.

—Puedo pedir una ración para compartir, ¿no? ¿Algo ligero? Hacen unas gambas con chile maravillosas.

Una vez más vivieron la experiencia de aquella primera noche, sentados en el balcón, dejándose acariciar por la brisa del río, comiendo gambas y tomando vino blanco mientras disfrutaban de las rutilantes vistas de la ciudad.

—Debe de encantarte vivir aquí —comentó Chloe mientras contemplaba los reflejos de las luces sobre la superficie del agua.

—Está muy bien. Al menos es muy cómodo para un soltero.

—¿Muchas fiestas aquí?

—A veces. Sí —Zac tenía el ceño fruncido—. Pero no sé si quiero seguir viviendo aquí con Lucy. Le vendría bien un patio con un columpio, y otros niños con los que jugar.

—Esa vida urbana sencilla con la que sueñas... —dijo Chloe con una sonrisa cansada.

—Exacto.

—¿Crees que te costará adaptarte a esa clase de vida?

—Supongo que eso depende de la persona a la que logre convencer para que venga a vivir conmigo —dijo él en un tono calmo.

En la penumbra Chloe pudo ver que la miraba durante una fracción de segundo.

De repente sintió que se le hacía un nudo en la garganta y los ojos se le llenaron de lágrimas incontrolables.

—Chloe.

Ella levantó las manos.

—Solo es el jet lag. Tengo que dormir un poco —se puso en pie—. Gracias por las gambas, Zac. Estaban deliciosas.

—No te levantes cuando Lucy se despierte —le dijo él—. Yo no estoy demasiado cansado. Me las arreglaré.

—Muy bien. Gracias —dijo Chloe, esquivando su mirada—. Te veo por la mañana. Buenas noches.

Después de lo ocurrido, Chloe tardó mucho tiempo en poder dormir. Se movía una y otra vez, pensando en Zac, pero cuando finalmente logró dejarse vencer por el sueño, fue capaz de obtener el descanso profundo que tanto necesitaba. Cuando se despertó la luz del sol se colaba entre las cortinas y el ruido del tráfico llegaba hasta el ático.

Sintiéndose culpable por haber pasado una noche entera sin ayudar con la niña, se levantó rápidamente de la cama y corrió hacia el salón. El bebé no estaba en su cuna improvisada, sin embargo.

Chloe miró hacia la cocina. Había un biberón vacío sobre la encimera, pero no había ninguna otra señal de que Zac hubiera estado despierto, y no se oía ningún sonido proveniente del apartamento. Regresó a su habitación para mirar la hora. No eran ni las seis de la mañana, pero el sol salía muy pronto en Brisbane a mediados de verano.

¿Dónde estaba Lucy?

Caminó de puntillas hasta la habitación de Zac y escuchó con atención, esperando oír algún sonido del bebé.

Nada.

Era absurdo dejarse embargar por el pánico, pero cuando se trataba de Lucy siempre se ponía muy nerviosa. Algo había ocurrido. Lucy estaba enferma. Zac se la había llevado a urgencias.

Totalmente alarmada, entró en el dormitorio de Zac y entonces se detuvo en seco.

Él estaba profundamente dormido, boca arriba. Y Lucy estaba en la cama, junto a él. Había otro biberón vacío en la mesita de noche.

Chloe se quedó muy quieta, observándolos. Él solo llevaba unos calzoncillos de tipo bóxer de color negro y la sábana se le había deslizado hasta la cintura, con lo cual podía admirar su pecho fornido y duro, sus músculos, sus hombros...

—Buenos días.

Su voz grave la hizo sobresaltarse. Se había quedado tan absorta observándole que no le había oído despertarse.

—Yo... Solo quería ver cómo estaba Lucy —le dijo, tartamudeando.

Zac sonrió. Se incorporó y se frotó la cara, mirando a Lucy.

—No quería traerla, pero con el jet lag y todo... —frunció el ceño y se acercó a la pequeña para ver cómo dormía.

Su diminuta barriguita subía y bajaba con la respiración.

—Gracias a Dios que no la aplasté.

—¿Cuándo le toca la próxima toma?

Zac miró el reloj.

—Yo diría que dentro de una hora.

—Duérmete. Si se despierta, yo me ocupo.

—Genial. Gracias —sonriendo, volvió a tumbarse en la ca—
ma.

Chloe abandonó la habitación, algo avergonzada. Primero se había dormido sobre él en el avión, y después él la había sorprendido mirándola mientras dormía... Había cometido unos cuantos deslices recientemente y solo podía esperar que él no se hubiera fijado mucho

en ellos.

Fue un día difícil. Tuvieron que hacer un gran esfuerzo para adaptarse al cambio de horarios y aprovechaban los ratos de vigilia para hacer llamadas telefónicas. Chloe se puso en contacto con sus padres y Zac con Marissa. Esta última llamada fue especialmente larga y Chloe se moría de curiosidad por saber cómo había ido todo. Zac, sin embargo, prefirió mostrarse reservado. Por la tarde fueron a hacer algunas compras para la niña.

Tenían intención de acostarse pronto y afortunadamen —
te Lucy cooperó. Mientras Chloe hacía la colada, Zac preparó la cena, unos filetes hechos en la barbacoa del balcón.

Los sirvió con una guarnición de champiñones y judías y una vez más cenaron fuera, disfrutando de la tarde y de las luces de la ciudad.

—Vaya —dijo Chloe—. Esto está delicioso, Zac. Les has puesto limón y chili a las judías, ¿no? Y has puesto unas hierbas especiales en los champiñones.

Él miró las macetas de hierbas que tenía en un rincón del balcón.

—Le puse un poco de tomillo fresco.

—Hmm —Chloe pinchó un suculento champiñón con el tenedor—. Vaya suerte que he tenido, Zac Corrigan.

—¿Por qué?

—Eres un chef de restaurante de lujo.

Él arqueó una ceja.

—Lo eres.

Él sonrió con vergüenza.

—¿Chef de lujo? Eso es mucho decir para una comida que he hecho a toda prisa.

—A toda prisa o no, está todo delicioso —Chloe cortó un trozo de filete—. Pero tengo más pruebas. He mirado en la alacena y en la nevera.

—¿Cuándo?

—Cuando estaba guardando los biberones de Lucy.

—¿Entonces me has estado espiando?

—No pude resistirme. Lo siento. Es una muy mala costumbre que tengo, pero es que siento debilidad por las alacenas y las neveras. Es que te dicen tanto sobre alguien... Y, bueno, vi que tenías una marca francesa de parmesano, una marca italiana de *risotto*, y tienes todos esos botes de salsas tailandesas y vietnamitas, y unos tres tipos de aceite de oliva...

—¿Y?

—Zac, son cosas que solo manejaría un cocinero de mucho nivel.

—Me gusta comer —él se encogió de hombros—. Y cocinar me

relaja.

Chloe se sorprendió tanto que no pudo evitar reírse.

—Y aquí estaba yo, pensando que comías fuera todas las noches.

—En absoluto. Solo lo hago cada dos noches.

Se miraron. Ambos sonreían. Era una sonrisa de amistad, comprensión y... algo más que hacía estremecerse a Chloe.

—¿A ti te gusta cocinar? —le preguntó Zac.

—Bueno, suelo cocinar para mis padres, pero a ellos les gustan las recetas muy sencillas y tradicionales, así que...

Chloe se detuvo. La conversación se adentraba en un terreno cada vez más personal que la hacía sentirse cada vez más cerca de Zac cuando en realidad debía alejarse lo antes posible.

Capítulo 11

CHLOE estaba bañando a Lucy cuando Zac se marchó, poco después del desayuno.

—Te veo luego —le dijo, asomándose por la puerta del cuarto de baño.

Consciente de que sin duda debía de dirigirse a casa de Marissa, Chloe hizo un esfuerzo por imprimirle algo de entusiasmo a su voz.

—A lo mejor tu suerte mejora un poco si le llevas unas flores y bombones.

Zac frunció el ceño.

—Supongo...

—A Marissa le gustan los lirios orientales y el chocolate con jengibre.

—¿Cómo sabes esas cosas? —le preguntó él y entonces dejó escapar una carcajada sin humor—. No me lo digas. Lo tenías todo en la hoja de Excel.

—Claro —Chloe le deseó suerte, pero en cuanto oyó có—mo se cerraba la puerta de entrada, una terrible sensación de pérdida se apoderó de ella.

Zac se había marchado. Había dejado pasar la última oportunidad. El final había llegado.

Sintiendo un gélido frío por todo el cuerpo, sacó a la pequeña del agua y la envolvió en una mullida toalla.

—Oh, Dios, Lucy —susurró—. Ya sabes lo que he hecho, ¿no? Acabo de malgastar la última oportunidad que tenía de ser tu mamá. Y he perdido mi última oportunidad de estar con Zac.

Un dolor terrible comenzó a gestarse en su pecho mientras abrazaba a la niña.

—Sinceramente, Luce, solo trataba de ser sensata. No puedo casarme con un hombre que ni siquiera sabe si me quiere.

«¿Pero cómo se puede ser sensata si dejarle ir duele tanto?», se dijo.

Presa de la más absoluta miseria personal, llevó a Lucy hacia el dormitorio adicional, reconvertido en el cuarto del bebé. Colocó a la pequeña con suavidad sobre una mesa que habían comprado el día anterior y le secó la piel a conciencia para luego ponerle algo de talco allí donde podían salirle irritaciones. Tomó uno de los diminutos monos y se lo metió por la cabecita para luego sacarle los bracitos.

Afortunadamente ya había hecho la misma operación muchas

veces, porque tenía la mente en otro lado en ese momento. Se estaba imaginado a Zac, llegando a la casa de Marissa, disculpándose como solo él sabía hacerlo, haciendo uso de su extenso repertorio de encantos masculinos...

Intentando apartar esos pensamientos de su cabeza, Chloe regresó un momento a la cocina para recoger el biberón. Estaba más deprimida que nunca. ¿Cómo había podido causarse semejante dolor a sí misma? Lo había tirado todo por la borda porque se había empeñado en exigirle que dijera dos palabras absurdas. Y las acciones de Zac decían tanto...

Pero ya le había perdido para siempre y no podía culpar a nadie que no fuera ella misma.

—Espero no empaparte con mis lágrimas —le dijo a Lucy, acomodándose en un butacón con ella para darle de comer—. No quiero molestarte. Tú no me hagas caso, cariño. Intentaré dejar de pensar en él.

Era imposible apagar los pensamientos. A esas alturas Zac estaría en camino, rumbo a Gold Coast, demasiado lejos como para que pudiera llamarlo con alguna excusa absurda para hacerle volver. Había intentado ser sensata demasiadas veces y el resultado era que se sentía tan vacía y triste como se había sentido al perder a Sam.

Y Lucy se había terminado el biberón.

—¡Lo siento! —sintiéndose culpable de todas las formas posibles, Chloe dejo a un lado el biberón y apoyó a Lucy sobre el hombro.

No había estado muy atenta y había dejado que la niña bebiera demasiado deprisa. Seguramente ya tendría dolores en el estómago.

Se puso de pie y comenzó a caminar con ella. De repente sonó el timbre de la puerta.

—¿Pero quién va a ser a estas horas? —exclamó Chloe, quejándose como solía hacer su madre.

De camino a la puerta se frotó la cara en un intento por disimular los estragos causados por las lágrimas. Solo podía esperar que no fuera demasiado evidente que había estado llorando.

Había una joven en el umbral, una muchacha muy hermosa, con el pelo rubio y largo y ese tipo de silueta que solo se podía tener comiendo hojas de lechuga y poco más. Llevaba un perfume fuerte, unos vaqueros muy ceñidos con un estampado floral, combinados con un top diminuto que dejaba ver una cintura bronceada y bien tonificada. En el ombligo llevaba un anillo de plata.

La chica se quedó boquiabierta al ver a Chloe y a Lucy.

—¿Quiénes sois?

—¿Buscas a Zac?

—Sí. ¿Qué le ha pasado? —la chica parecía verdaderamente preocupada—. Simplemente se marchó y ha estado fuera todas las

fiestas.

—Surgió una urgencia familiar y tuvo que marcharse a Londres de inmediato.

Chloe se vio obligada a explicarle todo eso aunque no tuviera idea de quién era la chica. Sin duda no era de las habituales.

—La hermana de Zac falleció.

La chica frunció el ceño. Era evidente que trataba de asimilar la noticia.

—Eso es muy triste. ¿Entonces tú eres familia suya?

—No. Soy la asistente personal de Zac y esta chiquitina es su sobrinita, Lucy.

—¿Su asistente? Creo que llamaste a Zac la semana pasada. Sí. Eras tú, ¿no? Y entonces él se fue corriendo.

—Sí. Todo fue muy repentino.

Chloe se dio cuenta de que esa debía de ser la chica que se había puesto al teléfono de Zac cuando le había llamado la semana anterior, aquel fatídico miércoles por la noche.

—Siento mucho lo de su hermana.

—Fue terrible —dijo Chloe. En ese momento Lucy subió las rodillas y comenzó a llorar con fuerza.

—Imagino que Zac no está ahora, ¿no? —dijo la chica, levantando la voz por encima del llanto de la niña.

—No. No sé cuándo volverá.

—Entonces supongo que tendré que seguir llamándolo al móvil.

—No sé si será una buena idea —se apresuró a decir Chloe—. Hoy no. Todavía... todavía está muy ocupado.

La chica hizo un puchero.

—Bueno, ¿puedes decirle al menos que Daisy vino a verle?

—Claro. Por supuesto, Daisy. No se me olvidará. Encantada de conocerte.

Cuando Chloe cerró la puerta. Lucy se estaba alterando.

—Oh, cariño, lo siento —comenzó a caminar de un lado a otro para calmarla, meciéndola entre sus brazos con suavidad—. Creo que sé cómo te sientes. Yo también quiero llorar contigo.

De vuelta en el salón, trató de sentarse con la niña sobre el regazo. Zac había perfeccionado la técnica de sacarle los gases de esa manera y Chloe se obligó a dejar a un lado sus propias inquietudes para concentrarse en calmar al bebé.

De repente la niña eructó.

—¡Oh, vaya! Buena chica. Mira que eres lista.

Le dio un besito en la cabeza. La acurrucó contra su pecho y permaneció así durante unos segundos, disfrutando de su calor.

Finalmente, no obstante, terminó de nuevo al borde de las lágrimas cuando la llevó de vuelta a su cunita. Colocó el osito de

peluche que Liv le había comprado donde la niña pudiera verlo y se alejó de puntillas.

Al llegar a la puerta se volvió un instante.

—Te voy a echar tanto de menos.

Esperó unos segundos, pensando que la niña haría algún sonido, pero Lucy permaneció en silencio. Un rato más tarde, cuando volvió a entrar en la habitación para ver si estaba bien, tenía los ojos cerrados.

Chloe regresó al salón y recogió el biberón vacío. Lo llevó a la cocina.

«¿Y ahora qué?».

Desafortunadamente la respuesta llegó casi de inmediato. Su siguiente tarea era escribir la carta de renuncia. Soltando el aliento con fuerza, se dio cuenta de que no tenía elección, por mucho que doliera. Era algo que tenía que hacer. No podía seguir siendo la asistente personal de Zac Corrigan.

Comenzó con «Estimado Señor Corrigan», pero lo borró rápidamente y lo reemplazó con «Querido Zac». Las manos le temblaban.

«Lamento tener que comunicar...», escribió, apretando las teclas torpemente, obligándose a seguir adelante.

Una vez más se detuvo y borró. Tenía que mantener una distancia, un tono profesional.

El motivo del presente escrito es comunicar mi renuncia como asistente personal del director gerente de ZedCee Management Consultants. Según los términos del contrato cualquiera de las dos partes debe avisar con dos semanas de antelación antes de rescindir la vinculación laboral. Yo estaré disponible en todo momento para asegurarle una adaptación rápida y una transición fácil a la persona que pase a desempeñar el cargo.

Chloe puso la mano sobre su abdomen, en ese punto donde tanto le dolía de repente, justo debajo de las costillas. Continuó escribiendo, pero finalmente se detuvo y dejó escapar el aire de sus pulmones. ¿Qué sentido tenía decirle todo eso a Zac? Él sabía lo mucho que le gustaba su trabajo. Seguramente lo mejor sería pedirle referencias sin más.

¿Pero realmente quería referencias? Debía contar con alguna, pero odiaba la idea de tener que ponerse a buscar otro trabajo.

Justo cuando comenzaba a teclear de nuevo oyó un ruido... Provenía de la puerta de entrada.

Esa vez oyó el sonido inconfundible de una llave al ser introducida en la cerradura.

No podía ser otra de las novias de Zac. Chloe no sabía si iba a ser

capaz de aguantar a otra de esas bellezas rubias. Haciendo una mueca de dolor al tiempo que dejaba a un lado la carta, se puso en pie. Estaba descalza y seguramente tendría babas de bebé sobre la camiseta. Corrió hacia el espejo más cercano e intentó peinarse un poco antes de abrir, pero ya era demasiado tarde. Unos pasos se acercaban por el pasillo.

Se preparó para otra visión de feminidad sexy y buscó las palabras que estaba a punto de decir.

—Lo siento, pero Zac no está...

La persona que entró en el salón no era la esperada, sin embargo. El corazón de Chloe casi se paró un instante.

—¿Zac?

—Hola —él dejó las llaves en un platito de cerámica.

En las manos llevaba una maceta con gerberas rojas y una cajita de bombones. Las puso sobre la mesa. Chloe le miró con atención. Parecía más pálido de lo normal y habían aparecido finas líneas de expresión que le surcaban la frente y las comisuras de la boca.

—¿Qué ha pasado? —imágenes de un accidente de tráfico irrumpieron en la cabeza de Chloe—. ¿Pasa algo? ¿No llegaste a Gold Coast?

—No —Zac estaba en el medio de la estancia, con las manos apoyadas en las caderas.

Respiró profundamente.

Era evidente que algo había ido mal. ¿Acaso Marissa se había negado a recibirle?

—¿Puedo ayudarte? ¿Quieres una taza de...?

Una sonrisa triste se dibujó en la comisura de los labios de Zac durante un breve instante.

—Solo necesito que me escuches, Chloe. Hay... —tragó con dificultad—. Hay algo que necesito decirte.

El nudo que Chloe tenía en el estómago se hizo más grande de repente. Zac se volvió y miró a su alrededor, casi como si fuera la primera vez que veía el lugar. Después se sentó frente a ella y se echó hacia atrás, como si eso lo ayudara a relajarse un poco.

Llevaba unos vaqueros y una camisa blanca, desabrochada en el cuello y remangada hasta los codos.

—Espero que no tengas más noticias malas —le dijo ella con prudencia.

—No. Solo ha sido una... revelación dolorosa —de nuevo esbozó una sonrisa fugaz. Bajó la vista y comenzó a deslizar las yemas de los dedos a lo largo del reposabrazos del butacón, como si quisiera probar la textura del cuero.

—No he ido —dijo finalmente—. De hecho, tengo algo que confesarte. En cuanto marqué el número de Marissa ayer, supe que

hacerle la propuesta sería un grave error, pero después tuve que pasar una hora intentando idear una explicación coherente para mi llamada... y después tuve que pasar aún más tiempo intentando buscar la forma de escabullirme y zanjar el tema —sonriendo, sacudió la cabeza—. Ha sido otro de mis famosos fiascos.

Chloe tragó, nerviosa. No sabía muy bien qué decir.

—Siento haberte dado la impresión equivocada, Chloe. Debería haberte dejado las cosas claras esta mañana cuando mencionaste lo de las flores, pero no estaba listo para explicártelo.

—No es asunto mío en realidad.

Zac le sonrió.

—Sí que lo es, señorita Meadows —su expresión se volvió seria de nuevo—. Lo cierto es que... llevo tiempo caminando por la calle, intentando aclararme la cabeza, pensando bien las cosas.

Chloe asintió. Eso lo podía entender. No había tenido nada de privacidad en los días anteriores.

—Cuando estábamos en Londres me preguntaste si alguna vez había estado enamorado —dijo a continuación, de una forma un tanto abrupta.

Chloe sintió que la piel se le ponía de gallina.

—Sí. Así es.

—Yo te dije que no, pero te mentí.

Chloe no sabía qué decir, pero su corazón comenzó a latir con tanta fuerza que casi creía que Zac podría oírlo.

—Estuve enamorado una vez, hace tiempo. Fue durante mi primer año en la universidad —se encogió de hombros—. Supongo que fue el primer amor, un amor inocente, o lo que sea, pero en ese momento sin duda sí me pareció muy real —miró hacia la ventana más alejada, desde la que se divisaban los rascacielos de la ciudad—. Se llamaba Rebecca y yo estaba loco por ella.

Chloe no sabía por qué había regresado con flores y por qué le estaba contando todo aquello, pero no podía arriesgarse a descubrirlo. Estaba tan tensa que sentía que podía romperse como una vara en cualquier momento.

—Yo tenía todos esos sueños, nada fuera de lo normal, lo típico, casarme, tener una familia, un final feliz...

Eran todas esas cosas en las que ya no creía.

—Y entonces mis padres desaparecieron, y mi vida cambió de la noche a la mañana. Tuve que dejar la universidad y buscarme un trabajo, y asumir la responsabilidad de cuidar de Liv. Tenía que quedarme en casa con ella los fines de semana, por la noche. No tenía tiempo para una vida social, así que dejé a un lado mis sueños.

—Y rompiste con Rebecca.

—Sí —Zac esbozó otra de esas sonrisas cínicas—. Ella no tardó en

empezar a salir con otro y en menos de dos años se casó con él.

Chloe guardó silencio durante unos segundos.

—¿Entonces esto significa...? —no llegó a terminar la pregunta.

Zac la miró, sin llegar a sonreír.

—Lo que trato de decir es que sé lo que es querer a alguien y perder a esa persona.

—Sí, pero eso no debería...

Chloe se detuvo. El mensaje silencioso que le enviaban los ojos de Zac hacía que su corazón latiera con tanto estruendo que sin duda él debía de sentirlo. Estaba sentada en el borde del asiento, conteniendo la respiración, sin saber muy bien adónde se dirigía aquella revelación.

De pronto Zac se puso en pie.

—Fui por el puente y me adentré en la ciudad. Tengo un amigo que es agente inmobiliario y tenía intención de pedirle que me buscara una casa para Lucy y para mí.

Chloe asintió. Al parecer por fin había decidido responsabilizarse de la niña él solo, sin utilizar a ninguna de sus mujeres.

Él forzó una sonrisa y entonces se volvió para recoger la maceta de flores.

—Llegué a la oficina de mi amigo. Pasé por delante de una floristería —las flores temblaban en sus manos—. Había muchos lirios en el escaparate. Me dijiste que le comprara lirios a Marissa y entonces lo supe. Si le compraba flores a alguien, tenían que ser para ti.

Chloe apenas podía oírle más allá de los latidos de su propio corazón. Y no podía verle bien a causa de las lágrimas.

—Pero no sabía cuáles eran tus favoritas. No tengo hoja de Excel para ti, Chloe —le ofreció otra de esas sonrisas torcidas, tristes—. Pero estas me recordaron ese vestido rojo tuyo y... espero que te gusten. De todos modos, no tenía elección. Tenía que traértelas de vuelta.

Chloe estaba temblando, tapándose la boca con una ma —
no.

—Yo esperaba que quisieras... considerar de nuevo mi propuesta.

Chloe no podía hacer otra cosa más que morderse el labio. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Yo... yo creo que tal vez te di la impresión de que... solo te estaba pidiendo que te casaras conmigo porque serías una buena madre para Lucy. Y eso es cierto. Serías la madre perfecta, pero no es por eso que te necesito, Chloe. No es eso solamente.

Chloe se secó esas lágrimas absurdas. Quería verle. Necesitaba verle bien. Parecía tan preocupado.

—Lo cierto es que... —dijo Zac, prosiguiendo—. Creo que he estado enamorado de ti desde el primer día que te vi en la oficina.

Supongo que me lo negué a mí mismo, pero me gusta mucho estar contigo, Chloe. Me gusta mucho verte, estés triste o feliz, y también cuando estás enfadada conmigo. Me gusta pedirte consejo. Incluso me encanta tomarme esas tazas de té que preparas... Sé que parece una locura, pero cada día me levanto con alegría para ir al trabajo porque sé que voy a verte.

Chloe pensó en todas esas mañanas en las que sentía mariposas en el estómago justo antes de verle llegar. Él casi siempre llegaba pronto, a la misma hora que ella, y siempre intercambiaban algunas palabras ligeras. Él le hacía alguna broma, comentaban algo que habían oído en las noticias de camino al trabajo...

—No. No es una locura, Zac —le dijo ella finalmente.

Zac tragó en seco.

—¿No?

—Yo he sentido lo mismo.

Él abrió los ojos.

—¿Tú?

Chloe se sintió lo bastante valiente como para decírselo todo por fin.

—He estado irremediablemente enamorada desde el primer día, seguramente desde el día de la entrevista.

Durante unos segundos se miraron a los ojos, tratando de asimilar aquella verdad extraordinaria. Después Zac dejó las flores sobre la mesa y extendió los brazos hacia ella.

Sin pensárselo, Chloe se arrojó a ellos.

—Oh, Chloe. Te quiero, tanto, tanto...

—Lo sé. Lo sé —ella escondió el rostro contra su hombro.

Era maravilloso sentir que por fin tenía derecho a estar ahí, en sus brazos, sintiendo su fuerza.

—Pero tengo que disculparme por todas esas cosas que dije sobre el romance —Zac insistió—. Me estaba engañando. Sé que el amor es real. Es eso lo que siento por ti. Mientras estaba frente a esa floristería, sentía que apenas podía respirar porque me di cuenta de que te estaba perdiendo. Te quiero tanto.

Retrocedió un poco para mirarla a los ojos.

—Me crees, ¿no?

—Sí. Claro, Zac.

—¿De verdad?

—Ya me lo has demostrado de muchas maneras.

—Oh, Dios. Eso espero.

Chloe le dio un beso en la barbilla, en la mejilla.

—Oh, Chloe —sujetándole las mejillas con ambas manos, Zac le dio un beso sutil, tierno, lleno de adoración.

—Tenías razón —dijo ella unos segundos más tarde, apoyando la

cabeza contra su hombro de nuevo—. Tenías razón. No hacen falta palabras.

Él dejó escapar una carcajada.

—Pero yo quiero decirlas ahora. No tengo miedo de ellas y es bueno decirlas. Te voy a decir todos los días que te quiero —deslizó las yemas de los dedos sobre su rostro—. ¿No es increíble que ambos hayamos esperado tanto? ¿Por qué nos llevó tanto tiempo llegar a esto?

—A los dos nos gusta cumplir con el protocolo profesional.

Zac esbozó una de sus sonrisas traviesas. De repente puso un brazo alrededor de sus hombros y, sujetándola por la parte de atrás de las rodillas, la levantó en el aire.

—Al diablo con el protocolo, señorita Meadows —dijo, dirigiéndose al dormitorio.

Epílogo

AL PRINCIPIO, cuando Chloe se despertó, había olvidado qué día era. Se quedó muy quieta, con los ojos aún cerrados, disfrutando de la calidez de los rayos del sol que se colaban a través de las ramas del flamboyán que estaba junto a la ventana de su dormitorio.

Rodó hacia Zac, extendiendo el brazo hacia él… pero la cama estaba vacía a su lado. Abrió los ojos de golpe y miró a su alrededor. Allí estaba el pequeño arbolito plateado sobre la cómoda, y los portavelas rojos con las velitas que había encendido la noche anterior. Se lo había pasado tan bien decorando la casa para la Navidad.

Se incorporó, recordando todo lo que había pasado. Allí estaban. Era la mañana de Navidad.

¿Cómo se había quedado dormida? Llevaba mucho tiempo esperando ese día, casi con la ilusión de un niño.

No había tiempo que perder. Tenía que ver si Lucy se había despertado y tenía que encontrar a Zac.

Echando a un lado la sábana, sonrió al ver su nuevo pijama de Navidad, una camiseta roja a juego con unos pantalones de algodón con un estampado de acebo verde y lazos rojos. Aunque siempre le hubiera gustado la Navidad, ese año quizás se había excedido un poco. Había puesto adornos en todas las habitaciones de la casa y había añadido detalles extra como manteles y servilletas especiales para la cena de Navidad. Incluso había comprado tazas decoradas para la ocasión. Afortunadamente, a Zac no parecía importarle.

Entró en el dormitorio de Lucy.

—Feliz Navidad, chiquit…

La cuna estaba vacía y Chloe se llevó una pequeña decepción que no duró mucho. Rápidamente sintió el olor a café recién hecho proveniente del piso inferior. Y después, mientras bajaba las escaleras, oyó esa voz profunda que tan bien conocía.

—Y este es un adorno especial que mamá compró las pasadas Navidades en Selfridges, en Londres… Tú también estabas allí, ¿sabes? No eras más que una cosita pequeñita… y hacía mucho, mucho frío, no como hoy, que hace un calor asfixiante. Y aquí, debajo del árbol, están todos los regalos. No. No. Espera. No puedes abrirlos todavía. No podemos abrirlos hasta que se despierte mamá.

Al pie de las escaleras ya, Chloe pudo ver lo que ocurría en el salón. Se detuvo un instante para admirar la escena que se presentaba ante sus ojos. Zac mecía a Lucy sobre su regazo y la niña se reía a

carcajadas mientras intentaba alcanzar un adorno navideño. Como no llegaba, trató de apretarle la nariz a Zac.

Contraatacando, Zac se agachó y fingió que le mordía la mano, lo cual la hizo gritar de alegría.

Chloe sonrió de oreja a oreja. Nunca se cansaba de verlos juntos.

—Y aquí tenemos algo muy importante —le dijo Zac a la niña, señalando un adornos verdes de la puerta de entrada—. Esto es una planta VIP que le tengo que enseñar a tu madre. Se llama muérdago y es una tradición. A tu madre le encantan las tradiciones.

Chloe volvió a sonreír. Una descarga de auténtico júbilo la recorrió por dentro.

Esas Navidades no tenían nada que ver con el flamante banquete del que habían disfrutado un año antes, pero para Chloe ese era el broche de oro para un año perfecto, el año que la había hecho conocer la felicidad más inefable.

Como era lógico, los trescientos sesenta y cinco días transcurridos desde aquellas Navidades en Londres no habían sido un camino de rosas. De hecho, las cosas habían empezado con mucho ajetreo y Chloe había pasado casi todo el mes de enero aprendiendo a compaginar el cuidado de Lucy con la ayuda que le había tenido que dar a la nueva asistente personal para que pudiera adaptarse al puesto.

A Zac le preocupaba que pudiera llegar a aburrirse quedándose en casa todo el día, así que habían probado a contratar a una niñera que cuidaba a la niña un día a la semana para que Chloe tuviera tiempo de trabajar en los archivos de ZedCee desde su despacho de casa. La cosa había funcionado bien, y a Chloe le encantaba ser la madre de Lucy, pero también disfrutaba manteniéndose al tanto de todos esos proyectos que había contribuido a poner en marcha.

Más adelante, en marzo, se habían marchado del ático del centro y se habían instalado en una casa moderna de dos plantas situada en el ajardinado barrio de Kenmore. Había sido divertido buscar casa y la elección final no podría haber sido más acertada. Con la ayuda de Zac, los padres de Chloe se habían mudado a una acogedora casita, situada a dos manzanas de distancia.

Chloe los visitaba casi todos los días. Muchas veces iba hasta allí dando un paseo, y se llevaba a la pequeña en su cochecito. A Lucy le encantaba ver a sus abuelos.

La boda había sido en junio. Zac y Chloe habían preferido una ceremonia sencilla en la playa, rodeados de los amigos más cercanos y acompañados por los padres de Chloe. Después, habían viajado a Hamilton Island para pasar la Luna de Miel y, como no podía ser de otra manera, se habían llevado a Lucy con ellos. Todo había sido mágico.

Los días duros tampoco habían faltado, no obstante. Había días cuando Zac recordaba a su hermana y no podía esquivar las lágrimas, pero siempre contaba con el apoyo de Chloe, quien también sabía muy bien lo que eran esos momentos de oscuridad.

Ella había pasado un tiempo preocupada porque el cumpleaños de Lucy se acercaba, y eso coincidía con un triste aniversario. Pero, seis días antes, los tres habían tomado un ferri rumbo a Stradbroke Island y allí, mientras Lucy retozaba en la arena y trataba de atrapar a unos cangrejos diminutos, Zac se había adentrado en el mar en una tabla de surf, más allá de los rompeolas. Llevaba un ramo de rosas amarillas y una pequeña urna con las cenizas de su hermana...

—Me gustaría venir aquí todos los años —le había dicho Zac al regresar a la orilla—. A Liv le encantaba este sitio y... creo que me ayuda.

—Sí. Es importante —le había dicho Chloe—. Definitivamente deberíamos hacer una tradición de esto.

De repente Zac se volvió y la vio, en el rellano de las escaleras. Su intensa mirada la devolvió al presente en un abrir y cerrar de ojos.

—Oye, Lucy, ¡mira quién se ha levantado! —exclamó con entusiasmo.

—¡Mamá! —gritó la pequeña, extendiendo los brazos.

Con ella en brazos, Zac corrió hacia Chloe y la rodeó con los brazos, besándola.

—Feliz Navidad, mi chica de ojos dulces.

—Feliz Navidad —Chloe no pudo resistirse a acariciar su pecho desnudo—. Has estado instruyendo a Lucy en cuanto a tradiciones navideñas.

—¿Te refieres a lo del muérdago?

—Sí.

Los ojos de Zac emitieron un destello de complicidad.

—Si escuchaste con atención, sabrás que hay una o dos tradiciones más que estoy reservando solo para ti.

Chloe sonrió. Definitivamente le haría cumplir esa promesa.

FIN

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de Harper Collins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

¿Lógica o amor?, n.º 2589 —marzo 2016
Título original: A Very Special Holiday Gift
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N: 978-84-687-7675-0
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.